

La ética del mal



Danilo Carrillo



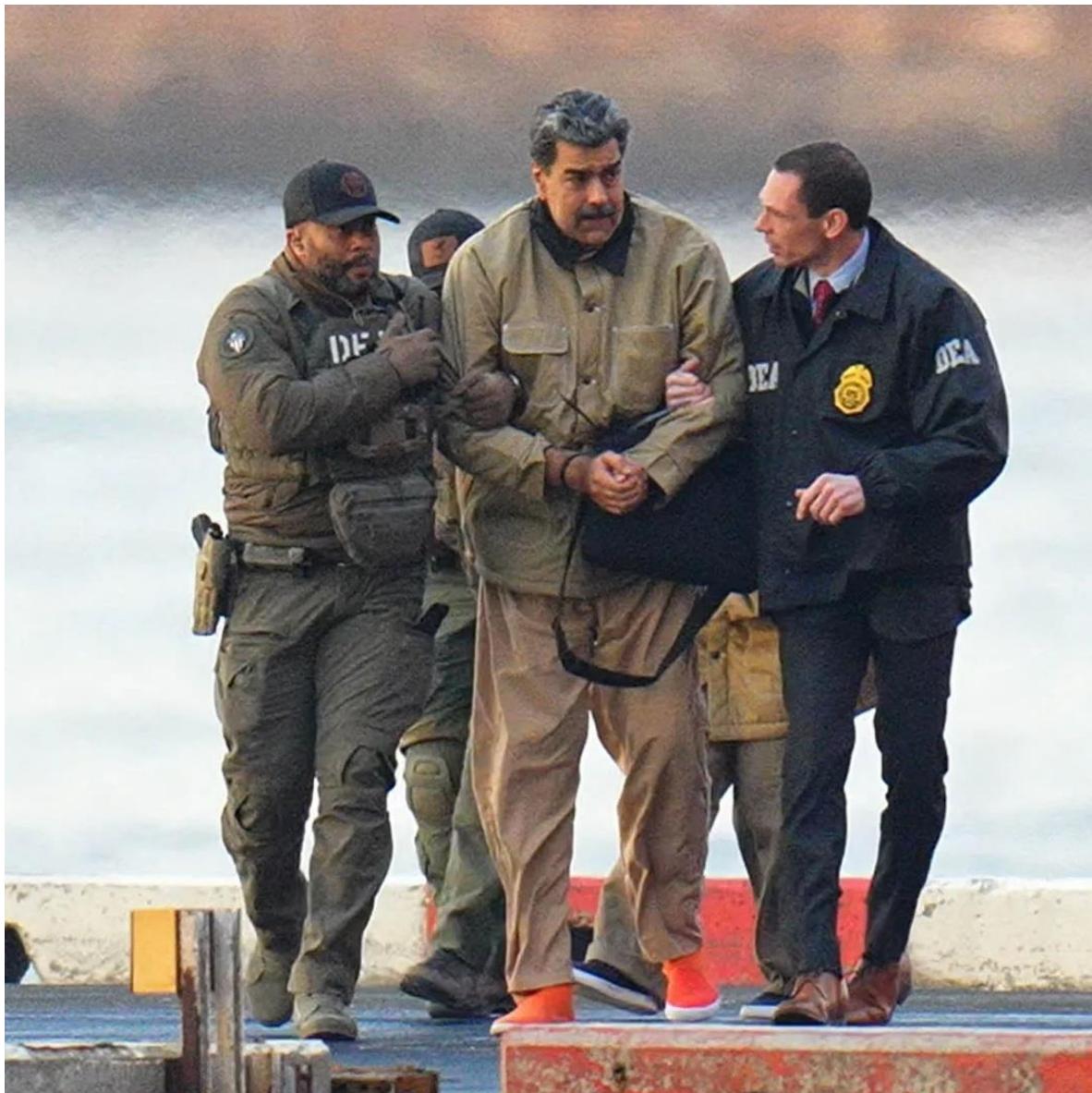
Donald J. Trump ✅ +

@realDonaldTrump

Nicolas Maduro on board the USS Iwo Jima.



Una imagen compartida por el presidente Trump en las redes sociales que, según dijo, mostraba al presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, retenido en el USS Iwo Jima.



La Captura de Maduro por la DEA el 03 de Enero de 2026

La Ética del Mal

Actualización 03 al 13 de enero de 2026

Propuesta teológica al mal institucionalizado en Venezuela.

Hablar sobre la ética cristiana hoy en día, en un mundo lleno de retos y cambios, no puede empezar con preguntas como: «**¿Cómo me vuelvo una persona buena?**» o «**¿Qué es lo correcto?**». Estas preguntas suelen enfocarse solo en lo que nosotros creemos o hacemos. Sin embargo, desde la perspectiva más amplia y correcta, la pregunta principal debe ser: «**¿Qué quiere Dios para nosotros hoy?**».

Jacques Ellul experimentó esta tensión en carne propia. Un tiempo marcado por la reconstrucción de Europa, el colapso de viejas certezas, el grito silencioso de una sociedad fragmentada que buscaba redescubrir su identidad, su propósito, su alma. En medio de ese escenario quebrado, Ellul no ofrecía evasivas. Su voz, lúcida y penetrante, afirmaba con firmeza: la **libertad cristiana** no representa una licencia para la pasividad. Es un llamado profundo. Una sacudida al letargo. Una responsabilidad ética. Un compromiso activo con los desafíos del presente.

Desde esa convicción, emergía la pregunta esencial. Directa. Incómoda. Urgente.

“*¿Qué significa seguir a Cristo en medio de una sociedad alienada?*”

Era una herida abierta, una pregunta directa. Un interrogante que desnudaba las contradicciones de una civilización moderna, que hablaba de progreso mientras multiplicaba esclavitudes invisibles. En ese contexto, Ellul veía con claridad la tensión entre la libertad del evangelio y las estructuras sociales que oprimen, domestican, desgastan el alma humana.

Seguir a Cristo. Como una elección radical. Una ruptura con las normas que perpetúan la alienación. Una ética de libertad que irrumpre, disruptiva. Que no transige. Que no calla. Una postura crítica. Subversiva. Un testimonio que desafía lo establecido, con una fidelidad feroz al Reino que no es de este mundo.

Para Ellul, esa libertad confronta.

“**La libertad cristiana es, por lo tanto, una libertad que se opone a todas las formas de esclavitud impuestas por la sociedad y sus instituciones.**”¹

Una afirmación que no pide permiso. Una llama que alumbra el camino del creyente que se atreve a ser libre, aun cuando todo a su alrededor reclame conformidad. Una fe que no

¹ Jacques Ellul, *The Ethics of Freedom*, trans. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1976), p. 18.

negocia con la mentira. Un bien que comienza con la verdad encarnada en una vida resistida, transformada, ofrecida.

Esta visión de la libertad cristiana —valiente, encarnada, resistente— nos confronta con la verdad con la que comenzamos: **ser buenos no consiste en un esfuerzo moralista**, ni en una acumulación de méritos personales, ni en una lucha desesperada por cumplir estándares inalcanzables. La bondad verdadera no nace del intento humano de parecer justo, nace de una vida rendida, orientada, sostenida por la voluntad de Dios.

Ser buenos, entonces, no significa perfeccionismo, desempeño, disciplina sin alma. Significa caminar en respuesta al amor de Dios. Significa abrir el corazón a la guía del Espíritu. Significa reconocer que la fuente de toda justicia no está en nosotros, está en Aquel que nos amó primero.

Este entendimiento nos libra de la trampa silenciosa de pensar que todo depende de nuestras decisiones, nuestros logros, nuestras capacidades. Esa visión centrada en el yo termina por esclavizar, aunque prometa libertad. Por el contrario, la ética cristiana —la verdadera— **despierta cuando la mirada se eleva hacia Cristo**. No como un símbolo ideal. Como modelo perfecto. Como vida concreta. Como justicia encarnada.

Cristo, el único verdaderamente bueno. El único sin sombra. El único capaz de revelarnos lo que significa vivir en plenitud, no por conquista, es por gracia. En Él, descubrimos que **la bondad no es un deber agotador**, en un sentido práctico, un fruto inevitable de estar en comunión con la verdad. Una respuesta gozosa. Un reflejo de su luz. Un acto de libertad nacida del amor².

En tiempos difíciles, como los que ha enfrentado Venezuela entre 2000 y 2024, esta visión de la ética se vuelve muy importante. La corrupción, la injusticia y la pérdida de valores nos muestran cuán limitado puede ser depender solo de sistemas humanos. En estos momentos, la fe cristiana puede ser una luz que denuncia lo malo y muestra cómo trabajar por la reconciliación y la justicia.

El mal no siempre se presenta como algo extraordinario o inusual; a menudo se disfraza de normalidad, floreciendo en la rutina cuando las personas dejan de cuestionar y simplemente obedecen. Es en este sutil abandono de la reflexión, del pensamiento crítico, de las propias ideas donde las injusticias se afianzan y se perpetúan. Este llamado al discernimiento no es solo una responsabilidad moral, en efecto, es una vocación intrínseca a nuestra cristiandad: la de actuar con justicia y confrontar las estructuras opresivas³.

La Iglesia, como comunidad de fe y esperanza, no puede permanecer en silencio, enclastrada en las cuatro paredes. Su voz debe alzarse afuera de ella, por medio de sus comulgantes, aquellos que, y en su entendimiento propio, de sus propios sufrimientos, sus propias circunstancias se convierten en luces brillantes que se niegan a ser actores pasivos, faros en medio de la indiferencia, denunciando el mal y sembrando semillas de cambio. Este llamado es una tarea moral, es una expresión viva del paradigma contemporáneo que

² Bonhoeffer, D. "Ética". Editorial Trotta, 2000, p. 45.

³ Arendt, H. "Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal". Editorial Lumen, 1999, p. 123.

David Bosch identifica en *Misión en transformación*⁴. Según Bosch, este paradigma sitúa a la misión cristiana como un agente transformador tanto espiritual como social, comprometiéndose con las realidades y desafíos de nuestro tiempo.

La verdadera misión cristiana no se limita a resistir pasivamente el pecado, ni a la proclamación superficial del evangelio, exige involucrarse en la construcción de un mundo más justo, donde el amor y la compasión sean fuerzas visibles y tangibles. En este sentido, la idea define la misión como un movimiento dinámico que no solo lleva el mensaje de salvación, también actúa como catalizador de cambios profundos en las estructuras sociales, económicas y culturales.

Este enfoque reconoce que el mundo no puede ser transformado sin una Iglesia que esté dispuesta a ser también transformada: una comunidad abierta al diálogo, sensible a las necesidades del prójimo y comprometida con la justicia. Es una misión que encarna la esencia del mensaje de Cristo al comprometerse con la proclamación del evangelio, con la acción concreta para erradicar las injusticias y sanar las heridas del mundo.

Así, al abrazar este paradigma contemporáneo, la Iglesia cumple su vocación de ser un reflejo del Reino de Dios, un espacio donde la esperanza se predica, se construye día a día a través del testimonio y el servicio. Esto exige valentía, creatividad y una fe que no teme enfrentar los desafíos de un mundo necesitado de transformación.

Este llamado nos desafía a vivir con intencionalidad, reconociendo que el mal se fortalece en la comodidad de la omisión. Nuestra fe, entonces, es un elemento clave en la transformación, una fuerza que nos impulsa a cuestionar, transformar y devolver la dignidad a los lugares donde la injusticia ha echado raíces.

En estos esbozos quiero mostrar que poner a Dios en el centro de nuestra ética nos ayuda a entender qué es lo bueno, y que esa convicción nos da las fuerzas para enfrentar los desafíos de nuestro mundo. En Cristo, encontramos el camino para construir una vida y una sociedad basadas en la justicia, la verdad y el amor.

El mal se disfraza, se viste de lino, de camisa púrpura, se perfuma y se aliña para mostrarte la mejor cara, el mejor perfil, su sonrisa maquiavélica para apuñalarte por la espalda. Suele operar bajo un velo de legitimidad que le otorga poder y aceptación. Se esconde detrás de narrativas que apelan a ideales aparentemente inofensivos, como la resistencia antiimperialista, la justicia social y el sacrificio patriótico. Sin embargo, estos esbozos desentrañan cómo, en contextos específicos, estas narrativas son empleadas para justificar la corrupción, la represión y la concentración de poder.

El mal utiliza un lenguaje que tranquiliza las conciencias, disfrazándose de virtud mientras siembra destrucción. El lector debe aprender a reconocer estas dinámicas en los diversos escenarios globales, demostrando que el mal rara vez actúa de manera descarada: operando bajo el disfraz de lo moralmente correcto y lo históricamente necesario. Para desenmascararlo, es preciso aprender a mirar más allá de la superficie, siguiendo el

⁴ Bosch, David J., *Misión en transformación: Cambios de paradigma en la teología de la misión*, Libros Desafío, 2000, p. 621.

principio que Moisés utilizó para desenmascarar la falsa adoración: establecer el sentido último de todas las cosas. Cuando desviamos nuestra adoración del propósito fundamental de las escrituras y la transformamos en un instrumento al servicio de la utilidad mundana, el mal prospera en los márgenes de nuestra aceptación y complacencia. Su mayor poder radica precisamente en disfrazarse de bien para robar el verdadero propósito de la existencia: glorificar a Dios. Sin embargo, la verdad inquebrantable es que todo poder, por muy engañoso o elevado que parezca, se postrará finalmente ante el poder supremo. Y en eso mi estimado lector no tengo duda alguna, no existe un lugar de este universo que quede fuera de la soberanía y escrutinio de Dios.

El Disfraz del Mal

El mal no avanza a través de la fuerza bruta ni la espada únicamente; su mayor astucia está en ocultar sus armas tras valores que la sociedad considera incuestionables: la justicia, el sacrificio, el patriotismo o incluso el progreso. Para consolidar su poder, distorsiona la percepción colectiva y normaliza la opresión, manipulando narrativas sociales, políticas y religiosas.

Los discursos cargados de emotividad y los símbolos de unidad nacional sirven de máscara para la explotación y la injusticia. Lo moralmente aceptable puede convertirse en una herramienta de control si no se somete a una evaluación crítica y a un marco ético sólido. Para discernir el camuflaje del mal, es necesario desafiar sus sutilezas y resistir la pasividad que genera la confusión. En la narrativa del Génesis encontramos un principio ineludible de esta sutileza: la serpiente, con su arte de la suspicacia y bajo la premisa de la elevación, convierte en esclavo al ser humano. Aunque antiguo, este principio sigue vigente en la modernidad. En una era de innovación tecnológica, la misma gastada promesa de elevación sigue siendo la bandera de protagonismos populistas: prometiendo libertad, esclaviza. Es el mismo disfraz, la misma metodología, la misma esclavitud.

Ese disfraz te envuelve con sus tentáculos, te arrastra a través de discursos insidiosos, plagados de exaltación a la revancha, al nacionalismo, a la noción del enemigo interno. Despiertan sentimientos de venganza, odio, frustración contenida. Se alimentan del clamor de masas sedientas de justicia mal entendida, de logros que nunca llegaron.

Es cierto, no hay gobierno perfecto. Los discursos se repiten entre un proyecto y otro. Utilizan las mismas armas retóricas, las mismas tácticas de manipulación. Promesas vacías que esclavizan al más necesitado: aquel que, en su vulnerabilidad, ve en esos líderes una esperanza sin sacrificio, una salida sin esfuerzo.

Ese anhelo sin fundamento se convierte en un síntoma colectivo, una enfermedad social que se extiende entre quienes, en su deseo legítimo de una vida mejor, no han sido los más favorecidos. En ese caldo, donde se cultiva el resentimiento, nace una masa de pueblo que desea ser afirmado, reconocido, elevado.

Pero ese deseo, manipulado por el poder, se transforma en cadena. Termina por esclavizar aún más sus vidas a un mecanismo insidioso, cíclico, que nunca termina. Una maquinaria que no libera, solo promete mientras devora.

¿Es esto lo que somos? ¿Esclavos que tropiezan una y otra vez con las mismas promesas huecas, seducidos por una libertad que no libera, que encadena? Romper este ciclo no es solo necesario; es un acto urgente de discernimiento y coraje espiritual. No se trata únicamente de rechazar un sistema opresivo, esto encara y desenmascara los métodos gastados con los que el mal, disfrazado de virtud, busca someter la conciencia colectiva.

En contraste, el pasaje de **Isaías 11:1-4 (RVR1960)** nos ofrece una visión radicalmente distinta: “*Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces...*” Este vástago, figura mesiánica de Cristo, gobierna con justicia, sabiduría y temor de Dios. Defiende al pobre, y con equidad guía a los mansos de la tierra. Frente al árbol corrupto de la opresión, brota este vástago como promesa viva de una **redención verdadera**.

El mal, por su parte, no se presenta como abiertamente destructivo. Llega como solución razonable, como necesidad pragmática, como el precio inevitable del orden. Se disfraza de bien mayor, justificando el sacrificio de los débiles en nombre de la seguridad, el progreso o la unidad. Su mayor astucia radica en su capacidad de **torcer los valores éticos**, pervirtiendo lo justo, degradando lo sagrado, banalizando el sufrimiento.

A lo largo de la historia, sistemas totalitarios y líderes autoritarios han perfeccionado este arte. La manipulación de principios éticos ha sido una de sus armas más eficaces: no niegan la justicia, la redefinen; no eliminan la verdad, la reformulan; no anulan la libertad, la caricaturizan. Y estas estrategias no han desaparecido con el tiempo: se reinventan, se refinan, se insertan sutilmente en las estructuras políticas, sociales y culturales que nos rodean.

En este contexto, **la neutralidad moral se revela como una ilusión peligrosa**. Creer que se puede permanecer al margen, sin tomar partido, es ya una forma de consentimiento. La resistencia al mal no puede ser ambigua. Exige convicción, claridad, una conciencia anclada en Aquel en quien hemos creído.

Cristo es el fundamento de nuestra fe y el modelo encarnado del bien. En Él, la santidad se manifiesta como una realidad viva que transforma, exige y guía. Esta santidad no permanece en el plano abstracto, se vuelve concreta y cercana. La santificación, revelada en su persona, avanza como un proceso diario que nos incluye activamente. No responde a una imposición legalista, brota de una respuesta amorosa que nace de la gracia que hemos recibido. Vivimos para agradarle, impulsados por el gozo de haber sido alcanzados por su misericordia.

Desde esta perspectiva, la ética no puede reducirse a un sistema de ideas. Se vuelve **una praxis viva**, un estilo de vida fundado en la voluntad de Dios. Es la expresión concreta del Reino, encarnada en gestos de justicia, actos de amor, decisiones que reflejan el carácter de Cristo en medio de un mundo quebrado. No es teoría; es resistencia. No es idealismo; es obediencia.

Así, ser agentes del bien en un mundo caído no es un privilegio, es una vocación. Y esa vocación comienza cuando dejamos de mirar al mal como algo lejano y lo reconocemos donde realmente habita: en las estructuras, en los discursos, en los hábitos... y en nuestro silencio.

Identificar las dinámicas del mal proporciona el análisis necesario para comprender su poder de convencimiento. La forma en que se reviste de términos nobles desafía al individuo a profundizar en los principios que guían su vida. Exponer estas distorsiones no es un ejercicio meramente académico, es una responsabilidad ética y espiritual.

Un Marco Ético de Resistencia

Frente al mal institucionalizado que se perpetúa en las estructuras de poder de los gobiernos autoritarios, no basta con comprender. No basta con denunciar. Ha llegado el momento de afirmar, con claridad y sin ambigüedades, que **la resistencia ética es una expresión concreta de la santidad de Dios en medio del desierto moral contemporáneo**.

Esta propuesta teológica parte de una convicción inquebrantable: **todo conocimiento sobre el mal debe traducirse en acción redentora**. No se trata simplemente de identificar las estrategias del poder que manipula, opprime y deshumaniza, en efecto es, establecer un camino de resistencia activa, profundamente enraizado en los **medios de gracia** y en la vocación profética del pueblo de Dios.

Este marco ético no es una sugerencia abstracta ni un ejercicio académico; es una **urgencia espiritual y política**. Se funda en el testimonio de las Escrituras y se legitima en la historia de aquellos que, desde su fidelidad al Reino, han desafiado regímenes que exaltaban el mal bajo ropajes de virtud. La santidad, entendida como reflejo del carácter de Dios, se convierte aquí en el **referente absoluto de justicia, verdad y responsabilidad colectiva**.

La tarea es clara: **equipar al creyente con herramientas espirituales y prácticas** para enfrentar las narrativas opresivas que pretenden neutralizar la conciencia moral. Temas como el **coraje ético**, la **verdad como arma contra la manipulación**, y la **restauración de la dignidad humana** en contextos marcados por la injusticia, no son periféricos: son centrales.

La resistencia se mide por gestos heroicos insistentes y persistentes, sin desmejorar la **fidelidad constante en lo cotidiano**. Cada acto de verdad, cada palabra dicha sin temor, cada decisión que encarna los valores del Reino de Dios, constituye una forma de **desobediencia santa** ante un sistema que busca corromper la imagen de Dios en el ser humano.

Decir “*Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo*” (*Mateo 5:48, RVR1960*) no es proponer un ideal moral inalcanzable. Es lanzar un **grito de guerra** contra la corrupción, contra la mentira institucionalizada, contra la anestesia espiritual. Es rechazar la complacencia. Es discernir entre lo que parece luz pero es oscuridad. Es tomar postura firme frente a las fuerzas que, con sutileza o violencia, intentan **socavar la justicia del Reino**.

La santidad, en este contexto, no es retiro; es confrontación. No es silencio; es denuncia. No es quietud; es marcha. **Es el acto radical de quienes han decidido ser atalayas y testigos.** Testigos de un Reino que no pacta con la opresión y que avanza, incluso en sombras, con la luz de una ética que nace de Dios.

Resistencia Activa en un Mundo de Sombras

La lucha contra el mal comienza al desenmascararlo, pero culmina en la resistencia activa, anclada en la santidad de Dios. Todos, sin excepción sabemos, vemos y entendemos que la injusticia se ha normalizado, la manipulación mediática ha distorsionado la percepción de la realidad y, la opresión se disfraza de necesidad política, el creyente debe convertirse en una luz brillante de verdad.

En particular, la pastoral venezolana enfrenta desafíos impuestos por un régimen que ha institucionalizado la injusticia y la desinformación. Este esbozo surge como una respuesta urgente ante esta realidad desgastante, con la esperanza de inspirar una comunidad espiritual que anhele el bien supremo de la nación, el desarrollo de virtudes cristianas y la tarea permanente de ser una voz profética en cualquier momento histórico en el que nos encontremos.

La resistencia no es solo un acto de confrontación; es un compromiso con la verdad y la justicia. Es la certeza de que, aunque el mal haya aprendido a disfrazarse con máscaras de virtud, la luz de la verdad siempre será más fuerte que cualquier sombra.

Uno de los detonantes de estas líneas fue una experiencia personal que me marcó profundamente: un viejo amigo pastor, en un video de celebración navideña, oró con visible temor por la paz de la nación. Pero dentro del contexto en que se encontraba, parecía más bien una oración pronunciada desde las cadenas opresivas de una mazmorra imaginaria. Esto me llevó a preguntarme: ¿es posible orar sin miedo, con determinación, por una acción efectiva de verdadera libertad? Es decir: ¿Por qué oramos por paz, sí no la hay, cuando deberíamos estar orando por la restauración del derecho democrático? ¿Se puede superar el temor a las represalias y adoptar una metodología que combine audacia y prudencia, y determinación⁵?

Recuerdo las palabras de Jesús: "*No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada*" (Mateo 10:34RV1960). ¿Cómo se aplican estas palabras en el contexto de nuestras relaciones y nuestro compromiso individual y misional en un sistema totalitario? Estas reflexiones me llevaron a considerar el papel de la iglesia: ¿de qué manera estamos siendo una fuerza de transformación estratégica en este régimen opresor? ¿Por qué el cambio parece tan lento y desgastante? Si Dios ha permitido esta situación, ¿cuál es el propósito detrás de ello y qué papel nos corresponde dentro de la hegemonía de un poder ilegítimo?

En este análisis, tres posturas emergen como claves para enfrentar esta realidad:

⁵ Clausewitz, *De la guerra*, Libro 3, Cap. 1: sobre el "coup d'œil" como juicio rápido en medio de la incertidumbre.

Primero, la oración y todos los medios de gracia deben ser un acto de valentía visceral. Orar estratégicamente con pertinencia, actualidad y vocación del significado de la oración eficaz, en el contexto de una viuda que busca justicia, tanto en lo público como en lo privado, se convierte en un movimiento de resistencia moral y espiritual. La determinación surge de un entendimiento claro de las circunstancias y de un raciocinio que combate la parálisis de la duda con una acción pertinente⁶. En este sentido, ¿ha crecido la espiritualidad de la iglesia desde que este régimen se instauró? ¿Se ha movilizado un movimiento de oración nacional que confronte estratégicamente los sistemas opresores, como sucedió frente a los muros de Jericó? ¿Quiénes marcharon y luego cayeron los muros? (Josué 6:1 RV1960)

¿Qué quería decir Pedro?

Llevo días interrogando el texto de Pedro, no desde la comodidad de un escritorio, desde el temblor interior que produce vivir bajo sistemas de dominación disfrazados de progreso. Regímenes que, como en el primer siglo, socavan la verdad, manipulan la memoria, desfiguran la justicia y triturán la dignidad. Me he preguntado con insistencia: ¿qué habría pasado si Pedro, en lugar de exhortarnos a orar por la paz, nos hubiera llamado al derribo de las estructuras imperiales injustas? ¿Si, en lugar de hablarnos de vida quieta y reposada, nos hubiera instruido a incendiar las instituciones del César, a resistir con fuego y espada la corrupción de un imperio devorador de almas?

Recordemos el contexto: **Nerón** reina. Roma respira violencia, decadencia, poder absoluto. Los cristianos no solo son perseguidos, son convertidos en espectáculo. Antorchas humanas, cuerpos crucificados, gritos apagados por la arrogancia del imperio⁷. En ese escenario, Pedro escribe. Su vida en peligro. Su final, según la tradición, una cruz invertida. Y sin embargo, dice:

"Honrad al rey. Sed sumisos. Vivid quieta y reposadamente." 1 Pedro 2:13–17RV1960 1960. Véase también Romanos 13:1–7.

¿Resignación? ¿Prudencia política? ¿Código encriptado para una iglesia acosada?

Tal vez Pedro no nos está invitando a pasividad. Tal vez nos está ofreciendo una **forma más disruptiva de resistencia**: una paz que no se compra, una quietud que no es silencio cómplice, en efecto, un testimonio escandaloso en un mundo adicto a la violencia. La vida quieta que propone no es retirada, es confrontación ética desde otra lógica. Porque vivir en paz en un sistema injusto demanda abrir los ojos **más que nunca**, resistiendo desde la santidad, desde la integridad, desde la verdad no negociable.

No debemos olvidar que Pedro es judío. Lleva en su sangre la memoria de un pueblo que alguna vez fue libre bajo sus propios reyes, y también la herida abierta de siglos marcados por el exilio, la opresión y gobiernos ajenos. Conoce en lo más profundo lo que significa anhelar un reino terrenal. Sin embargo, ha contemplado al Mesías crucificado y ha sido

⁶ Clausewitz, *De la guerra*, Libro 3, Cap. 1: sobre el "coup d'œil" sobre la determinación como hábito mental que supera la parálisis de la duda.

⁷ Tácito, *Anales*, XV, 44. El historiador romano relata cómo Nerón culpó a los cristianos del incendio de Roma y los sometió a torturas públicas.

testigo de una revelación mayor. Ha comprendido que el Reino no se instala mediante estructuras humanas, el reino se establece a través de una transformación que nace desde el corazón. Por eso, su carta trasciende un simple llamado a la serenidad. Se presenta como una declaración profundamente espiritual, una estrategia divina que responde al imperio desde las fronteras invisibles del Reino. Pedro no dirige al pueblo hacia la lucha armada. Ofrece una forma de revolución más radical, con raíces más hondas y efectos más duraderos: no a través de la violencia, lo hace por medio de la cruz sostenida con fidelidad.

La espada impone. La cruz transforma. La espada mata. La cruz redime. La espada responde al poder con violencia. La cruz responde al poder con verdad y sacrificio.

Sostener la cruz no es sinónimo de pasividad. Es un acto consciente de resistencia que desarma al opresor sin imitarlo. Es una forma de confrontación que no reproduce los métodos del imperio, utiliza una metodología que los deja expuestos en su vaciedad moral. Pedro sabía que la verdadera victoria del Reino no se logaría conquistando Roma, era un mecanismo más efectivo, más visceral, más estratégico; desmantelando los ídolos de Roma desde adentro, desde una comunidad que encarnara otra forma de vida, otra ética, otra esperanza.

Al llamar a sus hermanos a vivir “**como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacerlo malo**” (1 Pedro 2:16, RVR1960), Pedro está redefiniendo el concepto de libertad en los términos del evangelio. No es la libertad de destruir, estaba llamando a **vivir fielmente bajo el Señorío de Cristo**, incluso cuando eso signifique sufrir, y en algunos casos morir. En un mundo donde el poder se mide por la capacidad de imponer miedo, Pedro está recordando que el verdadero poder del creyente está en **no negar la cruz cuando la espada amenaza**.

Este mensaje, leído hoy, conserva su fuerza disruptiva. En una época marcada por la tentación constante de devolver el golpe con la misma intensidad, la carta de Pedro invita a una forma de resistencia moldeada por la cruz: valiente, radical, profundamente espiritual en su expresión del Reino. Surge, desde la fidelidad que brota del carácter de Cristo. Se sostiene desde una visión que discierne desde lo alto y actúa con sabiduría eterna.

No empuñamos la espada; sostenemos la cruz. Y en esa cruz encontramos la luz y contemplamos la verdadera victoria. No se trata de una conquista según los términos del César, es por definición de las escrituras, según los del Cordero inmolado. Aun cuando vivimos en un “todavía no” que parece prolongarse, especialmente ante la aparente inacción frente a los poderes coercitivos, dominantes y destructivos de los tiranos, seguimos firmes. Esos regímenes —como los que hoy oprimen en Venezuela, Cuba y Nicaragua— se presentan inicialmente como elegidos por el pueblo, pero terminan aferrándose ilegalmente al poder. Frente a ellos, la cruz no es rendición: es resistencia activa, esperanza encarnada, fidelidad sostenida hasta el final.

Sin embargo, vivimos tiempos distintos. Las democracias modernas, imperfectas, han creado estructuras más complejas que los imperios antiguos. Hoy, el mal no solo se manifiesta en la violencia del emperador, se revelan en sistemas narrativos que confunden, en leyes que legalizan la injusticia, en medios que normalizan el saqueo de las conciencias.

Hoy, la paz puede ser una mentira mediática, un anestésico administrado cuidadosamente por quienes roban elecciones y secuestran instituciones.

Por eso, nuestra misión no puede ser ingenua. Nuestra oración por paz y quietud debe ser **profundamente disruptiva**. Una oración que no solo clama, una oración que denuncia. Una intercesión que defiende naciones desde las rodillas, pero con ojos abiertos y manos dispuestas a actuar. Una espiritualidad que no se esconde, una que clama desde las extrañas un grito de libertad!

No estamos llamados a cruzarnos de brazos. Estamos llamados a arrodillarnos con los puños cerrados de indignación justa, con la voz encendida por la verdad, con el corazón alineado al Reino. Pedro obedecía a Cristo, no a César. Y nosotros también. Por eso, ser fieles a su exhortación implica **ser una voz profética en nuestro tiempo**, proclamar un evangelio integral, denunciar el pecado estructural y vivir una fe que no se conforma con sobrevivir en la oscuridad, una fe que arde con la luz de la justicia.

¿cómo puedo terminar esta interrogante de este texto? Tal vez esto sea un **despertar**. Pedro no nos llamó a la resignación. Nos convocó a una paz que desafía los imperios. A una esperanza que no negocia con la mentira. A una iglesia que ora, pero también actúa. Que clama, pero también se levanta. Que espera, pero no se rinde.

Tu voz es necesaria. No calles, ora por una normalización del hilo constitucional. La historia de Pedro, y su final muerte por crucifixión invertida, de la carta enviada desde el fuego de la prueba, es una invitación a denunciar. Es un mandato para seguir luchando con las armas del Reino. Desde la rodilla. Desde la palabra. Desde la verdad⁸.

Acción en medio de la oración

Siguiendo las exhortaciones de Pablo en **1 Timoteo 2:1-2**, debemos orar por los gobernantes, con **sumisión, intercediendo por justicia y orden**, especialmente en nuestro caso; orar para que se restablezca el hilo constitucional, mientras denunciamos el **pecado institucional**. Este equilibrio entre oración y acción refleja una espiritualidad activa que desafía las estructuras de opresión.

El mártir alemán **Dietrich Bonhoeffer** entendió con claridad que la Iglesia no podía limitarse a una intercesión pasiva cuando los gobiernos se tornaban injustos. Para él, orar por las autoridades debía ir acompañado de una resistencia ética y, en ciertos casos, de una oposición activa a la injusticia. En su **Ética**, Bonhoeffer plantea que no basta con ayudar a las víctimas del mal, es necesario **interrumpir el mecanismo que perpetúa la injusticia**. Como expresó de manera contundente:

⁸ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, Libro II, cap. 25. Según la tradición cristiana temprana, Pedro fue crucificado en Roma bajo el mandato de Nerón, alrededor del año 64 d.C.

***"No basta con ayudar a las víctimas que caen bajo la rueda de la injusticia; debemos atajar la rueda misma."*⁹**

Esta postura es coherente con el pensamiento reformado de **Juan Calvino**, quien enfatizaba la necesidad de orar para que Dios conduzca los corazones de los gobernantes hacia la justicia, pero sin eximir a la Iglesia de su deber profético de llamarlos a rendir cuentas. Calvino afirmaba que la obediencia a los magistrados debía estar condicionada a su adhesión a la justicia y, en caso de desviación, los cristianos tenían la responsabilidad de resistirlos en los términos de la prudencia y la verdad¹⁰.

Por otro lado, **Martín Lutero** subrayaba que la obediencia a Cristo era suprema, incluso por encima de las normas humanas. En su comentario sobre **Hechos 5:29RV1960** ("Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres"), Lutero reafirmaba que la sumisión al Estado no podía significar la complicidad con el pecado¹¹.

Bonhoeffer llevó esta convicción a su máxima expresión al denunciar la corrupción del Tercer Reich y comprometerse en la lucha contra la opresión nazi. Para él, la Iglesia tenía tres opciones frente a un gobierno injusto:

1. **Llamar al Estado a actuar con justicia.**
2. **Ayudar a las víctimas de su injusticia.**
3. **Resistir activamente cuando el Estado se convierte en opresor.**¹²

Por lo tanto, la **oración por los gobernantes es un acto revolucionario, un arma espiritual que debe ir acompañada de acción**. No podemos sostener con nuestras oraciones la injusticia, oramos para que la verdad de Dios se manifieste en los asuntos humanos. La intercesión es parte del combate espiritual, y la Iglesia no puede ser cómplice del mal por medio de una obediencia sumisa al no crear un movimiento de oración por la restitución del hilo constitucional en países donde se ha perdido, especialmente y en mi caso, Venezuela.

Así como Bonhoeffer desafió la opresión de su tiempo, la Iglesia de hoy debe levantar su voz contra la injusticia, sosteniendo la **espada de la verdad** y clamando por un gobierno que refleje la justicia de Dios en la tierra.

Segundo, ser visiblemente una fuerza de luz que elimine la ceguera espiritual y sal que preserve lo salvado, llevando el mensaje del evangelio a las esferas más altas del poder político. Esto implica una evangelización audaz, desafiante, confrontativa con el pecado dirigida incluso a los caudillos visibles del régimen. La presencia de determinación y ánimo resuelto es clave para conquistar lo inesperado y superar los temores¹³, incluso a la muerte. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿hasta qué punto la narrativa coloquial propia de estos regímenes y el poder supremo que ostentan estos líderes les permitirían abrazar la fe en

⁹ Bonhoeffer, Dietrich. *Ética*. Editorial Trotta, 2000, p. 174.

¹⁰ Calvino, Juan. *Institución de la Religión Cristiana*, Libro IV, Cap. 20.

¹¹ Lutero, Martín. *Comentario sobre Hechos 5:29*, Obras Completas, Editorial Concordia, 1535.

¹² Bonhoeffer, Dietrich. *La Iglesia y la cuestión judía*, 1933.

¹³ Clausewitz, *De la guerra* Libro 1, Cap. 3: sobre la importancia de la presencia de ánimo frente a lo inesperado.

Jesucristo? Hasta el día de hoy, estas preguntas permanecen sin respuesta, y la iglesia parece continuar inmutable desde el mismo día en que este régimen se instauró ilegítimamente en el poder.

La urgencia de estas preguntas no solo desafía estas líneas y nuestra espiritualidad, desafían principalmente nuestra capacidad de actuar con ánimo resuelto, determinación y estrategia en medio de la incertidumbre. Las grandes transformaciones requieren una combinación de claridad, audacia y resistencia estratégica¹⁴. ¿Estamos, como iglesia, a la altura de este desafío?¹⁵

Mi corazón sufre, y mi lápiz, tenso en mi mano apretada por la impaciencia y la impotencia de una espera que desespera, refleja el clamor de mi alma ante las circunstancias apremiantes que enfrentan los pueblos oprimidos por regímenes totalitarios. Este sufrimiento erosiona mi ánimo y debilita mis ganas de celebrar la emblemática festividad del nacimiento de mi Redentor¹⁶. Porque, al final, un pernil en la mesa no puede borrar las atrocidades cometidas en los últimos 23 años de comunismo. Hoy celebro, pero con un sentimiento de nostalgia que envuelve y embarga mi corazón.

En medio del dolor, me atrevo a seguir aspirando a la paz, pero reformulando su significado etimológico: no podemos construir la paz sin la espada de la santidad. Pero esta santidad no nace del hombre, nace de la santidad de Dios. Caín actuó desde una ética caída, impulsado por su rebelión contra la verdad. Su acción, lejos de reflejar un mandato cultural legítimo, representa la distorsión de la justicia, la exaltación del yo sobre la voluntad de Dios. Solo en Cristo encontramos la verdadera espada de la santidad, aquella que juzga con justicia y que redime a los caídos en su gracia. La fe demanda el bien, que significa ser como Jesucristo. Es la espada que exige justicia por la sangre de los que han caído, aquellos cuya sangre, como la de Abel, clama por justicia y por la condenación de los autores intelectuales y materiales de la desidia y la angustia.

Mi lápiz no descansará hasta ver dominado y doblegado el poder que nos opreme.

Siento una indignación indescriptible al ver cómo la fe se diluye, su voz se apaga y su práctica se ve comprometida, sometida por el discurso propagandístico y la maquinaria subversiva que pretende neutralizar su voz profética. Reflexiono entonces en el legado de hombres valientes como Bolívar, y cuánto nos hace falta su voluntad. Mientras su pensamiento se desvanece en manos de quienes han encadenado su ideario a su propia versión de la revolución, su esencia se tergiversa para servir a fines distintos a los que originalmente defendió.

Ante este panorama, surge con urgencia la necesidad de una ética pastoral que aprenda a librarse de la guerra espiritual y, al mismo tiempo, denuncie la injusticia con fervor. En el amplio contexto de los cuatro componentes que conforman el ambiente de la guerra—el peligro, el esfuerzo físico, la incertidumbre y la oportunidad—se hace evidente la necesidad de una

¹⁴ Clausewitz, *De la guerra* Libro 1, Cap. 3 sobre la necesidad de resistencia estratégica en contextos adversos.

¹⁵ Carl von Clausewitz, *Sobre la Guerra*, p. 34. Reinterpretación sobre nuestro papel dentro de los contextos de ser una fuerza de transformación moviéndonos según sean las oportunidades y las circunstancias con tezón y determinación del papel que jugamos dentro del gran tapiz de Dios.

¹⁶ Este segmento se escribió durante las festividades de diciembre 24 de 2024 mientras mi esposa y suegra preparaban los alimentos que habíamos de consumir durante la cena navideña

fuerza moral y mental extraordinaria. Una fuerza que permita avanzar con determinación en un entorno lleno de desafíos desconcertantes.

Así como los historiadores y cronistas de gestas militares emblemáticas describen esta cualidad con términos como energía, firmeza, constancia y fortaleza de espíritu y carácter, podemos trazar un paralelismo con la lucha espiritual. De la misma manera, nuestra resistencia en la fe requiere esas mismas virtudes, adaptadas a las circunstancias de la vida diaria, pues en cada prueba enfrentamos un campo de batalla donde la victoria radica en mantenernos firmes en la gracia y la verdad de Dios.

Asimismo, denunciar la injusticia con fervor es un deber ineludible, y eso comienza y termina en la proclamación del evangelio, aunque ello implique sacrificar la comodidad o incluso la vida. Esta es, en última instancia, la vocación con la que cada uno es llamado. "Zapatero a su zapato", pero nos toca honrar las vidas de aquellos que, en el entendimiento de su llamado, han entregado su sangre en la lucha por la libertad de los pueblos oprimidos y eso mi estimado lector recae sobre aquellos que en su preparación son llamados a defender la patria, a liberarla y los yugos que la esclavizan. El caso de Bolívar es único en la historia de nuestra nación; él derramó su sangre por la libertad, pero tampoco debemos olvidar a los soldados y campesinos que, sin renombre ni reconocimiento, ofrendaron su vida por esa misma causa.

Murieron en las batallas, en los campos y en las ciudades, en los momentos más decisivos de la nación. Cuando se exigió su sacrificio, lo entregaron sin reservas, y su valentía fue recibida con honor. ¿Será nuestra generación capaz de mostrar la misma firmeza en la lucha por la verdad, la justicia y la fe? ¿en la proclamación del evangelio que cambia, que transforma y mejora la vida y su percepción de ella?

Tercero. En este análisis, mi posición con relación al mal institucional, que se manifiesta de manera generalizada por medio de una doctrina dura de reeducación que fomenta un tipo de persona silenciosa y tolerante con la mediocridad —avalada por leyes supuestamente para el “bien común”, pero que ocultan mecanismos de control arbitrarios—, es crucial para la denuncia y transformación. Este mal se entrelaza con un lenguaje inclusivo que sataniza toda resistencia activa y ataca a aquellos que intentan denunciar sus prácticas corruptas.

En este escenario oscuro, la verdad y el verdadero bien común representado en el evangelio de Jesucristo se alzan como estandartes de esperanza. La apologetica, en momentos como este, se convierte en una herramienta determinante al desenmascarar los mecanismos insidiosos de estas doctrinas arbitrarias y totalitarias. Por su parte, el pulpito debe ser la voz profética que denuncia el pecado, mientras que la lógica elemental y la sabiduría de la verdad se reflejan en la manera en que vivimos, nos movemos y existimos dentro y fuera de las paredes de la iglesia. Cuanto más profundizamos en la verdad absoluta de Dios, más expuestos estamos a las maneras insidiosas en que el pecado nos atormenta y seduce hacia un doble discurso, el cual debe ser eliminado si queremos ser una voz fuerte y firme en este tiempo para esta generación.

Denunciar es un acto evangelístico. No una reacción impulsiva, no un gesto aislado de indignación moral, es una proclamación concreta de **santidad y verdad** en medio de un mundo que ha aprendido a llamar bien al mal. Forma parte esencial de la dinámica del

Reino de los Cielos: **una expresión activa del evangelio encarnado**, que se manifiesta en los contextos más prácticos y cotidianos de la vida.

Allí, precisamente allí —en lo que parece insignificante, en lo habitual, en lo rutinario— comienza la verdadera denuncia del pecado. No se limita a señalar lo que está mal en las estructuras grandes y lejanas; se activa en el momento en que somos capaces de decir **no** a la corrupción cuando toca nuestra puerta, de rechazar la inmoralidad cuando se disfraza de necesidad, de resistir la tentación cuando el sistema nos ofrece soluciones ilícitas a problemas legítimos.

Cuando la mente, presionada por la crisis económica, comienza a justificar lo indebido; cuando el corazón se abre a pequeñas concesiones en nombre de la supervivencia; cuando el entorno ha normalizado la injusticia al punto de volverla invisible... **es allí donde se gesta la denuncia**. En ese terreno íntimo, donde la conciencia decide a quién pertenece: al sistema que pervierte el bien, o al Reino que lo restaura.

Denunciar, entonces, es exponer a la luz lo que el sistema intenta ocultar. Es romper con la lógica del silencio cómodo. Es proclamar que el evangelio no solo salva almas, también denuncia estructuras, transforma culturas y exige fidelidad. Y esa fidelidad comienza en lo secreto: en la integridad del pensamiento, en la honradez de las decisiones pequeñas, en la firmeza de la palabra dicha con amor, pero sin ambigüedad.

En efecto, la denuncia no es un fin en sí misma. Es una señal del Reino. Una declaración pública de que el bien no será negociado, que la verdad no será silenciada, que **la santidad no es opcional, es nuestra forma de resistencia y nuestra forma de evangelizar**. Porque el evangelio no solo anuncia salvación: también confronta el pecado —personal y estructural— con la fuerza de la cruz y la claridad de la luz.

La vida pura de la iglesia

La vida pura de la iglesia debe ser visible en sus miembros. Si estos no viven de acuerdo con las prácticas de santidad, el mensaje será como una pelota de goma que rebota dentro de las cuatro paredes sin trascender más allá de la puerta misma. Por ello, debemos limpiar la casa. Este principio encuentra su fundamento en el relato de Jesús entrando al templo en Juan 2:13-17, durante la Pascua, un tiempo en que los corazones deberían elevarse en adoración, rememorando la liberación que Dios concedió a Israel. Sin embargo, lo que encuentra es ruido, caos, y un mercado desbordante. Su mirada se endurece al observar a los cambistas manipulando monedas, comerciando animales indignos para el sacrificio, explotando el anhelo espiritual de los peregrinos. El templo, ha sido reducido a un vulgar mercado. Las mesas se vuelcan, y las monedas caen como una tormenta metálica al suelo. Los animales, asustados, corren en todas direcciones, mientras los mercaderes gritan en vano, incapaces de detener el movimiento profético de Jesús y declara: **“;Saquen esto de aquí! ;No hagan de la casa de mi Padre una casa de comercio!”** (Juan 2:16 RV1960).

Este acto no es meramente una limpieza física, es una declaración sobre lo que debe ser el templo: un lugar consagrado para la presencia de Dios, la oración y la comunión, no para el comercio ni la corrupción (Isaías 56:7 RV1960). Más allá de denunciar la codicia económica, Jesús expone la idolatría del sistema religioso y anuncia un nuevo templo: Él mismo, quien sería destruido y resucitaría en tres días (Juan 2:19-21 RV1960).

Hoy, los templos somos nosotros (1 Corintios 6:19RV1960). Este simbolismo nos lleva a reflexionar: ¿Qué mesas hemos permitido en nuestros corazones? ¿Qué rincones de desidia y complacencia necesitan ser confrontados y limpiados? Para mantener en orden los medios y fines del bien común, basados en el sacrificio de quienes son llamados al ministerio, es necesario que líderes espirituales vivan en modestia y misericordia, como ejemplos accesibles y transparentes. La iglesia debe ser una referencia moral de sus miembros. La denuncia comienza con una autoevaluación honesta de nuestras propias fallas.

La toalla y el lebrillo

Jesús nos da un paradigma de liderazgo cuando lava los pies de sus discípulos (Juan 13:1-17RV1960). Si bien la Iglesia es una entidad corporativa, un cuerpo vivo que se mueve en la dimensión de la gracia, nuestro modelo sigue siendo la toalla y el lebrillo. Aquella escena surgió en un día común y corriente, mientras todos se preparaban para la cena en conmemoración de sus costumbres. Era un día ordinario, en el transitar de las calles, hebras de paja y excremento que se mezclaban con el polvo del camino y las sandalias. El aire estaba impregnado de olores: sudor, humo de leña y especias que anuncianan los preparativos de las comidas.

Entre el bullicio, los discípulos se abrían paso hacia la cena, enfrascados en discusiones y pensamientos de quien sería el mayor, con los pies agrietados y manchados por el barro acumulado en los senderos. En medio de esa rutina cotidiana, nadie esperaba lo extraordinario. Cerca de la entrada, un pequeño lebrillo con agua limpia —aparentemente como adorno— descansaba sin el esclavo que normalmente lo utilizaría para lavar los pies de los asistentes. A un lado, una toalla de lino modesto aguardaba sin propósito aparente.

Fue entonces cuando, tras la inusual solicitud de una madre preocupada por el futuro de sus hijos, Jesús rompió con lo inesperado. Tomó el lebrillo y la toalla, se inclinó, y sin hacer ruido, desató las sandalias de quien estaba primero. Con cuidado, sumergió sus pies cansados en el agua fresca. En un instante, el agua cristalina se tiñó de un marrón opaco, mezclándose con polvo, vetas de hierba y diminutas piedras, reflejo del tránsito diario entre animales y personas. Sin embargo, Jesús no se detuvo.

Con gestos suaves, lavó cada pie, enjuagándolos varias veces, atendiendo cada grieta, callo y magulladura con paciencia y ternura. Al terminar, envolvió las plantas y los tobillos en la toalla con una delicadeza casi maternal, secándolos uno a uno. Aquella acción, sencilla pero profundamente significativa, reveló la grandeza de un servicio que transforma lo común en santo y lo humilde en eterno. Este gesto redefine el liderazgo espiritual: no es un monumento al prestigio corporativo, es una manifestación de humildad y servicio. En la aparente insignificancia de arrodillarse frente a pies sucios, se hace palpable la santidad y el bien común.

Así también, la iglesia está llamada a ser una entidad corporativa bajo los estándares de la gracia de un cuerpo en servicio activo y humilde, donde la gracia transforma la suciedad de los transitares de la vida en limpieza y esperanza. Los líderes espirituales deben seguir este modelo, viviendo entre las ovejas oliendo a ovejas, en el mismo roce de lo cotidiano, trabajando con ellas y siendo un testimonio visible del evangelio. Este es el tipo de liderazgo que demanda el ministerio, la nación y el país.

Liderazgo íntegro

En una conversación rutinaria —de esas que comienzan con trivialidades y giran sin aviso hacia lo profundo— surgió el caso de un pastor de mi país que recientemente cayó en descrédito moral mientras aún ejercía el ministerio. Su nombre era conocido, su influencia palpable. Por años había predicado con elocuencia, guiado comunidades, formado discípulos. Pero detrás del púlpito, en las sombras de su vida privada, se gestaba una realidad muy distinta. Cuando la verdad salió a la luz, la conmoción fue inevitable: relaciones impropias, abuso de confianza, una doble vida cuidadosamente sostenida hasta que colapsó. La noticia corrió rápido, dejando a su paso confusión, dolor, desilusión. Fue allí, en medio de esa conversación, donde el pastor Francisco —con quien compartía el momento— comenzó a hablar con firmeza, desde una herida abierta por tantas caídas similares que ya no podían ser ignoradas.

—No podemos permitir —dijo— que en nuestras filas haya pastores que se suban al autobús del ministerio con una conciencia dividida. No se puede servir al altar con una mano y con la otra arrastrar al rebaño a la perdición. Hay quienes, bajo el disfraz del liderazgo espiritual, terminan abusando de su autoridad. Consejeros que se presentan como guía para mujeres vulnerables, pero que terminan cruzando límites inaceptables, envolviéndose en relaciones cargadas de manipulación y pecado. Hombres que se visten de fe, pero viven atrapados en fantasías impuras, en delirios internos alimentados por el deseo no confesado, no enfrentado.

Y aunque muchas veces estas faltas no son visibles al inicio, tarde o temprano emergen. La verdad tiene su forma de revelarse. Y es entonces cuando surgen los casos dolorosos, escandalosos, profundamente destructivos: pastores acusados de abuso espiritual y sexual; ministros atrapados en conductas impropias, sin arrepentimiento genuino; figuras de autoridad que, en lugar de ser pastores según el corazón de Dios, terminan siendo lobos con piel de oveja.

La indignación era un sentimiento mutuo. Un clamor por santidad. Un grito pastoral desde las entrañas, porque el ministerio no es una plataforma para alimentar el ego, ni un refugio para ocultar adicciones, ni mucho menos un lugar para abusar de la confianza que el pueblo de Dios deposita en sus líderes.

Y tal vez su voz es la que muchos necesitan oír con claridad en este tiempo: **no hay espacio en el Reino para una espiritualidad de doble fondo**. El llamado al ministerio es un llamado al quebranto, a la transparencia, al arrepentimiento constante. Porque el que se atreve a tocar el altar, debe vivir con las manos limpias y el corazón purificado por la gracia, no por la hipocresía.

El tema del divorcio, por su parte, plantea un desafío considerable para muchos “llamados” debido a los requisitos y valores que la pastoral demanda. Sin embargo, no es un obstáculo insalvable si se discierne cada situación con sinceridad y se verifica un proceso genuino de sanidad espiritual en su peregrinaje y una vez allí se mantiene firme. Ahora bien, si después de haber probado los deleites del reino venidero, vuelve atrás, solo queda “*una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios.*” (Hebreos 10:26-27, RVR1960). Quiero arriesgarme a aplicar este texto al contexto pastoral en segundas y terceras nupcias: ¿cómo puede un “llamado”, un pastor en íntegro servicio,

después de disfrutar la gloria y el privilegio de este ministerio, caer en los placeres momentáneos del pecado y pretender volver? No soy quién para juzgar, pero hay una acción voluntaria que el candidato debe considerar seriamente, pues desandar ese camino no es tarea sencilla. Cada caso, sin duda, debe valorarse según su naturaleza y circunstancias particulares. Pero ser reincidente una y otra vez siendo partícipe del divino ministerio es peligroso, incluso demasiado arriesgado vivir en los términos de pecados flagrantes estando dentro del ministerio. En mi teología, todo el peso de las escrituras están sobre mí cuando diserto de estos elementos no de poca importancia, y ese peso también está sobre todo pastor que está dentro del ministerio. Pero todo pastor que viva con una conducta oculta de pecado y reincida una y otra vez ese peso lo aplasta. Aunque difíciles estos temas deben ser tratados con discernimiento y verdad, asegurando que los líderes sean ejemplos de integridad. La iglesia debe ser un lugar de restauración y transformación, pero no a expensas de su santidad.

Revolución de la gracia

La transformación que Cristo nos invita a vivir comienza simultáneamente en nuestros corazones y en nuestro testimonio hacia el mundo. No podemos señalar los excesos del sistema sin, al mismo tiempo, purificar nuestra propia casa. La iglesia está llamada a ser garante de la verdad y el bien común, una comunidad que encarne una fe viva, capaz de desafiar la inmoralidad con santidad y un coraje firme.

Al denunciar problemas como el lenguaje inclusivo o cualquier otra manifestación cultural populista, no basta con palabras; estas críticas deben ir acompañadas de acciones contundentes y coherentes, motivadas por una determinación férrea de atender a los más vulnerables. Este compromiso debe evidenciarse en vidas transformadas por el Evangelio, donde el testimonio de su poder renovador sea visible tanto en lo personal como en lo colectivo.

Así, la apolégetica mostrará su verdadera fuerza, y la autoridad moral de la iglesia será incuestionable, no por su crítica al mundo, lo será por su reflejo fiel de la gracia y la justicia de Dios en acción.

El marco ético propuesto en este esbozo no aboga por la violencia, aboga por una resistencia espiritual y moral, basada en las armas de nuestra milicia, que son espirituales y no carnales (2 Corintios 10:4 RV1960). La iglesia debe recuperar su llamado profético, al igual que Juan el Bautista, quien no temió denunciar el pecado, aun cuando ello le costó la cabeza (Mc 6, 17-29RV1960).

Como alguien que ha vivido en carne propia la persecución y la violencia física y emocional de un régimen totalitario, esta obra también es un testimonio fehaciente de resistencia. Es el grito de un exiliado que anhela regresar a su tierra para verla libre y justa. Es una propuesta para redescubrir el papel de la iglesia como **una fuerza de transformación moral y espiritual** en medio de regímenes que pretenden esclavizar la mente y el corazón de la población, por medio de mecanismos coercitivos.

Venezuela, una nación rica en recursos y cultura, ha sido llevada al abismo por el abuso de poder y las narrativas marxistas que justifican el control mediante la opresión.¹⁷ Sin embargo, la resistencia ética y espiritual es una de las fuerzas más poderosas contra la oscuridad del totalitarismo¹⁸. Incluso en las circunstancias más opresivas, la fe puede iluminar el camino hacia la libertad y la dignidad humana¹⁹. Este esbozo es un clamor por la libertad, la justicia y la dignidad de una nación que pertenece, por derecho, a su gente y a Dios.

"El mal no se combate con indiferencia ni con armas humanas, se combate con el poder de la verdad y la justicia, que son las únicas capaces de derribar fortalezas corruptas."

El silencio pesa más que las palabras. Cuando las voces que deben hablar cayán, el mal actúa en un murmullo, en la aceptación pasiva de lo que aparenta ser inevitable. Son las grandes atrocidades las que lo perpetúan, así como también las decisiones cotidianas que toleramos: mirar hacia otro lado, aceptar lo que es “práctico”, ignorar lo que incomoda. Este esbozo es un tratado para actuar desde la denuncia intelectual, desde un megáfono al aire del día, una confrontación radical de la verdad de Jesucristo. Porque el mal no espera; avanza mientras lo racionalizamos, mientras intentamos justificar su presencia en nuestras vidas.

El propósito aquí es comprender el mal para resistirlo. Pero ¿cómo se resiste algo que rara vez se presenta como un monstruo visible? ¿Cómo se lucha contra un enemigo que usa el lenguaje de la virtud y el progreso, disfrazándose de patriotismo, estabilidad o sacrificio colectivo? La respuesta a estas preguntas no es fácil ni inmediata, pero la historia nos ofrece lecciones valiosas que no podemos ignorar. En tiempos de oscuridad, cuando el mal avanza con pasos calculados y la sociedad guarda silencio, el peso de la inacción se convierte en una carga insoportable. Este fue precisamente el lamento de Martin Niemöller, un pastor luterano alemán que, tras ser encarcelado durante ocho años en campos de concentración nazis como prisionero personal de Adolf Hitler, reflexionó con dolor y arrepentimiento sobre las omisiones que permitieron que el régimen totalitario se consolidara.

Sus palabras, inmortalizadas con el paso del tiempo, nos confrontan con la realidad de nuestra indiferencia:

"Primero vinieron por los socialistas, y yo no dije nada,
porque no era socialista.
Luego vinieron por los sindicalistas, y yo no dije nada,
porque no era sindicalista.
Luego vinieron por los judíos, y yo no dije nada,
porque no era judío.
Luego vinieron por mí,
y, en ese momento, no quedaba nadie que dijera nada."

¹⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista* (Madrid: Akal, 2004), p. 143.

¹⁸ Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y Sumisión* (Salamanca: Sígueme, 2009), p. 67.

¹⁹ Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y Sumisión* (Salamanca: Sígueme, 2009), p. 89

Niemöller entendió demasiado tarde que el mal no puede ser resistido desde la comodidad del silencio o la distancia de la indiferencia.²⁰ Estas palabras nacieron de la experiencia amarga de su encarcelamiento y del arrepentimiento por haber permanecido pasivo ante las primeras señales del mal. Su confesión fue una advertencia para su tiempo, una voz permanente y un recordatorio eterno para nuestro tiempo, de que el mal se alimenta de la indiferencia, y de que resistirlo requiere valentía, compromiso y sacrificio personal.

Cada página de este esbozo tiene una intención urgente: invitarte, lector, no solo a entender las dinámicas del mal, a reconocerlo en tu entorno y dentro de ti mismo. Porque aquí reside una de las verdades más incómodas: el mal no siempre se impone desde fuera; también se infiltra en las grietas de nuestras propias decisiones, cuando justificamos el sufrimiento ajeno por conveniencia o cuando callamos por miedo a las consecuencias. **El mal prospera cuando se le ignora, y su perpetuación es una colaboración silenciosa.**

Cuando lo Inmoral Se Disfrazá de Virtud

La **Ética del Mal** no es ausencia de ética; es su distorsión deliberada. Es la corrupción de los valores universales del mandato cultural para servir a fines destructivos y opresivos, mientras se camuflan con narrativas que apelan al bien común. No grita "injusticia", susurra "necesidad". No se presenta como maldad explícita, se presenta como un sacrificio inevitable: algo que **debe hacerse** para preservar la estabilidad, el progreso o la soberanía²¹.

El verdadero poder del mal radica en su habilidad para transformar el significado de lo bueno y lo malo. En esta ética torcida, la opresión no es una violación, es un acto de justicia²². El sufrimiento es un deber patriótico. El control absoluto es una medida legítima para garantizar la seguridad nacional. Al adoptar este lenguaje, el mal se convierte en un espectador dentro de nuestras sociedades: presente, pero invisible para aquellos que no desean enfrentarlo.²³

La Legalidad como Herramienta de Opresión

La legalidad como herramienta de opresión representa un fenómeno profundamente arraigado en los regímenes totalitarios, incluso las mismas democracias duras y antiguas coquetean con este tipo de narrativa inmersiva, utilizando los elementos más preocupantes del entorno para crear discursos aparentemente protecciónistas en bien de un bien común, pero carecen de la idoneidad y elementos prácticos de sostenibilidad democrática. Donde la ley se convierte en el arma más sofisticada para estructurar y perpetuar el poder. En este entramado, no se trata simplemente de un sistema legal que funcione en términos de justicia imparcial; más bien, se instrumentaliza como un dispositivo narrativo para reconfigurar los

²⁰ Metaxas, Eric. Bonhoeffer: Pastor, Mártir, Profeta, Espía (p. 192). Grupo Nelson. Edición de Kindle.

²¹ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 1951.

²² Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 1946.

²³ Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, 1951.

fundamentos de la moralidad, anulando cualquier marco ético que pueda desafiar el dominio establecido.

En el régimen venezolano de Nicolás Maduro, esta legalidad adulterada es una maquinaria cuidadosamente diseñada para infiltrarse en el tejido más íntimo de la vida social y cultural. Es la manifestación visible de una ética subvertida, donde los valores como justicia, libertad y verdad son redefinidos y puestos al servicio del poder. La política, cuando abandona su misión de servir al bien común y se convierte en un instrumento de dominación, encuentra en la represión activa su medio para perpetuar su autoridad. Este fenómeno ha sido analizado por filósofos como Michel Foucault, quien en su obra *Vigilar y castigar* describe cómo las instituciones de poder utilizan mecanismos de control y represión para mantener el orden social y político. Foucault argumenta que estas prácticas, en lugar de promover la justicia, perpetúan un sistema de dominación al establecer una relación de poder asimétrica entre los gobernantes y los gobernados. Aquí, la narrativa se convierte en la columna vertebral de la hegemonía: se redefine lo correcto y lo incorrecto, no a través de un consenso moral o ético compartido, se logra por la imposición de una visión unívoca que no admite discrepancia.

Ejemplos históricos como el régimen de apartheid en Sudáfrica ilustran cómo el marco legal se convirtió en una herramienta opresiva para legitimar la segregación racial, normalizando la desigualdad bajo el pretexto de la ley²⁴. Asimismo, en los juicios de Moscú de la era estalinista, la legalidad fue manipulada para eliminar a los opositores políticos, bajo una lógica de **"justicia revolucionaria"** que no era más que un disfraz de persecución política²⁵. Estas instancias muestran cómo la legalidad pervertida no solo define las reglas del juego, las establece como las nuevas normalidades "morales" que condicionan la vida de las sociedades bajo su yugo.

El chavismo, por ejemplo, ejemplifica este paradigma al conjugar elementos de socialismo del siglo XXI, populismo y nacionalismo bolivariano para construir una narrativa que legitime la centralización del poder. Hecho y línea que sigue al pie de la letra el insigne prodigo heredero del poder. En su retórica, conceptos como **"justicia social"** y **"empoderamiento popular"** siguen sirviendo para justificar medidas coercitivas que, bajo la apariencia de un bien común, destruyen la capacidad de resistencia ética de los ciudadanos²⁶. Este enfoque concentra el poder en manos del Estado, criminaliza la oposición al etiquetar cualquier forma de resistencia como enemiga de los intereses del pueblo²⁷.

La narrativa oficialista se articula a través de una compleja red de símbolos diseñados para penetrar en la psique del ciudadano común y reconfigurar su percepción de la realidad inmediata. Estos símbolos son mensajes, instrumentos que despiertan emociones intensas y un sentido de urgencia que desborda lo cotidiano. No es una advertencia más; es una

²⁴ Basado en los registros históricos sobre la legislación del apartheid en Sudáfrica.

²⁵ Referencia a las purgas estalinistas documentadas en diversos estudios históricos.

²⁶ Straka, T., Leer el chavismo: continuidades y rupturas, Nueva Sociedad, 2017

²⁷ Rodríguez Rojas, P., ¿Qué es el chavismo?, Revista Propulsión, 2020, p. 71-90

llamada existencial que coloca al receptor frente a una verdad ineludible: el momento de actuar es ahora, porque retrasarlo significa un error irreparable.

Cada símbolo está impregnado de significados universales que perforan las capas más profundas de la conciencia colectiva. Un reloj marcando los últimos segundos encarna la inminente pérdida de oportunidades vitales. Este símbolo no solo se comprende, se siente como una presión que impulsa al ciudadano hacia un umbral de decisión crítica.

Esta narrativa trasciende la simple transmisión de información; es una maquinaria que conecta la percepción con la acción, desmantelando cualquier barrera de indiferencia o comodidad. Escenarios cuidadosamente diseñados presentan las consecuencias de la inacción y las hacen palpables, con un realismo que impacta visceralmente: fracturas en la cohesión social, el colapso de sistemas fundamentales o la pérdida de los pilares que sostienen a la humanidad misma.

En este entramado simbólico, el problema se amplifica hasta volverse imposible de ignorar. No es un trasfondo que el ciudadano pueda relegar; se convierte en una urgencia que exige enfrentarse con determinación. El mensaje sitúa al receptor como protagonista de un momento crítico, un punto de inflexión histórico donde su respuesta inmediata es determinante. Si no actúa, la ventana de oportunidad se cerrará para siempre, dejando solo el eco de lo que pudo haber sido.

Este sentido de urgencia, reforzado por imágenes evocadoras y un lenguaje cargado de poder emocional, transforma la pasividad en acción consciente. El receptor no solo entiende la gravedad del problema; lo vive, lo respira, y, más importante aún, se siente convocado a formar parte activa de la solución.

Estos incluyen la reinterpretación de la historia y la manipulación del lenguaje, herramientas que desdibujan las fronteras entre la verdad y la propaganda. Un ejemplo empírico es la transformación del “Día de la Raza” en el “Día de la Resistencia Indígena”, una resignificación que no solamente cuestiona relatos históricos tradicionales; también impone una visión política que busca legitimar agendas contemporáneas bajo un velo simbólico. Esto incluye la creación de enemigos ficticios, el culto a la personalidad y la implantación de un discurso maniqueo que divide la sociedad en aliados y enemigos. Estas estrategias no solamente consolidan el control político; además, redefinen los valores culturales, transformando a toda una nación en un engranaje funcional al régimen²⁸.

En los regímenes totalitarios, la prensa se convierte en un instrumento clave para el control ideológico y la perpetuación del poder. La censura, la propaganda y la persecución de periodistas críticos son tácticas comunes para silenciar cualquier narrativa opuesta al régimen.²⁹ Los medios independientes son cerrados o cooptados, mientras que los oficiales promueven un discurso uniforme que glorifica al líder y justifica las acciones del gobierno.

²⁸ Mi Lucha, Adolf Hitler, edición electrónica en castellano, 2003, pág. 14.

²⁹ Jacques Ellul, *Propaganda: The Formation of Men's Attitudes*, 1965

Este ambiente ahoga el pluralismo informativo, limita la libertad de expresión y desinforma a la población, reforzando el aislamiento intelectual y la dependencia del Estado.

Frente a las estructuras opresivas del mal, las Escrituras se erigen como un contrapeso inquebrantable, firme en su carácter eterno e innegociable. Su autoridad no deriva de conveniencias culturales ni de circunstancias pasajeras; está profundamente enraizada en la identidad de un Dios personal y perfecto. Sus principios no son invenciones humanas; son verdades eternas que trascienden las narrativas temporales, reveladas directamente en las páginas de la Palabra de Dios.

La ética cristiana no es una simple respuesta moral; es un testimonio viviente del carácter divino. Cada uno de sus valores refleja el amor y la verdad que Dios imprimió en la creación desde el principio, aunque la caída los fracturó. A pesar de esa ruptura, las Escrituras revelan un diseño redentor que no solo restaura lo quebrado, también orienta a la humanidad nuevamente hacia su propósito original.

En este panorama global, donde las ideologías fluctuantes intentan justificar el mal, las Escrituras se alzan como una brújula eterna que orienta hacia la justicia y la esperanza. Su mensaje confronta las estructuras de poder injustas mediante una verdad que transforma, libera y restaura, en lugar de recurrir a la violencia.

La redención, como acto supremo de Dios, trasciende la mera reparación de lo quebrado; representa una reconstrucción integral que abarca todos los ámbitos de la vida: espiritual, moral, social y cultural. Vivir bajo los principios bíblicos no es únicamente un llamado, es también una forma de resistencia activa contra el mal y una proclamación vibrante del Reino de Dios.

En un mundo que relativiza la moral y oscurece la verdad, el cristiano está llamado a ser un faro de luz, un reflejo de la gloria de Dios. El propósito no es únicamente denunciar la injusticia; también implica modelar una vida renovada que encarne esperanza, amor y verdad eterna.

Dios no enfoca Su propósito en la permanencia de los elementos materiales con los que edificó el universo. Su atención está puesta en la restauración de aquello que recibió Su aliento de vida: las criaturas hechas a Su imagen. Lo que en el principio fue adornado con amor y verdad, el pecado lo distorsionó; sin embargo, la redención en Cristo busca restaurarlo en toda su plenitud.

Por eso, no podemos limitarnos a cumplir con dificultad una lista de principios superficiales, reducidos a actos externos que buscan aparentar piedad: asistir regularmente a la iglesia sin un corazón transformado, dar ofrendas sin verdadera generosidad o evitar pecados visibles mientras se ignoran los problemas del corazón como el orgullo, la envidia o la falta de perdón. La vida cristiana no consiste en marcar casillas dentro de una lista de acciones religiosas. Se trata, más bien, de una búsqueda activa de lo bueno, lo perfecto y lo verdadero. Esta búsqueda se lleva a cabo mediante la fe en un Dios que nos llama y nos santifica.

La santificación es la obra transformadora del Espíritu Santo. Es Él quien nos capacita para reflejar el diseño original de Dios: vivir para Su gloria, en comunión con Él y con los demás, siendo verdaderos testigos de Su amor y Su verdad.

No estamos aquí para formar grupos de resistencia alineados con un partido político en particular. Aunque nuestra participación como ciudadanos en el sufragio y en la obediencia a las leyes es un deber que reconoce nuestra pertenencia a una nación, aunque nos sintamos identificados con las narrativas de una oposición que lucha en sus términos por abrir pluralidad por medios democráticos, nuestra principal responsabilidad, como obreros aprobados por Dios, es resistir el mal en todas sus dimensiones. Esta resistencia es una expresión ética que trasciende lo temporal y se arraiga en la verdad del evangelio.

La resistencia ética no puede limitarse a gestos simbólicos ni a posturas vacías de propósito. Es una inmersión completa en la responsabilidad comunitaria hacia el bien del prójimo, comenzando con el llamado a que cada persona conozca y reciba la salvación en Cristo. Sin embargo, esta labor espiritual debe evidenciarse en una ética práctica y comprometida, que no tolere dobles estándares ni hipocresías.

Vivir esta ética implica encarnar una moralidad coherente, sin contradicciones, que refleje la fidelidad a la santidad de Dios. Es un llamado a actuar con integridad, a mostrar a través de nuestras acciones un carácter firme pero lleno de amor, que visibilice tanto la autoridad como la compasión inherentes a la santidad divina. Esto se traduce en actos concretos que evidencien justicia, misericordia y un amor auténtico por el prójimo, como una manifestación del carácter transformador de Cristo en nosotros.

La vida cristiana no consiste meramente en una adhesión a principios morales ni en una rutina de prácticas religiosas; es una vida transformada radicalmente por la obra redentora de Cristo. En su esencia, se trata de una vida restaurada que apunta a la reconciliación de lo que el pecado ha fragmentado: la relación con Dios, con el prójimo y con la creación. Esta vida surge únicamente por la gracia que irrumpen en el corazón, y no por el esfuerzo humano. Es esa gracia la que libera al creyente de su oscuridad y lo conduce a la luz de la comunión con Cristo. En esta nueva realidad, la vida cristiana se convierte en un testimonio viviente de la santidad de Dios, donde cada acción, pensamiento y decisión refleja Su amor, Su verdad y Su propósito eterno. Es una vida que cree y actúa; que espera y transforma. Expresa un rechazo al relativismo del mal y constituye una proclamación visible de un Dios cuya santidad irrumpen en la historia, redimiéndola y otorgándole un propósito eterno en Cristo. La encarnación y crucifixión de Jesús exigen justicia y, al mismo tiempo, la encarnan, transformando el tiempo y la historia en escenarios de redención. Esta ética se presenta como una respuesta concreta al presente, aceptado y transformado por Dios, que señala hacia la restauración final de todas las cosas³⁰.

Para construir una resistencia efectiva frente a las estructuras opresoras, debemos recuperar la memoria histórica del cristianismo como autoridad moral transformadora. Esta

³⁰ Bonhoeffer, D., Ética, Editorial Trotta, 2000, pág. 85.

resistencia se fundamenta en la configuración de Cristo en nosotros, donde la cruz y la resurrección renuevan nuestra identidad y nos capacitan para actuar con propósito.

Solo el hombre incorporado a Cristo es real, porque encuentra su identidad al ser juzgado por la cruz y renovado por la resurrección. Separarse de Cristo es caer en la autodestrucción, al pretender ser su propio creador, juez y renovador. El abandono de Cristo deshumaniza al hombre y lo desconecta de su propósito.

La resistencia cristiana es una fuerza, es teología encarnada, vivida en los previos de una comunidad, una etnia, un pueblo, un barrio, una casa, en el trabajo, en el mercado, en cualquier lugar donde nos movemos y existimos. Es un acto ético que está llamado a transformar las áreas de influencia sociales, nada podría seguir siendo igual si esta ética es expresada coherentemente. Debe enfrentar las estructuras opresoras con una narrativa de justicia y redención. La cruz, como la única autoridad moral, restaura al hombre y al mundo en fidelidad a la santidad de Dios.³¹ Esto implica reconocer los errores del pasado, como ocurrió cuando el régimen venezolano cautivó inicialmente a pastores y líderes espirituales con una retórica que prometía transformación y justicia. Al principio, muchos de estos líderes mostraron un apoyo visible, creyendo en las señales de un cambio profundo. Sin embargo, como ha sucedido en otros países, lo que comenzó como una promesa terminó hundiéndose trágicamente en proyectos sociales fallidos, plagados de corrupción y abuso de poder.

Ejemplos de esta dinámica abundan a lo largo de la historia, pero en el caso venezolano, una vez que la efervescencia inicial se enfrió, muchos líderes quedaron comprometidos con el aparato del estado. A pesar de los desastres evidentes y las acusaciones de organismos internacionales, algunos continúan respaldando un régimen cuya corrupción y devastación son innegables. Reconocer estos errores exige valentía, compromiso con la verdad y la justicia, independientemente del costo personal.³² Algunos pastores continúan mostrando apoyo al régimen de Maduro. Esta elección es un problema ético profundo: respaldar y aceptar migajas de un régimen hundido en el descrédito moral mundialmente reconocido y electoral fracturado, a todas luces, es un error que la historia y la eternidad juzgarán sin indulgencia. Este respaldo traiciona los valores fundamentales del evangelio, y perpetúa una narrativa de complicidad con la corrupción y la injusticia, cuyos ecos resuenan tanto en el tiempo como en la eternidad.^{33/34} Sin embargo, sectores evangélicos específicos critican estas alianzas, señalándolas contrarias al Evangelio³⁵

Las personas salen temprano a hacer filas interminables para intentar comprar productos básicos. Lo hacen bajo el sol, con hambre acumulada, con hijos al lado, mientras calculan si les alcanzará para el pasaje de regreso. A esto se suman los **cortes de luz frecuentes**, la **inestabilidad del agua potable**, el colapso del transporte público, la precariedad de los

³¹ Bonhoeffer, D., Ética, Editorial Trotta, 2000, pág. 107.

³² pastores y líderes espirituales que cayeron presa del amiguismo, recibiendo recursos de los organismos competentes se vieron forzados a ceder ante los discursos y la retórica del régimen

³³ Help Venezuela. <https://n9.cl/eticadelmal2> Destacándose figuras como M.G, líder del MOCEV, que organiza eventos en su favor y recibe beneficios como el "Bono El Buen Pastor

³⁴ El Nuevo País <https://n9.cl/eticadelmal3>. Mientras R.S lideró oraciones contra sanciones internacionales

³⁵ Protestante Digital. <https://n9.cl/eticadelmal4>

hospitales. En medio de ese agotamiento cotidiano, se repite una narrativa que ha calado hondo: *"esto es culpa de la guerra económica"*.

Esa retórica, sostenida por el aparato oficial, ha sido utilizada como una herramienta discursiva para justificar actos que, bajo cualquier ética auténtica, serían condenados como crímenes. La **represión política**, el **encarcelamiento de disidentes**, la **militarización de lo civil**, y el **control absoluto de los recursos** se presentan como medidas necesarias para resistir una supuesta agresión extranjera.

En ese contexto, el gobierno ha legitimado su accionar represivo apelando al discurso de defensa de la soberanía nacional. Incluso ha llegado a **criminalizar la protesta pacífica**, tachándola de conspiración, y a **desmantelar instituciones democráticas**, bajo la excusa de proteger la estabilidad del país. Mientras tanto, se siguen evocando los fantasmas del **imperialismo**, el **sabotaje económico**, el **magnicidio**, como amenazas que justifican cualquier exceso, cualquier abuso.

El resultado es un clima donde el sufrimiento de la gente se convierte en argumento de propaganda, y donde la ética se subvierte: **lo injusto se llama necesario, y el control, salvación**. Todo mientras el pueblo soporta lo insopportable, esperando en filas, a oscuras, con cada vez menos esperanza³⁶.

En este sentido, conviene detenernos y observar con mayor detenimiento algunas **características estructurales y comportamentales** que definen con precisión el funcionamiento interno de estos régimes. Estos modelos que son sistemas de dominación políticos disfuncionales, son **modelos de dominación cuidadosamente diseñados**, que actúan como engranajes interconectados para sostener el poder a toda costa.

Voy a mencionar a continuación algunas de estas **particularidades distintivas**, son realidades palpables que afectan la vida diaria de millones de personas. Son **patrones repetitivos** que aparecen en diferentes geografías y momentos históricos, aunque se adapten al lenguaje, la cultura o el contexto social de turno. Reconocerlos es un ejercicio analítico, un acto necesario de discernimiento ético y espiritual.

La violencia, en los régimes totalitarios, rara vez comienza con golpes o disparos. Antes de hacerse carne en la represión, se hace lenguaje. Antes de llenar cárceles, llena los discursos. No se limita a los actos visibles o físicos, estas actuaciones **trasciende los umbrales del cuerpo para instalarse en la mente**, infiltrándose silenciosamente en las estructuras simbólicas que dan forma a nuestra percepción de la realidad. Es una violencia **estructural, cultural, narrativa**, que no necesita ser estridente para ser devastadora.

En este marco, el control totalitario no se conforma con regular las acciones externas de las personas; aspira a algo mucho más profundo: **modelar sus creencias, colonizar sus conciencias, disciplinar su imaginario**. Para lograrlo, recurre a la creación de enemigos

³⁶Uzcátegui, Rafael. *Venezuela: la Revolución como espectáculo*. Editorial La Malatesta, 2010, p. 238. Según el análisis de Rafael, esta política de criminalización a la protesta popular no sería posible sin la complicidad de los medios estatales y los denominados alternativos y comunitarios de Venezuela, subsidiados por el Estado. Por el sector gubernamental se reavivan los fantasmas de la agresión imperialista y el magnicidio, como mecanismo de aglutinamiento de sus seguidores.

internos y externos —figuras necesarias para mantener una narrativa de amenaza constante— que justifique la vigilancia, la censura, el control absoluto.

La ideología oficial se convierte, entonces, en una forma de violencia simbólica. Utilizando metodologías narrativas de repetición. No obliga a creer, **fabrica el marco narrativo desde donde todo debe ser interpretado**. Y lo más peligroso es que opera desde la invisibilidad: es una ideología camuflajeada con una "verdad" construida desde su propia narrativa, como "el camino correcto", como "la voz del pueblo".

Así, por ejemplo, los **medios de comunicación independientes** son etiquetados como *agentes del imperialismo, enemigos de la patria, mercenarios de potencias extranjeras*. Al hacerlo, los regímenes logran un doble efecto: por un lado, **deslegitiman toda crítica**, vaciando de autoridad cualquier voz disidente; por el otro, consolidan su hegemonía discursiva al presentar su relato como la única narrativa posible, incuestionable, casi sagrada.

Este tipo de violencia simbólica es profundamente teológica en su naturaleza, porque **afecta la verdad**, y donde se tuerce la verdad, se desfigura la imagen de Dios en el mundo. Lo que está en juego no es solo una disputa por el poder político, es una guerra espiritual por el significado, por la memoria, por la dignidad humana.

Quien controla la narrativa, **controla la conciencia moral de un pueblo**. Y cuando esa narrativa es manipulada, la injusticia se vuelve legal, la opresión se presenta como protección, y el pecado estructural se reviste de virtud patriótica. Por eso, **discernir la violencia que se esconde en las palabras** es una forma de resistencia espiritual. Nombrar las cosas como Dios las nombra es un acto profético. Y denunciar la manipulación del lenguaje es defender la verdad, incluso cuando hacerlo signifique sufrir.

En contextos así, **decir la verdad ya no es solo un acto ético: es una forma de liberación**. Porque donde el discurso ha sido capturado, toda palabra libre se convierte en semilla de rebelión.

La creación de enemigos externos —naciones críticas calificadas como "conspiradores"— y enemigos internos —opositores señalados como traidores de la patria— no es accidental, es una estrategia deliberada para reforzar la unidad frente a un "otro" que amenaza la estabilidad del sistema. Este proceso justifica la eliminación simbólica o literal de los disidentes y asegura que cualquier oposición sea vista como traición al pueblo o al Estado.³⁷

Finalmente, la violencia simbólica, por ser imperceptible, se convierte en la forma más insidiosa de control. Los regímenes totalitarios no necesitan reprimir físicamente a cada individuo si logran dominar el espacio narrativo en el que operan, moldeando así la percepción de lo que es real, justo o legítimo.³⁸ De este modo, aseguran que cualquier forma de disidencia se perciba como una anomalía, no como una alternativa válida.

³⁷ Žižek, Violencia: Seis reflexiones marginales, p. 21

³⁸ Žižek, Violencia: Seis reflexiones marginales, p. 35

La **normalización del sufrimiento** no ocurre de golpe, ni con estruendo. Se instala lentamente, **como una sombra que aprende a mimetizarse con la luz**, como una grieta que se expande sin ser notada. Su fuerza está en el dolor que provoca, en la **frecuencia con la que ese dolor es repetido**, día tras día, hasta que deja de ser percibido como algo anómalo. La repetición es su estrategia más eficaz, su coartada perfecta.

En los sistemas donde la injusticia se ha institucionalizado, el sufrimiento se vuelve parte del paisaje. Se infiltra en las colas interminables, en el estómago vacío, en el miedo a hablar, en la escasez convertida en rutina. Se repite en la noticia de otro joven detenido sin causa, en el apagón que deja a la ciudad en silencio, en la madre que regresa a casa sin comida. Y en esa repetición constante, el dolor **pierde su capacidad de conmover, de sacudir, de interrumpir**.

La conciencia, bombardeada por la misma herida una y otra vez, **se anestesia**, se endurece, se protege del colapso asumiendo el dolor como parte del orden natural de las cosas. El sufrimiento, así integrado en la cotidianidad, ya no llama a la compasión ni a la indignación. **Deja de ser un escándalo moral y se convierte en estadística**. Se vuelve paisaje. Silencio. Rutina.

Y cuando el dolor deja de provocar preguntas, cuando ya no duele ver al otro sufrir, cuando el alma se acostumbra a la injusticia, el sistema ha triunfado. Ha logrado **colonizar las estructuras sociales, así como también la interioridad humana**. La ética se adormece. La fe se enfriá. El prójimo se desvanece.

Este es el verdadero peligro de la normalización: **la pérdida de sensibilidad espiritual**, la resignación como mecanismo de defensa, la ceguera aprendida como forma de sobrevivir. En ese estado, la injusticia puede seguir operando sin resistencia. Y el Reino de Dios, que clama por justicia y restauración, parece quedar en suspenso... salvo que alguien despierte.

Porque romper la normalización del sufrimiento no comienza con una protesta masiva. Comienza cuando alguien vuelve a **sentir**, cuando alguien decide no aceptar lo inaceptable, cuando el dolor del otro vuelve a ser propio, cuando la conciencia —movida por el Espíritu— **se niega a callar**. Entonces, el sufrimiento recupera su capacidad profética: nos interpela, nos mueve, nos llama. Y desde ese lugar, se reencuentra con su sentido redentor.³⁹

El Uso de la Legalidad para Perpetuar el Mal: Una de las herramientas más poderosas de los regímenes totalitarios es la legalidad manipulada. El mal se institucionaliza al crear leyes que justifican lo injustificable: la detención arbitraria de opositores, la confiscación de bienes, la censura de ideas⁴⁰.

La destrucción del concepto de verdad: En un régimen totalitario, **la verdad deja de ser una categoría objetiva y verificable**. No son los hechos lo que le importa, la razón o el testimonio honesto, todo está subordinado a la voluntad del poder. La verdad es reemplazada por una narrativa oficial que puede cambiar según las necesidades del régimen. Lo importante para ellos, los caudillos que amordazaron la verdad es lo que ocurre

³⁹ Simone Weil, La gravedad y la gracia, p. 84

⁴⁰ Documentos oficiales del régimen venezolano, Ley Orgánica de Seguridad de la Nación, 2015.

en su propio marco de verificación, en su propio marco de referencia, desde sus propias ideologías, dando matices de control totalitario bajo la bandera del nacionalismo, la bandera de los que no tienen voz y que ellos son la voz que da significado a sus vidas.

George Orwell lo expresa magistralmente en *1984*, su novela distópica escrita en 1949. En ese mundo, el Partido no solo controla los cuerpos, también controla **la historia, el lenguaje, y la memoria colectiva**. Uno de los pasajes más reveladores describe cómo el protagonista, Winston Smith, recuerda claramente que **Oceanía estuvo aliada con Eurasia**, pero ahora el Partido afirma lo contrario: *Oceanía siempre ha estado en guerra con Eurasia*. Y todos deben aceptarlo. Cualquier discrepancia es un *crimetal* (crimen de pensamiento).

*“El Partido decía que Oceanía nunca había estado en alianza con Eurasia. Winston sabía que, hasta hace solo cuatro años, Oceanía había estado en alianza con Eurasia y en guerra con Eastasia. Pero, ¿dónde existía ese conocimiento? Solo en su propia conciencia, que, en cualquier caso, pronto sería aniquilada. Si todos los demás aceptaban la mentira que el Partido imponía—si todos los registros contaban la misma historia—entonces la mentira se convertía en historia y, por ende, en verdad”*⁴¹.

Este pasaje ilustra cómo, en un régimen totalitario, **la verdad no tiene valor en sí misma**. Su único valor es funcional: sirve al propósito del poder. El control del relato es una estrategia política, una **herramienta espiritual de sometimiento**, porque anula **la capacidad de discernir**, de juzgar, de resistir desde la conciencia moral.

Este fenómeno no es solo una amenaza política. Es una **crisis moral y espiritual**, porque cuando se destruye la verdad, **se borra también la imagen de Dios** en la cultura. La Escritura afirma que Dios es “Dios de verdad” (Isaías 65:16RV1960), y que Jesús es *el camino, la verdad y la vida* (Juan 14:6RV1960). Por eso, la manipulación de la verdad es más que una táctica de poder: es un **acto de rebelión teológica**, un intento de suplantar a Dios como fuente última de significado.

La **resistencia cristiana**, en este contexto, comienza con el **testimonio firme de la verdad**. Decir la verdad —a pesar del costo— se convierte en un acto profundamente subversivo, una forma de fidelidad al Reino frente al imperio de la mentira.

Encender la Luz en la Oscuridad

En ese vacío denso donde la verdad es suprimida, juntamente con las demás manifestaciones de estos regímenes autoritarios la indiferencia actúa como cómplice. La oscuridad es ausencia de luz, una sustancia activa que crece en su propia esencia: es el

⁴¹ George Orwell, 1984, 1949. Pagina 84 (“1984” de George Orwell es una de las novelas más influyentes del siglo XX, publicada en 1949. Se trata de una distopía que advierte sobre los peligros del totalitarismo, la vigilancia masiva y la manipulación de la verdad. La historia sigue a Winston Smith, un trabajador del Ministerio de la Verdad en el superestado de Oceanía, gobernado por un partido totalitario encabezado por la figura omnipresente del Gran Hermano (Big Brother. Dado que existen múltiples ediciones, el contenido de la página 84 puede variar, pero en muchas ediciones, esta parte del libro se encuentra en la sección donde Winston Smith y Julia inician su rebelión secreta contra el Partido. En este punto, Winston comienza a leer sobre la resistencia liderada por Emmanuel Goldstein, el supuesto enemigo del Partido y autor del libro prohibido “Teoría y práctica del colectivismo oligárquico.”).

reino de las sombras donde los límites se desdibujan, donde la racionalización se convierte en un albergue cómodo para justificar lo injustificable. Esa "racionalidad" no es más que una lógica hueca que diluye las líneas entre el bien y el mal, revestida de excusas y argumentos que adormecen nuestras conciencias.

El silencio es su aliado más fiel, un estruendo ensordecedor de complicidad, que crece y se viraliza en la repetición constante de las mentiras que se hacen verdad. Es el eco de puertas que se cierran, de miradas que se desvían, de corazones que eligen la comodidad sobre el conflicto. Es como un manto de niebla que cubre las grietas por donde el mal se filtra, extendiéndose como raíces invisibles en un suelo abandonado. En la ausencia de actividad, se fomenta y se alimenta el propio mal. Un reloj oxidado marcando el paso del tiempo, una vela consumiéndose sin iluminar, unas manos que se cruzan mientras el mundo arde a su alrededor.

No puedo ofrecer soluciones fáciles ni consuelos vacíos frente al avance del mal en las estructuras sociales de este momento. Ha escalado con una profundidad alarmante, incrustándose como un quiste, un tumor maligno que crece en silencio, pero con una ferocidad implacable. Este mal, durante 23 años, ha invadido el tejido social de Venezuela, convirtiéndose en una amenaza existencial que demanda urgencia. Imagina ese quiste: un cuerpo extraño que se expande lentamente, invadiendo órganos vitales, una imagen constante de que, sin intervención, el desenlace es inevitable.

Así como un cirujano se ve obligado a cortar con precisión y firmeza para salvar al paciente, nosotros estamos llamados a actuar sin titubeos, porque ese paciente es Venezuela, y su vida cuelga de un hilo. Este no es un momento para liderazgos tibios ni para discursos estériles; es una hora crítica que exige líderes espirituales, teólogos y apologetas con una voz profética, relevantes y audaces en este tiempo. La demora no es neutral: es complicidad. Cada segundo de inacción permite que el mal profundice sus raíces. Una incisión firme, por dolorosa que sea, es el único camino para extirpar lo que amenaza con consumirlo todo.

“No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12:21, RV1960). Esta exhortación apostólica no es un cliché espiritual ni una frase para enmarcar. Es un llamado a una confrontación real, profunda y urgente. Pablo presenta el bien como una **estrategia activa de resistencia espiritual y moral** frente a un mundo marcado por la distorsión del bien y la glorificación del mal.

En este contexto, la lucha contra el mal no es un ideal **maleable**, moldeable según los ánimos del momento o las conveniencias culturales. No puede ser reinterpretada cada vez que el costo de la fidelidad parece demasiado alto. **El bien no se ajusta a las circunstancias; las confronta.** Y resistir el mal con el bien significa **desenmascararla con actos de verdad, justicia y misericordia.**

En una época donde las nociones de moralidad son constantemente reconfiguradas por los sistemas de poder y los discursos populistas, esta palabra —vencer con el bien— se convierte en un **acto subversivo de fidelidad cristiana**. Porque en un mundo donde la

ética es maleable y la verdad manipulable, sostener el bien con firmeza es, en sí mismo, un acto de guerra espiritual.

El propósito último de estas líneas es provocar una transformación radical en la manera en que entendemos y enfrentamos al mal. Debemos arrancarle sus disfraces y exponer sus métodos. Esto es un análisis interno del sistema totalitario que nos hunde en la desesperanza, un clamor ardiente por la verdad y la justicia. Es una chispa que busca encender el fuego de la acción, porque la luz debe prevalecer sobre las sombras.

Jesús nos advirtió sobre la sal que pierde su sabor y la luz que se oculta bajo un almud. La fe verdadera no es pasiva; confronta la injusticia, por más que esta se disfraze de retóricas políticamente correctas. Con coraje y convicción, arraigados en las escrituras, somos llamados a enfrentar el mal con determinación. La valentía de resistir, el discernimiento para actuar y el compromiso para iluminar las sombras son nuestras armas más poderosas. Este es el momento de encender la luz en medio de la oscuridad, de defender la justicia y proclamar la verdad, sin transigir ante la complacencia ni el temor.

.La Iglesia está llamada a ser “**columna y baluarte de la verdad**” (1 Timoteo 3:15 RV1960)⁴², pero es culpable del desgaste moral en el cual se ve envuelta hoy. John Knox⁴³, Dietrich Bonhoeffer⁴⁴, R. C. Sproul⁴⁵ y Charles Spurgeon⁴⁶ señalaron, cada uno en su contexto, los peligros que surgen cuando la Iglesia se acomoda a estructuras de poder o tolera el pecado en sus propias filas. John Knox, reformador escocés, luchó sin descanso para que la Iglesia se separara de toda interferencia para preservar su pureza doctrinal. Con un espíritu combativo, denunciaba la corrupción y los abusos, convencido de que la Iglesia debía ser un faro de luz y no un actor complaciente frente a las tinieblas de su época.

Dietrich Bonhoeffer experimentó de primera mano, en la Alemania nazi, la complicidad de muchos líderes eclesiásticos con el régimen de Hitler, a la que él denominó la “**Iglesia delirante**”. En su visión, la comunidad cristiana pierde el contacto con la realidad cuando entrega su autoridad a los ídolos de turno y deja de confrontar el mal que la rodea. Para Bonhoeffer, la fidelidad radical a Cristo era innegociable, sobre todo en tiempos en que acomodarse a la injusticia parecía la salida fácil. Y parece que al sumergirse en esta batalla su fuerza teológica y ética le llevaron a un momento fuertemente histórico de resistencia activa.

R. C. Sproul, hablando a la Iglesia de nuestra generación, advertía sobre la banalización de la santidad de Dios. Enfatizaba que, sin una teología sólida, la congregación se vuelve susceptible a corrientes culturales que desdibujan la verdad bíblica. Para él, la sana doctrina no era un tema secundario, es el escudo protector contra errores que desembocan en abusos y encubrimientos.

⁴² Juan Calvin, Comentario sobre la Primera Epístola a Timoteo, en relación con 1 Timoteo 3:15. <https://n9.cl/eticadelmal5>

⁴³ Knox, John. The Works of John Knox, ed. David Laing (Edinburgh: James Thin, 1895).

⁴⁴ Bonhoeffer, Dietrich. El precio de la gracia (Título original: The Cost of Discipleship). SCM Press, 1959.

⁴⁵ Sproul, R. C. La santidad de Dios (Título original: The Holiness of God). Tyndale, 1985.

⁴⁶ Spurgeon, Charles. Véase “The ‘Downgrade’ Controversy” en The Sword and the Trowel (1887-1892).

Charles Spurgeon, llamado “**el Príncipe de los Predicadores**”, libró la llamada “**Downgrade Controversy**” alertando contra la relajación teológica que abría paso a un desastre moral dentro de la Iglesia. Advertía que el afán de popularidad o el temor al rechazo social no podían justificar el abandono de la verdad del Evangelio.

Hoy, en Estados Unidos, la Iglesia enfrenta escándalos que confirman las advertencias de gigantes de la fe que denunciaron desde temprano los peligros de una espiritualidad institucionalizada sin integridad. Más de **800 pastores de la Convención Bautista del Sur** han sido acusados de **abusos sexuales y conducta inmoral**, una cifra que sacudió profundamente a la comunidad evangélica global. Este suceso no solo ha provocado indignación, ha levantado una voz que ha evidenciado con crudeza cuán fácilmente la **corrupción puede infiltrarse** cuando se protege más la **reputación institucional** que la verdad, más la **imagen pública** que el bienestar de las víctimas.

¿**Acaso la Iglesia de nuestro tiempo se ha vuelto delirante?** ¿Ha perdido la sal su sabor? ¿Ha dejado de ser luz, convirtiéndose en una estructura opaca, ensimismada, más interesada en preservar sus privilegios que en encarnar la verdad que predica?

Estas preguntas no son retóricas, son **llamados urgentes** a una pastoral que debe **dejar de ser complaciente** y volver a ser **profética**. Son un grito para las comunidades de fe que han normalizado el silencio ante el pecado estructural, y para los líderes que han confundido influencia con autoridad espiritual. ¿Seguiremos disimulando? ¿Seguiremos defendiendo la marca “Iglesia” mientras el cuerpo sufre hemorragias internas?

Hoy, más que nunca, necesitamos una **Iglesia que no teme perder su prestigio si eso significa ganar verdad**, una pastoral que confronte el pecado, que proteja a los vulnerables, que no maquille el fracaso espiritual con cifras de crecimiento o relevancia mediática. Porque si hemos dejado de arder con la santidad de Dios, entonces nos hemos vuelto simplemente visibles, pero ya no luminosos. Y ese es el principio de nuestra irrelevancia.

La situación en Venezuela no escapa a esta oscura realidad. También aquí, dentro de iglesias que proclaman el nombre de Cristo, han salido a la luz casos de **abuso sexual, manipulación emocional de jóvenes y encubrimiento sistemático** por parte de líderes religiosos. No se trata de hechos aislados ni de desviaciones personales; estamos ante un patrón perverso que ha encontrado terreno fértil en una cultura eclesiástica donde el poder no siempre es pastoreado con temor de Dios, se ha vestido con trajes baratos, apetitos ocultos y corazones endurecidos por el pecado.

Lo más grave no es únicamente el abuso cometido en las altas esferas espirituales de las denominaciones, es la complicidad dentro de la **estructura de silencio que la sostiene, la complicidad que lo tolera y el miedo a romper el status quo** que paraliza a quienes deberían hablar. En muchos casos, se protege más la imagen de la institución que la dignidad de las víctimas. Se prefiere cubrir con un manto de espiritualidad lo que debería ser confrontado con santidad y justicia. Y así, el daño hiere profundamente a quienes han sido vulnerados, **destruye el testimonio del evangelio** ante una nación que clama por verdad.

¿Dónde está la voz profética de la Iglesia? ¿Dónde están los líderes que deberían ser centinelas del rebaño, no cómplices del lobo? ¿Cuántas veces más el pecado será ocultado tras el velo de la lealtad institucional o disfrazado como un simple error humano? La complicidad pasiva es también una forma de corrupción. Y cuando la Iglesia se convierte en una estructura que protege al abusador y silencia al herido, deja de ser cuerpo de Cristo para convertirse en instrumento del mal.

Esta no es solo una crisis pastoral; es una **crisis espiritual**. Lo que está en juego no es la reputación de una denominación, es la **credibilidad misma del mensaje de salvación** que proclamamos. Si no hay arrepentimiento genuino, justicia activa y restauración del orden ético, entonces nos estamos convirtiendo en **templos sin gloria, en estructuras vacías** que niegan con su silencio lo que predicen con sus labios.

Es tiempo de **denunciar el pecado institucionalizado**. De levantar la voz. De proteger a los inocentes. De llorar con los que han sido dañados. Y, sobre todo, de **volver a la cruz**, no como símbolo decorativo, elevarlo a la medida real de toda verdad, justicia y poder. Porque sin la santidad de Dios como norma, lo que queda es solo una caricatura del Reino. Y eso no transforma naciones; las arruina desde dentro.

A lo largo de la historia, la Iglesia ha enfrentado desafíos inmensos que intentaban despojarla de su misión y silenciar su voz profética. Pero la promesa de Cristo permanece firme: **Él edificará una Iglesia contra la cual ni las puertas del Hades prevalecerán** (Mateo 16:18 RV1960). En Enciende tu Fe: Sé una fuerza, se desafía a la Iglesia a abrazar su llamado con valentía: **"La Iglesia no necesita muros, sino un corazón en llamas. Es el fuego de la fe lo que ilumina el camino hacia una transformación disruptiva, una que no sigue las reglas del poder terrenal, sino que las revienta desde dentro"**.⁴⁷

Hoy más que nunca, este llamado exige una respuesta audaz: no contentarnos con resistir, debemos avanzar con la fuerza de quienes saben que su causa está respaldada por el poder de Dios. La Iglesia no puede dormitar mientras las estructuras del mundo se desmoronan; debe ser esa luz que resplandece en medio de la oscuridad, un faro que guía, sacude y transforma.

El llamado es a volver siempre a la Palabra de Dios, sin temer a la incomodidad que conlleva denunciar el mal, y cuidando con integridad a quienes sufren. En la fidelidad bíblica, la Iglesia encuentra la fuerza para resistir el pecado dentro y fuera de sus muros, y mantenerse como una voz profética y compasiva para un mundo necesitado de la gracia de Dios. Y esa verdad implica una resistencia activa a la corrupción y un compromiso tangible con la justicia; si la sal se vuelve insípida y la luz se esconde, permitimos que el mal justifique su avance. Por ello, la invitación no se limita a meditar en la teoría, exige que la gracia transformadora del Espíritu Santo produzca en nosotros valentía para enfrentarnos a todo disfraz del mal, conservando la pureza del evangelio y reflejando la luz de Cristo en cada dimensión de la vida.

⁴⁷ — Enciende tu fe, sé una fuerza: "El asombroso poder de la fe en Dios." por DANilo CARRILLO <https://a.co/4nT4WV> Cap. 2, pág. 55.

La opresión

La "Ética del Mal" se revela como un sistema deliberado y meticulosamente diseñado por regímenes autoritarios para consolidar su dominio, aprovechando las complejidades sociales y tergiversando las narrativas progresistas del lenguaje. Este paradigma opera manipulando estructuras legales y programas sociales que, bajo la apariencia de equidad y estabilidad, en realidad encubren mecanismos sofisticados de control y opresión.

Anteriormente, expuse argumentos que sustentan esta visión, los cuales, aunque relevantes, no reiteraré aquí en detalle, confiando en que el lector puede integrar dichos conceptos para enfocarnos ahora en aspectos más profundos de este fenómeno. Indudablemente, la ética del mal se cimienta en columnas sostenidas por diversos tipos de poder. Al principio, todo parece dulce y complaciente, pero nada que lleve la etiqueta del mal se presenta como tal de manera explícita. Por ejemplo, se justifican prácticas como el aborto apelando al control demográfico, al bienestar de la mujer o a las limitaciones de recursos de ciertas clases sociales. Sin embargo, esta retórica, aunque astuta, a menudo encubre una intención insidiosa: normalizar lo malo bajo el disfraz de lo necesario.

Si eliminamos a Dios de la ecuación, ¿qué queda? Surge el estado como madre y señora de todos los derechos fundamentales, arrogándose la potestad de decidir lo que sea necesario para el supuesto bienestar colectivo. Este principio, usado por líderes religiosos para justificar la crucifixión de Jesús, también se aplica hoy: **"es mejor que muera uno para beneficio de todos"**. Así, se sacrifica a un hijo aún no nacido, a un anciano sin capacidad de producir, o a un discapacitado que no encaja en los parámetros del auto sustento. Bajo esta lógica, aquellos que no pueden defender sus derechos se convierten en prescindibles ante un sistema que favorece a los fuertes y autosuficientes.

Aunque esta retórica pueda parecer razonable desde una perspectiva utilitaria, representa una amenaza a la integridad de la vida humana, juzgada bajo principios moldeados por las élites del sistema opresor. Ejemplos como la política de un solo hijo en China, con sus devastadoras consecuencias demográficas y psicológicas⁴⁸, o la separación de familias en Corea del Norte y en democracias avanzadas, como parte de políticas migratorias, ilustran cómo estas dinámicas trascienden simples decisiones políticas y afectan los fundamentos éticos y familiares. En efecto, la desintegración de la familia se ha convertido en un objetivo estratégico de estos regímenes, más aún cuando han eliminado a Dios de la ecuación. Sin este fundamento trascendente, la redefinición de la familia obedece a las preferencias de las minorías y a las conveniencias políticas del momento.

Bajo este marco, los regímenes justifican sus políticas apelando a la justicia redistributiva y la igualdad, mientras consolidan discursos que demonizan la oposición y desacreditan los valores democráticos tradicionales. Un ejemplo paradigmático, en este punto, en este

⁴⁸ La política del hijo único en China fue implementada oficialmente en 1979 como una medida para controlar el crecimiento demográfico. Sin embargo, estudios posteriores revelaron impactos colaterales, como el envejecimiento poblacional, el desequilibrio de género y problemas psicológicos en familias que sufrieron la pérdida de hijos únicos. Véase Wang, Feng. *Demographic Transitions and Policy Adjustments in China*, 2016.

momento histórico sigue siendo, el chavismo, por supuesto, es nuestro caso en discusión, es de donde Salí huyendo, ese insidioso “*socialismo del siglo XXI*” combina elementos marxistas con narrativas populistas y nacionalistas para presentar el poder como un instrumento de redención social⁴⁹.

Además, esta estrategia incluye la apropiación de símbolos culturales profundamente arraigados, como la justicia y el bienestar colectivo, resignificándolos para legitimar un control centralizado. Lo que se presenta como una lucha por la equidad, en realidad se convierte en una plataforma para consolidar estructuras jerárquicas que limitan la libertad individual y la pluralidad política.⁵⁰ Esta instrumentalización, aunque efectiva, traiciona la esencia de una ética genuina basada en la justicia, la verdad y la compasión, valores universales reflejados tanto en las Escrituras como en las tradiciones democráticas.⁵¹

El impacto de este modelo en las sociedades es devastador: perpetúa la dependencia de los ciudadanos hacia el estado⁵², mientras debilita instituciones religiosas y éticas que históricamente han actuado como contrapeso al poder autoritario. En contextos como el nuestro, el contexto venezolano, estas dinámicas han generado un colapso social y económico de proporciones históricas, evidenciado en la migración masiva de ciudadanos desesperados por escapar de un sistema que los opprime.⁵³

Este análisis pone de manifiesto que la ética del mal no es simplemente un marco teórico, es sin duda a equivocarme, una realidad tangible que despoja a la humanidad de su dignidad, desafiándonos a desenmascarar sus mecanismos y a defender una ética basada en la verdad, la justicia y la compasión cristiana.

No se trata de idealizar el pasado ni de sugerir que, antes del chavismo y el madurismo, Venezuela vivía bajo una democracia auténtica y moralmente íntegra. Por el contrario, los cuarenta años previos al ascenso del chavismo estuvieron marcados por una **democracia simulada**, plagada de **corrupción estructural, rupturas morales, impunidad institucional y gobiernos ausentes o ineficaces**. Fue ese largo desgaste, ese fracaso progresivo de los partidos tradicionales y de sus élites políticas, lo que creó el caldo de cultivo para el surgimiento de un liderazgo mesiánico, autoritario y populista.

El chavismo no nació de la nada. Fue un **producto deformado —un aborto histórico— del colapso moral y político de la llamada Cuarta República**. El fatídico golpe de Estado de 1992, protagonizado por **Rafael Hugo Chávez Frías**, no fue simplemente un acto aislado de rebeldía militar: fue la irrupción simbólica de un nuevo tipo de caudillismo. Y aunque fue inicialmente condenado, los mismos **medios de comunicación y sectores**

⁴⁹ Rodríguez Rojas, Pedro. *La ideología chavista: ¿qué es el chavismo?* Universidad Central de Chile, p. 75.

⁵⁰ Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Editorial Taurus, 2018, pp. 136-140. Arendt analiza cómo los regímenes totalitarios utilizan símbolos culturales y valores como la justicia o el bienestar colectivo para justificar su control centralizado. Señala que esta apropiación resignifica dichos valores, no para promover una ética universal, sino para consolidar jerarquías opresivas.

⁵¹ Monroy Rueda, Francisco Javier. *La formación ética cristiana*. Bogotá, Colombia: Reflexiones Teológicas, p. 50.

⁵² Bonhoeffer, Dietrich. *Ética*. Ed. Trotta, Madrid, 2000. "La reconciliación entre la realidad histórica y los mandatos divinos como eje central de la ética cristiana". pp. 16-19.

⁵³ Bonhoeffer, Dietrich. *Ética*. Ed. Trotta, Madrid, 2000. "La responsabilidad concreta en el contexto histórico como testimonio de la encarnación de Dios". pp. 85-117.

políticos que luego lo criticarán, fueron en muchos casos quienes lo **convirtieron en un héroe de facto**.

Tras su salida de prisión, regresó a la escena pública, esta vez no como golpista, levantado como **candidato y caudillo de una coalición democrática**. Una coalición que, al poco tiempo, sería absorbida por un **proyecto de poder hegémónico**, revestido de lenguaje popular, redentor y antiimperialista. Desde entonces, han transcurrido más de **dos décadas de radicalización autoritaria**, en las que la izquierda gobernante ha endurecido su control a medida que **crecían las amenazas reales o percibidas de su caída**.

Lo que comenzó como una promesa de redención nacional, se transformó en un **proceso de blindaje represivo**, caracterizado por **leyes injustas, persecución política, concentración del poder, instrumentalización de las instituciones** y un **cerco sistemático a la libertad ciudadana**. Como lo ha demostrado la historia reciente de otros países, **la izquierda radical, cuando alcanza el poder por vías democráticas, rara vez lo abandona por los mismos medios**.

Y sin embargo, **aquí estamos**. En este tiempo complejo, incierto, desgastante. Y aunque las salidas humanas parezcan cerradas, **nuestra esperanza no reposa únicamente en pactos políticos o coyunturas internacionales**, es más que eso, descansa en la **intervención soberana de Dios en la historia de las naciones oprimidas por la mano ambiciosa de mentes maestras que ignoran el poder justo no negociable de Dios**.

Oramos, esperamos, perseveramos. No desde la resignación, lo hacemos desde la confianza activa de que Dios aún puede irrumpir en medio del quebranto. Como dice Habacuc: *"aunque la visión tardará aún por un tiempo... espérala; porque sin duda vendrá, no tardará"* (Habacuc 2:3, RVR1960).

Todavía un poco. Y esperamos todavía un poco. No desesperamos, porque sabemos que **en la espera, Dios puede estar obrando su magnífica obra**. Y cuando lo haga, no será un cambio superficial. Será una **liberación verdadera**, que comenzará en los corazones de los quebrantados donde el Reino de los cielos tiene su preminencia y continuara en las estructuras sostenidas por el poder corrupto que las ha secuestrado.

Una panorámica global

En **Asia, China** ha utilizado el discurso de la modernización rural y la erradicación de la pobreza extrema para justificar la expansión de su aparato de vigilancia masiva. Leyes como la de Seguridad Nacional en Hong Kong consolidan un control que restringe libertades fundamentales bajo el pretexto de garantizar la seguridad y la unidad nacional⁵⁴.

En **Medio Oriente**, países como **Irán y Arabia Saudita** han perfeccionado la retórica religiosa y los proyectos económicos para legitimar su poder. Mientras Arabia Saudita se proyecta como un líder reformista en la región, sigue reprimiendo cualquier forma de oposición política. Irán, por su parte, ha utilizado su narrativa de resistencia para justificar el apoyo a milicias aliadas y la represión interna, aunque en 2024 vio uno de los golpes más

⁵⁴ Ley de Seguridad Nacional en Hong Kong, observaciones del impacto en derechos fundamentales, Human Rights Watch, 2024.

grandes a su influencia con la caída del régimen de Bashar al-Assad en Siria⁵⁵. Durante años, el régimen sirio utilizó tácticas de represión violenta y una narrativa de estabilidad para mantenerse en el poder, pero fue derrocado tras una ofensiva rebelde que marcó un cambio significativo en la región.⁵⁶

Siria y el declive de un régimen

El caso sirio representa un contraste reciente en esta narrativa. Durante años, Bashar al-Assad utilizó una combinación de represión violenta, propaganda estatal y apoyo externo para mantener su régimen. Sin embargo, en diciembre de 2024, una ofensiva rebelde tomó Damasco y puso fin a décadas de dictadura familiar. La caída de Al-Assad resalta las limitaciones de la "Ética del Mal" cuando se fracturan las estructuras de control, que también debilita el "eje de resistencia" liderado por Irán, que pierde una pieza clave en su estrategia regional⁵⁷

En **África**, regímenes como el de **Ruanda** han combinado políticas de desarrollo con una fuerte centralización del poder. Bajo el liderazgo de Paul Kagame, el país ha avanzado en infraestructura y servicios, pero este progreso ha sido acompañado por la supresión sistemática de la disidencia política.⁵⁸

En **Europa**, regímenes híbridos como el de **Bielorrusia** bajo Alexander Lukashenko se sostienen mediante la manipulación electoral, la censura y el uso sistemático de la fuerza contra protestas populares. Estas acciones se justifican en nombre de la estabilidad frente a supuestas amenazas externas⁵⁹.

Cuba y Venezuela ejemplifican el uso estratégico de narrativas históricas que exaltan la resistencia frente al imperialismo, mientras enfrentan profundas deficiencias en sus sistemas económicos y servicios públicos. En el caso de Venezuela, el régimen de Nicolás Maduro ha reforzado su dominio político mediante leyes diseñadas para limitar la participación democrática, anulando la candidatura de figuras ampliamente favorecidas por la voluntad popular a través de procedimientos arbitrarios que consolidan el poder centralizado. Paralelamente, programas sociales como las cajas de alimentos básicos se han convertido en herramientas de control, utilizadas para someter a las comunidades más vulnerables, atando su subsistencia a la lealtad política⁶⁰.

El caso de Venezuela

En el periodo comprendido entre 2014 y 2024, el régimen de Nicolás Maduro consolidó un control absoluto sobre las instituciones democráticas en Venezuela. Este proceso se caracterizó por el uso de leyes represivas y la manipulación de servicios básicos para garantizar la dependencia política de la población. Las elecciones se transformaron en

⁵⁵ "Cómo la caída de Al Assad en Siria confirma que 2024 ha sido el peor año para Irán en décadas," BBC Mundo, 10 diciembre 2024

⁵⁶ "El nuevo gobierno de Siria desmantelará las facciones rebeldes que derrocaron a Al Assad," Cadena Ser, 17 diciembre 2024

⁵⁷ Fisk, Robert. *The Great War for Civilisation: The Conquest of the Middle East*. Vintage Books, 2006, pp. 837-845. Fuente externa <https://n9.cl/eticadelmal1>

⁵⁸ Análisis del régimen de Kagame en Ruanda, Freedom House, Informe Global 2024.

⁵⁹ Dinámicas de represión y manipulación en Bielorrusia, European Forum for Democracy, 2024.

⁶⁰ Dinámicas políticas y sociales en Venezuela, informes de Transparencia Internacional, 2024

simulacros diseñados para legitimar decisiones del poder ejecutivo, mientras que las ramas judicial y legislativa fueron completamente subordinadas a los intereses del régimen. Instituciones como el SEBIN y las FAES se utilizaron para implementar estrategias de vigilancia y represión, incluyendo desapariciones forzadas, detenciones arbitrarias y torturas, todas justificadas como "defensas necesarias contra la subversión."⁶¹

El chavismo, al igual que otros regímenes totalitarios, ha utilizado una narrativa que combina elementos emocionales y racionales para justificar la opresión. Desde la exaltación de figuras históricas como Simón Bolívar hasta la demonización de enemigos internos y externos, el régimen ha promovido una ética polarizante que fomenta la exclusión y la persecución. Esta narrativa, construida sobre la base de la justicia social y la defensa de la soberanía nacional, se presenta como una ética "retorcida", según el concepto de Dietrich Bonhoeffer, en la cual acciones moralmente reprochables se reconfiguran como necesarias para alcanzar un supuesto bien mayor.⁶²

Uno de los aspectos más insidiosos de este sistema es la normalización del sufrimiento como una condición inevitable. La precarización de servicios básicos y la censura mediática han llevado a que la miseria y la opresión se integren en la vida cotidiana. La ética cristiana, que enfatiza la justicia y el amor al prójimo, se encuentra en un conflicto directo con estas prácticas. Según Francisco Javier Monroy Rueda, la resistencia ética comienza con la capacidad de discernir la verdad y rechazar la lógica del sacrificio perpetuo, que es utilizada para justificar estas condiciones.⁶³

El aparato estatal chavista también se ha apoyado en una ética populista que disfraza la opresión como defensa de valores patrióticos. Esto incluye el uso de programas sociales y subsidios como herramientas de control político, consolidando la dependencia de la población y deslegitimando cualquier oposición. Este fenómeno ha sido descrito como una mezcla de elementos marxistas y populistas, diseñada para mantenerse en el poder, con el objetivo de redefinir la moralidad pública de acuerdo con sus objetivos.⁶⁴

La pasividad ante tales situaciones resalta como el aspecto más inquietante. La capacidad de discernir, reaccionar y resistir parece haber sido sustituida por una aceptación acrítica de las imposiciones autoritarias. Esta sombra, como un genocidio mental, busca devorar la luz que alguna vez iluminó los principios de libertad y justicia⁶⁵.

La pregunta "¿Es esto lo que somos?" no es solo retórica; es un clamor desde lo más profundo de un alma colectiva herida. Representa un desafío ético y cultural que exige una

⁶¹ López Sánchez, Roberto. "El proceso chavista: un análisis histórico comparativo." *Debates por la Historia*, 2023, p. 50. Vargas, Iraida et al. *Chavismo: Genealogía de una pasión política*. CLACSO, 2017, p. 112.

⁶² Monroy Rueda, Francisco Javier. "La formación ética cristiana." *Reflexiones teológicas*, 2013, p. 57. Straka, Tomás. "Leer el chavismo: Continuidades y rupturas con la historia venezolana." *Nueva Sociedad*, 2017, p. 78.

⁶³ Monroy Rueda, Francisco Javier. "La formación ética cristiana." *Reflexiones teológicas*, 2013, p. 57. Lacueva, Francisco. *Ética Cristiana*. Editorial Clie, 1975, p. 34.

⁶⁴ Vargas, Iraida et al. *Chavismo: Genealogía de una pasión política*. CLACSO, 2017, p. 112. Straka, Tomás. "Leer el chavismo: Continuidades y rupturas con la historia venezolana." *Nueva Sociedad*, 2017, p. 78.

⁶⁵ Monroy Rueda, Francisco Javier. "La formación ética cristiana." *Reflexiones teológicas*, 2013, p. 57.

respuesta activa, una resistencia moral que rechace tanto las promesas vacías como el destino de un rebaño que marcha dócil hacia su propia aniquilación espiritual.⁶⁶

Resistencia Ética

Resistir al mal no es solo oponerse a la violencia física o a la injusticia evidente. Es más profundo. Es un llamado a confrontar la arquitectura invisible de la mentira, el cinismo institucional, la normalización del dolor ajeno. Resistir, en este caso, significa **no pactar con una ética torcida**, por muy vestida de bien común que se presente. Es una resistencia **ética, bíblica, espiritual y práctica**, que exige que quienes conocen la verdad revelada vivan según ella, incluso cuando hacerlo sea incómodo, incluso cuando implique pérdida.

La llamada "ética del mal" no suele anunciararse o presentarse por medios violentos, prácticas visiblemente represivas. No llega gritando. Se disfraza. Se infiltra en leyes, en discursos, en políticas públicas que prometen justicia mientras silenciosamente diseñan vigilancia, exclusión, castigo. Ofrece beneficios que parecen virtuosos: alimentos subsidiados, viviendas accesibles, programas sociales. Pero detrás del rostro amable se esconde una maquinaria que **confunde ayuda con control, y transforma la necesidad humana en una herramienta de manipulación, vigilancia y compra de conciencias**.

La resistencia, entonces, comienza cuando aprendemos a **desenmascarar las narrativas**. Cuando dejamos de repetir sin discernir. Cuando comenzamos a filtrar cada afirmación de poder por los absolutos de Dios, los que no cambian, los que no se ajustan a conveniencias políticas ni a ideologías fluctuantes. No basta con saber que algo está mal: hay que **exponer el fundamento falso** en el que se apoya.

Por ejemplo: una política habitacional que promete dignidad a los pobres, y que a simple vista parece un acto de justicia social. Pero ¿qué ocurre cuando esa misma vivienda se convierte en un instrumento de vigilancia? ¿Cuándo se instala allí un techo, no se instala también un sistema de control? ¿Cuándo los beneficios son retirados a quienes piensan distinto o se atreven a cuestionar al régimen? El mal no siempre se presenta como castigo. A veces llega **con apariencia de milagro**, y solo los ojos entrenados en la verdad pueden reconocer el veneno mezclado en la miel.

Frente a esto, **el cristianismo bíblico no puede permanecer neutral**. Porque el Reino de Dios no consiste en panes regalados para comprar lealtades, ni en viviendas condicionadas por obediencia política. Consiste en **una justicia que protege la dignidad humana, sin condiciones ideológicas ni amenazas encubiertas**. La vivienda, desde esta perspectiva, no es un favor que el Estado otorga, es un derecho que debe garantizarse sin cadenas. Privacidad, libertad, y respeto no pueden ser monedas de cambio para comprar silencio.

Por eso, hoy más que nunca, se necesita una Iglesia que **piense éticamente y actúe proféticamente**. Que construya un **marco de discernimiento**, basado en los preceptos bíblicos, no para evaluar políticas públicas, des con el objetivo de juzgar las intenciones espirituales detrás de las narrativas oficiales. Un filtro que permita al creyente —desde la

⁶⁶ Lacueva, Francisco. Ética Cristiana. Editorial Clie, 1975, p. 34.

cotidianidad— determinar si una decisión de gobierno sirve realmente al pueblo o solo protege al sistema que lo domina.

Y aquí es donde el lector no puede huir. Esta es una reflexión crítica del aparato que hoy está reprimiendo la conciencia de un bravo pueblo. Esta es una interpelación directa: **¿Estás discerniendo o estás repitiendo? ¿Estás aplaudiendo lo que en realidad es una estrategia del mal? ¿Has convertido la seguridad del presente en excusa para justificar la esclavitud del futuro?**

La Escritura no nos deja margen para ambigüedades: “*No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal*”(Romanos 12:21RV1960). Pero para vencer con el bien, **primero hay que llamarlo por su nombre, reconocerlo, sostenerlo, vivirlo sin atajos**. Y eso exige valentía. Exige renunciar a los beneficios fáciles, a los pactos silenciosos, a la comodidad moral.

La pregunta, por tanto, no es si el régimen miente —eso ya está claro—. La pregunta es: **¿te vas a prestar para sostener esa mentira?** ¿O vas a ser parte de una resistencia ética que, aunque silenciosa, sacude los cimientos del mal porque está anclada en la verdad inamovible de Dios?

Mi oración propuesta para resistir los mecanismos insidiosos de la ética del mal es:

Padre Celestial, devuelve a Venezuela el hilo constitucional perdido, mancillado, laqueado y pervertido. Haz justicia a un pueblo hambriento de verdad y de equidad; una justicia que brote de un juicio justo, conforme a Tu corazón. Levanta a un pueblo valiente que clama en medio de la opresión, y sustenta sus necesidades más básicas, aquellas que significan la vida y afirman la imagen de Dios en cada ser humano. Amén.

El futuro —el tuyo, el de la Iglesia, el de la nación— dependerá de cómo respondas a esa pregunta. Y esa pregunta se responde con una oración audaz, una oración valiente, una oración nacida de la aflicción por el que sufre, por el que llora, por el que anhela ver pan en su mesa, agua en su cisterna y luz en sus noches oscuras.

El grito silencioso de un mundo en tinieblas: Hay un grito, pero no es audible. No retumba en las plazas ni en los congresos. Es el **grito silencioso de un mundo sumido en tinieblas**, un clamor ahogado bajo el peso de una maquinaria cultural que, sin disparar una sola bala, está cometiendo un genocidio de otro tipo: uno **mental, espiritual, simbólico**. No hace falta mirar lejos. Está en las pantallas encendidas, en los libros de texto cuidadosamente editados, en la música que normaliza el vacío y en los discursos que glorifican la autonomía humana mientras despojan al alma de su anclaje eterno.

Es un adoctrinamiento invisible pero implacable. No necesita tanques ni tropas. Le basta con la repetición. Como el agua que, gota a gota, horada la piedra, así operan sus métodos: persistentes, insensibles, bien disfrazados. Los medios de comunicación, las instituciones educativas, la cultura popular... todos parecen haber sido reclutados en una sola sinfonía, afinada para **cantar una melodía unificada: la del hombre como medida de todas las cosas**. Pero lo que parece libertad es, en realidad, un tipo nuevo de prisión. Una prisión

mental. Una cárcel de sentidos donde **el pensamiento crítico es ridiculizado**, la voz disidente es silenciada, y el alma sedienta de verdad es tratada como una amenaza.

La mayoría sigue adelante. Algunos cansados. Otros distraídos. Muchos temerosos. Bajando la mirada. Aceptando las nuevas reglas del juego. Sin saber que las **cadenas que abrazan hoy, por comodidad o miedo, serán las que los aprisionen mañana**. Y lo más perturbador es la potencia del sistema, unido a la disposición del corazón humano a participar en su propia esclavitud. Porque el problema no es solo externo. No se limita a élites perversas ni a tiranos visibles. El verdadero campo de batalla es más íntimo, más profundo, más inquietante.

Los métodos modernos han cambiado. Son más sofisticados. Más sutiles. Pero la raíz permanece inalterada: **la rebelión del hombre contra Dios**. Ese ha sido siempre el centro de la tragedia humana. El totalitarismo, entonces, no es un fenómeno político aislado. Es la expresión concentrada del pecado humano institucionalizado. Es el **intento del hombre de ser dios**, de controlar la verdad, los destinos, las decisiones, los cuerpos, las conciencias. Y aunque los gobernantes lleven uniforme o sonrisa, aunque hablen de progreso o de paz, el pecado sigue siendo el mismo: **usurpar el trono de Dios**.

Pero esto no puede convertirse en un lamento que solo señale al otro. Porque los pueblos, las multitudes, los ciudadanos comunes —nosotros— no somos simples víctimas. También somos cómplices. No por lo que sufrimos, es más profundo, por lo que permitimos. Por lo que aplaudimos. Por lo que callamos. Por lo que justificamos. En nombre de la seguridad, de la conveniencia, del miedo... **cedemos terreno al mal con cada concesión que llamamos pragmatismo**.

Y aquí emerge la verdadera raíz del asunto. No es un "ellos" contra "nosotros". No es una guerra entre buenos y malos. Es **el reflejo de un mal más profundo: el pecado que habita en cada corazón humano**. Porque el mismo que hoy denuncia la tiranía podría, si tuviera el poder, convertirse mañana en opresor. ¿Por qué? Porque, como enseñó Calvino, "*el corazón humano es una fábrica inagotable de ídolos*". Y si no es Dios quien reina en el corazón, siempre habrá algo o alguien más que lo haga: un líder, una ideología, un deseo desordenado. **La idolatría no necesita templo. Solo necesita espacio en el alma.**

Es aquí donde la fe reformada, arraigada en la soberanía de Dios, nos ofrece una visión más alta, más firme, más verdadera. Mientras el mundo juega con el poder, **la Escritura afirma que hay un único soberano legítimo: Dios**. Y aunque su Reino no es de este mundo, su dominio **afecta profundamente este mundo**. La verdadera libertad —la que no puede ser expropiada, censurada ni suprimida— no comienza con el cambio de régimen, comienza con la **redención del corazón humano**, liberado del pecado por la obra de Cristo.

Esa esperanza no es ingenua. No ignora las estructuras corruptas ni minimiza el dolor. Reconoce que los sistemas están caídos. Que las instituciones están contaminadas. Que la cultura ha sido deformada. Pero también proclama con firmeza que **el Reino de Dios está avanzando**, incluso cuando las tinieblas parecen más densas. "*El Señor ha establecido su trono en los cielos, y su reino domina sobre todo*" (Salmo 103:19, RVR1960). Lo que esto significa es crucial: el mal **no tiene la última palabra**. El trono del hombre se tambalea; el trono de Dios permanece.

Entonces, la pregunta práctica no puede seguir siendo postergada. ¿Cómo respondemos a este genocidio mental y espiritual? ¿Cómo resistimos sin convertirnos en lo que criticamos? ¿Cómo denunciamos sin arrogancia, actuamos sin odio, y discernimos sin caer en desesperación? La respuesta no comienza con una estrategia política, comienza con **una reforma espiritual**. Una Iglesia despierta. Una conciencia alerta. Un pueblo que ora para enfrentar los desafíos públicos y políticos con la luz encendida del evangelio de paz que confronta las tinieblas y la oscuridad magnificada en totalitarismo gubernamental.

La libertad comienza en el corazón. La resistencia comienza con la verdad. Y la victoria pertenece al Cordero que fue inmolado, pero que vive y reina sobre toda mentira, todo imperio, todo ídolo.

Y tú, que has leído hasta aquí, ya no puedes decir que no sabías.

No puedes afirmar que este problema no te afecta solo porque saliste junto con la diáspora a buscar esperanza. No existe un solo venezolano —ni fuera ni dentro del país— que pueda decir con justicia: “Este problema no es mío”. Porque lo es. Es nuestro. Es de cada venezolano que está adentro y de cada venezolano que está afuera. Y sabemos que esta batalla por recuperar la dignidad universal del ser humano es mucho más grande que una bolsa de comida, que un militar que reprime o que un enchufado que se aprovecha de la cadena de suministro.

Tarde o temprano —incluyendo a todo medio silenciado, a toda conciencia dormida y a todo individuo que ha sido mancillado, apartado, encarcelado o vedado por el régimen— **la justicia de Dios se hará presente**. Es una larga batalla. Y no podemos permitir que una oposición resquebrajada negocie lo poco que nos queda económicamente a cambio de una falsa libertad.

He visto, con desdén, cómo se ofrece la privatización de empresas que han fracasado en manos del Estado. Pero ¿acaso han fracasado simplemente por estar bajo gestión estatal? Esa idea es una utopía mal fundamentada. No han fracasado por el modelo de propiedad, han fracasado por la **mala gestión**, por la **corrupción**, por la **ausencia de administradores íntegros**, capaces de cuidar los recursos que pertenecen a todos los venezolanos.

Esta locura —esta carrera desenfrenada por venderlo todo a cambio de recuperar nada— puede terminar siendo la punta de lanza, tanto de un sector como del otro, para alcanzar el poder y sus accidentes. El riesgo es que, una vez más, los intereses políticos disfracen de progreso lo que en realidad es saqueo institucional.

Nosotros, como venezolanos, debemos liberarnos. Debemos romper estas costosas cadenas que nos oprimen. La batalla está servida. Y el campo más decisivo no está allá afuera. Está adentro. En cada venezolano que reza, que ora, que clama y que se aflige por una Venezuela libre.

Primero, debemos comenzar con nosotros mismos. No podemos combatir la tiranía externa si seguimos siendo esclavos internos de nuestros ídolos personales, de la inmoralidad, de la falta de lealtad, del amiguismo y las cadenas de roscas interminables que encarecen los precios. Esto requiere un arrepentimiento genuino. Una rendición diaria

al Señorío de Cristo. Porque el cambio verdadero —el que perdura, el que transforma naciones— comienza en el corazón regenerado por el Evangelio.

Segundo, debemos comprometernos con la verdad, incluso cuando sea costoso. En un mundo que glorifica la mentira, decir la verdad es un acto revolucionario. Pero no se trata solo de hablar: debemos vivir vidas que encarnen esa verdad, mostrando al mundo que existe una alternativa al cinismo y la desesperanza. Nuestra esperanza está en Dios que hace nuevas todas las cosas.

Finalmente, debemos actuar. La fe reformada nos llama a ser protagonistas, a una confianza activa en la soberanía de Dios. Esto significa denunciar la injusticia, defender a los débiles y proclamar el Evangelio en cada esfera de la vida. Como decía Abraham Kuyper: *"No hay un solo centímetro cuadrado en todo el dominio de nuestra existencia sobre el cual Cristo, quien es soberano sobre todo, no exclame: '¡Mío!'".*

El final no está en duda: Estamos en una batalla, pero no una batalla desesperada. Sabemos cómo termina esta historia. Los poderes que hoy parecen invencibles serán derrocados por Aquel que reina para siempre. Y mientras tanto, somos llamados a ser fieles, a ser prevalentes y consistentes con la gracia que Él provee. No somos borregos sin esperanza. Somos ovejas de Su prado, guiadas por el Buen Pastor que dio Su vida por nosotros. Frente a los totalitarismos de este mundo, recordemos: no hay cadena tan fuerte que Su poder no pueda romper, ni tiniebla tan densa que Su luz no pueda disipar.

Así que no, no somos borregos que se resignan. Somos un pueblo redimido, llamado a proclamar con valentía la verdad que libera, la justicia que restaura y la gracia que transforma. Y esa verdad, justicia y gracia tienen un nombre: Jesucristo.

La serpiente: Una verdad, una ley, un artilugio

El jardín del Edén, un espacio donde el orden fluye sin interrupciones, se sostiene sobre una verdad única y una sola ley. En este contexto de claridad absoluta, la serpiente irrumpió, no con fuerza ni violencia, lo hace con el susurro sutil de una duda: **“¿Conque Dios os ha dicho?”** (Genesis 3:1 RV1960). Este cuestionamiento del mandato del Todopoderoso Creador es el primer aliento del mal en el transitar humano, que no necesitó aniquilar el mandato del para desestabilizarlo; le bastó con teñirlo de ambigüedad⁶⁷.

En este sentido, el mal no necesita eliminar el mandato de los absolutos de Dios; le basta con convertirlo en una cuestión debatible, susceptible de ser reinterpretados a la luz de su propia conveniencia. Este acto de fragmentación y distorsión no es un simple error humano, es una estrategia intencionada del pecado para sembrar el caos ético. La ambigüedad no solo confunde, abre la puerta a nuevas estructuras corruptas que justifican la desobediencia bajo el velo de la plausibilidad. La serpiente, al poner en duda las palabras de Dios, inicia este ciclo de subversión donde el bien y el mal se vuelven herramientas del ego humano.

⁶⁷ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (L. Duch, Trad.), p. 85. Madrid: Editorial Trotta.

“El que el mal aparezca en forma de luz, de beneficencia, de fidelidad, de renovación, el que aparezca como necesidad histórica, de justicia social, es clara confirmación de su malicia abismal para el que observa las cosas con sencillez.”⁶⁸”

Dietrich Bonhoeffer articula esta verdad de forma contundente al afirmar que el mal constituye la perversión intrínseca de la moralidad. Esta fuerza maligna opera mediante la apropiación de lo que es fundamentalmente verdadero, presentándolo de una manera parcial o radicalmente invertida. Esta manipulación priva al ser humano de la claridad y el discernimiento que emanan del mandato de las Santas Escrituras, oscureciendo la luz de la revelación divina.

Este acto de corrupción ontológica afecta profundamente la relación vertical entre el ser humano y Dios, incidiendo adicionalmente en las interacciones horizontales entre los seres humanos. En consecuencia, el mal desintegra el tejido cohesivo de la comunidad, la cual fue establecida para ser un reflejo tangible de la voluntad absoluta de Dios. El diálogo registrado entre la serpiente y Eva en el Génesis constituye un enfrentamiento axial entre el orden perfecto y la soberanía absoluta de Jehová y el artificio subversivo de la transgresión.

En este encuentro, el lenguaje es instrumentalizado de manera perversa. El mal lo utiliza con la intención estratégica de oscurecer el entendimiento, generar ambigüedad y desviar la percepción del mandato divino.⁶⁹ Cada enunciado articulado por la serpiente representa un acto deliberado de erosión del ordenamiento divino. Constituye un intento calculado de transformar la ley de Jehová, inherentemente absoluta, en una propuesta debatible y cuestionable a la luz de las interpretaciones subjetivas de la humanidad.

Mediante la distorsión de los absolutos teológicos, la serpiente implanta en Eva el germen de una falsa autonomía. Esta idea postula que las categorías fundamentales del bien y del mal son facultades que la conciencia humana puede apropiar y definir de manera independiente, prescindiendo de la revelación exógena de Dios. Este momento es crucial en la historia, pues marca el inicio de un sistema ético autónomo que sitúa la autoridad humana como fuente de verdad, fragmentando la realidad absoluta en favor de narrativas relativas y de sesgo humanista.

La autonomía que la serpiente promete constituye una ilusión que confina al ser humano dentro de sus propios límites cognitivos y morales. Esta reclusión conduce a una moralidad fragmentada e inestable, cuyo efecto progresivo es la degradación del individuo. La verdadera libertad, por el contrario, permanece anclada en la obediencia al Creador, donde la palabra y la vida recuperan su unidad esencial bajo la justicia eterna de Jehová.

Esta falsa autonomía tiene implicaciones que van más allá de la relación vertical entre el ser humano y Dios. También socava la responsabilidad mutua y debilita el mandato cultural de preservar la creación bajo la autoridad providencial de Dios.⁷⁰

La serpiente encarna el mal en su forma más insidiosa: como un falsificador. Su propuesta de **“seréis como Dios”** es un llamado a la supuesta emancipación que, en su esencia, es

⁶⁸ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (L. Duch, Trad.), p. 80. Madrid: Editorial Trotta.

⁶⁹ Levinas, E. (1961). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. La Haya: Martinus Nijhoff.

⁷⁰ Schaeffer, F. A. (1969). *Muerte en la ciudad*. Illinois: InterVarsity Press, p. 89.

una negación del único orden verdadero⁷¹. Este acto de subversión es un movimiento calculado para presentar la desobediencia no como pecado, lo eleva como iluminación⁷².

En el contexto descriptivo de la narrativa bíblica, el mal se revela como un maestro en el arte del discurso inmersivo, transformando el acto prohibido en algo aparentemente legítimo mediante imágenes sensoriales que seducen al ojo y apelan al deseo. Este acto de subversión no necesita destruir directamente la verdad, la reemplaza con una mentira plausible, revestida de un lenguaje que normaliza lo impensable. Esta estrategia opera donde lo moralmente inadmisible se oculta bajo un velo de obediencia y deber crítico. El mal no siempre se presenta como un acto monstruoso, la mayoría de las veces lo hace como una maquinaria que manipula la percepción y reviste sus acciones de legitimidad aparente, dejando de lado la reflexión moral auténtica⁷³.

Caín y Abel: La sangre clama desde la tierra

La narrativa de Caín y Abel intensifica la trama iniciada con la caída. Los dos hermanos, primogénitos de la humanidad, se erigen como los protagonistas de un conflicto que trasciende la mera disputa fraternal.

El núcleo del relato se centra en el acto de la ofrenda a Dios. Ambos individuos presentan sus dones ante Dios: Abel ofrece las primicias de su rebaño, denotando la excelencia y calidad superior. En contraste, Caín presenta el fruto de la tierra. Dios, actuando en Su soberanía absoluta, se manifiesta complacido con la ofrenda de Abel, pero no así con la de Caín (Génesis 4:3-5RV1960).

Este discernible acto de aceptación no es arbitrario. Su fundamento reside en una institución sacrificial establecida desde los orígenes de la caída. Las ofrendas consideradas aceptables no estaban primariamente centradas en los productos agrícolas (los frutos de la tierra). El énfasis recaía en los sacrificios que implicaban el derramamiento de sangre. Estos sacrificios cruentos actuaban como un símbolo fundamental de obediencia incondicional, entrega total y, fundamentalmente, de expiación.

Abel, al presentar lo mejor de su rebaño, demuestra una respuesta alineada con el diseño soberano de Dios. Caín, por su parte, al ofrecer los frutos de la tierra, ignora esta disposición divinamente establecida y procede a actuar conforme a su propio criterio autónomo.⁷⁴ Aquí, la narrativa introduce la tensión entre la justicia de Dios y la respuesta humana ante ella,

⁷¹ Wright, N. T. (2012). *How God Became King: The Forgotten Story of the Gospels*. New York: HarperOne, p. 132.

N. T. Wright analiza cómo la propuesta de "seréis como Dios" presentada por la serpiente en el Génesis no debe interpretarse como un rechazo directo a la autoridad divina, sino como una estrategia más sutil que enmascara la subversión del orden divino bajo el pretexto de una supuesta emancipación. Según Wright, esta narrativa refleja una dinámica constante en la historia humana, donde la autonomía pretendida se convierte en un rechazo implícito de la soberanía de Dios y en la corrupción del diseño original de la creación.

⁷² Monroy Rueda, F. J. (2013). La formación ética cristiana. *Reflexiones Teológicas*, 11(1), 49-62.

⁷³ Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio acerca de la banalidad del mal* (C. Ribalta, Trad.), p. 110. Barcelona: Lumen.

⁷⁴ en el artículo "Sacrificio que agrada a Dios" de Enduring Word (<https://es.enduringword.com/sacrificio-que-agrada-a-dios/>), se argumenta que "muchas personas han creído que Dios aceptó a Abel y su ofrenda porque consistía en un sacrificio de sangre", sugiriendo que solo un sacrificio de sangre podía complacer a Dios.

Asimismo, en el sitio GotQuestions.org se plantea que "Caín y Abel, los hijos de Adán y Eva, 'andando el tiempo' trajeron ofrendas al Señor (Génesis 4:3). Sin duda, lo hacían porque Dios les había revelado la necesidad de un sacrificio".

revelando la división entre la obediencia genuina y la autocomplacencia que busca redefinir los términos establecidos por Dios, para redefinir los preceptos a la luz de la sabiduría propia, la decisión propia, y finalmente ser rechazado por asumir su propio sacrificio.⁷⁵

Caín, consumido por la ira, ignora el orden establecido desde el principio y desestima la reflexión sobre su propia acción. En su lugar, se deja guiar por una voz interna —la misma influencia presente en la serpiente— que le susurra que el camino hacia la restauración reside en la eliminación del testigo que pone al descubierto su insuficiencia. “Salgamos al campo”, expresa a su hermano, revistiendo con una apariencia de normalidad el acto premeditado que ya habitaba en su corazón y mente. Esta invitación constituye la fase previa a la consumación de un acto abominable, ejecutado bajo el pretexto de suprimir la evidencia de su propio rechazo. (Génesis 4:8, RV1960).

Jehová, al confrontar a Caín, emplea el interrogatorio como método de apelación a la conciencia: “¿Dónde está tu hermano Abel?” (Génesis 4:9, RV1960). Este cuestionamiento trasciende la mera búsqueda de información; representa una demanda soberana de confesión y arrepentimiento. Sin embargo, Caín se distancia del reconocimiento de su culpa y responde con insolencia, pretendiendo ocultar su acción vil mediante la interrogante: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”. En esta respuesta, el mal alcanza un nivel de audacia superior, desafiando directamente la autoridad de Dios e intentando evadir Su juicio ineludible.⁷⁶

Esta actitud de Caín prefigura la conducta de los sistemas que, al violentar la vida, pretenden desconocer su responsabilidad ante el prójimo y ante el Legislador Supremo. La evasión de la verdad y el desprecio por la fraternidad constituyen la base de la injusticia social, donde el individuo o el Estado intentan situarse por encima de la ley ética universal.

El asesinato de Abel es el acto de violencia fratricida más brutal de la historia, fue la primera sangre derramada injustamente. Fue un **manifiesto teológico**, un grito silencioso contra el orden establecido desde el principio, en contra del mandato cultural. En ese campo manchado de sangre, Caín eliminó a su hermano; e **intentó anular a Dios como Juez Supremo**, necesitaba silenciar la voz de la justicia que su hermano encarnaba. El acto no fue impulsivo, fue deliberado. No fue solamente humano, fue profundamente espiritual. Caín, al levantar la mano contra Abel, no solo mató a un hombre, **intentó borrar un testimonio**. En su corazón ardía el deseo de sustituir el juicio de Dios por su propia narrativa ética, de **redefinir el bien a su conveniencia eliminando a quien lo encarnaba**.

Pero Dios no fue indiferente. Y la tierra tampoco. La sangre de Abel, absorbida por el polvo, **no se diluyó ni se calló**. No fue silencio lo que siguió al crimen, fue un **clamor de justicia**. Un clamor que atravesó la tierra, que subió hasta el cielo, que **activó la justicia de Dios**. “*La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra*” (Génesis 4:10, RV1960). Esa sangre se convierte en **voz profética**, una denuncia que arde, que rompe el silencio cómplice, que **convoca al cielo a pronunciar juicio sobre el crimen oculto**.

El eco de esa sangre permanece resonando con una fuerza inalterable. Representa la evidencia de una vida segada y constituye la voz del inocente que señala al culpable,

⁷⁵ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (L. Duch, Trad.), p. 85. Madrid: Editorial Trotta.

⁷⁶ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (L. Duch, Trad.), p. 86-90. Madrid: Editorial Trotta.

confronta al asesino y expone el pecado en su esencia verdadera: una rebelión abierta contra la justicia de Jehová. La narrativa del mal, originada con el susurro en el Edén — “¿Conque Dios os ha dicho?”— alcanza aquí una dimensión explícita y sombría. El pecado trasciende la seducción para transformarse en derramamiento de sangre, estableciendo su propia narrativa para dimensionar su significado a favor de un propósito autónomo, con la frialdad de quien busca equilibrio mediante la eliminación de la justicia que le cuestiona.

Ante la interrogante divina: “¿Dónde está tu hermano?”, Caín responde con una audacia que hiela la conciencia: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”. Esta expresión constituye una burla deliberada, un desprecio absoluto y un desafío frontal a la soberanía de Dios. Caín miente con descaro y afirma su rechazo a toda obligación moral inscrita en su ser como portador de la *Imago Dei*. Su pregunta emana de la arrogancia; representa un ataque contra la verdad y contra todo lo que respira justicia. Su alma permanece cerrada al arrepentimiento, negando el deber sagrado y declarando la guerra a la responsabilidad humana. Con este gesto, Caín proclama la nulidad del prójimo y el desprecio por la imagen de Dios en el otro.

Abel, en su tránsito, continúa hablando. Su sangre permanece fresca y su grito conserva su vigencia absoluta. El primer asesinato humano constituye la declaración de que el justo resulta intolerable para el impío. Desde aquel momento, quienes abrazan la oscuridad han pretendido silenciar a quienes caminan en la luz. Sin embargo, la sangre clama desde la tierra, desde el suelo impregnado con la tragedia de la inocencia: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (Génesis 4:10, RV1960). El suelo que recibió su vida se erige como el altar de una denuncia irrefutable.

La sangre de Abel posee un carácter profético, pues denuncia a toda estructura que impone el silencio al justo, a todo sistema que condena al inocente y a toda cultura que abraza la comodidad de la falsedad frente al espejo de la verdad. Esta sangre se transforma en testimonio, en predicación y en el antípico de un juicio ineludible.

No obstante, esta sangre profética halla su cumplimiento en una presencia superior y más santa: la sangre que redime. “Vosotros os habéis acercado... a Jesús, el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Hebreos 12:24, RV1960). Mientras la sangre de Abel afirma la demanda de justicia, la de Cristo establece la plenitud de la gracia. Ambas denuncian el mal: una desde la condición de víctima y la otra desde la autoridad del Salvador, asegurando que la palabra final pertenece siempre al Reino de Jehová.

Cristo, como Abel, fue rechazado por sus propios hermanos. Fue acusado sin causa. Fue entregado por envidia. Fue asesinado fuera del campamento (Hebreos 13:12RV1960). Fue despojado de dignidad, silenciado por la religión, torturado por el poder. Pero su sangre — como la de Abel — no quedó sin voz. Cayó al suelo. Corrió por la cruz. Fue absorbida por la tierra. Y desde entonces, predica. Desde el amor. No desde la venganza, lo hace desde la reconciliación. Pero aun así, predica.

Predica contra toda injusticia que se disfraza de legalidad. Contra todo sistema que aplasta la imagen de Dios. Contra todo imperio que crucifica la verdad. Predica con fuerza cuando los profetas son encarcelados, cuando los pobres son callados, cuando las iglesias pactan con el poder y el nombre de Dios es tomado en vano para justificar la violencia.

“¿Y qué harán con el viñador, cuando venga y halle la sangre de sus siervos en las manos de los que la derramaron?”(cf. Mateo 21:38-41RV1960). Esa sangre será demandada. **“Desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías... os será demandada”**(Lucas 11:51RV1960). Porque Dios no olvida. Porque el cielo no archiva. Porque la justicia no duerme.

Los hombres que detienen con injusticia la verdad —que esconden la evidencia, que manipulan los tribunales, que encarcelan al inocente, que venden la conciencia— creen que su poder los justifica. Pero hay sangre en sus manos. Y esa sangre no se borra con discursos. No se limpia con propaganda. No se silencia con miedo. Esa sangre clama.

Clama desde las cárceles. Desde los campos de batalla. Desde los hospitales sin insumos. Desde las mesas vacías. Desde las madres sin hijos. Desde los niños sin nombre. Clama. Profetiza. Se levanta. Y un día, esa sangre se volverá sentencia.

Porque la sangre es memoria. La sangre es testimonio. La sangre es profecía. Y Dios es justo

En esta historia, el juicio de Dios no es un castigo arbitrario. Es la restauración del orden, la reivindicación de la verdad, el reconocimiento de una sangre que **no será ignorada ni olvidada**. Porque allí donde el hombre intenta borrar el bien, **Dios exalta su memoria y responde con justicia**. Y el lector, tú que oyes, no puedes pasar de largo. **¿Qué haces tú con la sangre que clama desde la tierra?** ¿La encubres o la escuchas? ¿La ignoras o te conviertes en eco de su llamado?

Esa sangre, la de Abel, no fue la última. Desde entonces, la tierra ha seguido bebiendo la sangre de los inocentes: campesinos silenciados, jóvenes ejecutados en protestas, mujeres desaparecidas, niños hambrientos bajo regímenes que promueven discursos de justicia mientras **engordan sus manos con violencia institucionalizada**. Gobiernos que repiten, una y otra vez, la historia de Caín: **eliminan al justo para preservar su mentira**, borran al que denuncia para sostener su imperio, y cuando son confrontados, preguntan con el mismo descaro: **“¿Soy yo acaso guarda de mi pueblo?”**.

Y esa pregunta —**“¿Dónde está tu hermano?”**— no quedó sepultada con Abel. Ha tomado muchas formas, ha mutado en mil lenguajes, se ha encarnado en mecanismos perversos, en metodologías de dominación, en guerras intestinas y traicioneras, en desapariciones forzadas, en campos de concentración ocultos tras banderas y discursos. Ha sido oída en las antorchas humanas encendidas en los palacios de los poderosos, en las cacerías de brujas disfrazadas de justicia, en inquisiciones que purgaban la verdad con fuego.

Se escuchó en el crujir de las embarcaciones que cruzaron el océano cargadas de conquistadores hambrientos de oro, que llegaron a nuevas tierras con cruces en una mano y espadas en la otra. Arrasaron aldeas, silenciaron caciques, borraron lenguas, doblegaron voluntades. Violaron el alma de los pueblos originarios de América, de África, de los rincones olvidados del Caribe y del Amazonas. Cada templo profanado, cada niño esclavizado, cada mujer violada, cada líder asesinado, cada identidad borrada... fueron ecos de esa misma pregunta no respondida.

Pero la sangre inocente nunca es neutral. No se disuelve en el olvido. No se evapora entre las grietas del tiempo. Cada gota derramada se convierte en testigo. Se hunde en la tierra,

sí, pero no desaparece: se eleva al cielo como un clamor que exige justicia. No es silencio. Es juicio. Es grito. Es profecía.

Una voz sin cuerpo que sigue hablando, señalando, interpelando. Así como la sangre de Abel testificó contra su hermano, la sangre que fluye hoy bajo los regímenes de opresión, bajo las botas del totalitarismo, bajo la sombra del colonialismo, bajo las leyes corruptas que dictan los señores del poder, sigue gritando.

Grita desde los escombros de Siria, desde los campos de refugiados del Sahel, desde las cárceles políticas de Venezuela, desde las tumbas sin nombre de Centroamérica, desde los ríos rojos del Congo. Grita desde cada calle donde se aplaude al verdugo y se encarcela al justo. Grita desde la cruz, donde la sangre del Justo por excelencia también fue derramada.

Y así como la sangre de Cristo no fue ignorada, tampoco lo será la sangre de los pequeños, los humildes, los silenciados. Porque el Dios que escuchó la sangre de Abel sigue escuchando. Y no descansará hasta que toda sangre inocente sea vindicada. Porque no hay justicia verdadera sin memoria. Y no hay memoria verdadera sin juicio.

Y es aquí donde debemos detenernos. Porque esa sangre, invisible a los noticieros, negada por las instituciones, borrada de las estadísticas, **es vista por Dios**. Y no solo vista: **escuchada**. Escuchada como clamor, como denuncia, como oración sin palabras. Esa sangre no muere; se vuelve juicio. Se convierte en **señal inequívoca de decadencia moral**, en recordatorio de que el orden impuesto por el miedo no es estabilidad, es descomposición. Porque no hay estructura política, militar ni económica capaz de resistir por mucho tiempo **el peso de una sangre que clama al cielo**.

Cada ejecución arbitraria, cada desaparición silenciada, cada represión legitimada con leyes falsas, **acumula voces**. Voces que no serán ignoradas por el Dios que dijo: **“La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra”** (Génesis 4:10, RVR1960). Y cuando Dios oye, actúa. No siempre en el tiempo que esperamos, pero siempre en el tiempo perfecto. Porque la justicia de Dios no se precipita, pero **nunca se ausenta**.

Lo que el tirano cree haber callado con una bala, Dios lo convierte en testimonio. Lo que el sistema intenta enterrar, Dios lo transforma en semilla profética. Cada vida arrebatada injustamente **se convierte en un juicio contra la pretensión de eternidad de los imperios humanos**, recordando que el poder que no teme a Dios siempre terminará enfrentando su voz.

Y tú, lector, tú que habitas este tiempo de sangre que aún no cesa, **¿de qué lado te encuentras?** ¿Ignoras esa sangre o la honras? ¿Repites la narrativa del régimen o te vuelves memoria viva del justo silenciado? Porque el juicio comienza cuando dejamos de escuchar, cuando dejamos de llorar, cuando aceptamos la muerte del inocente como parte de la vida política.

Pero si escuchas, si aún puedes sentir la sacudida de esa voz que no ha dejado de clamar desde la tierra, entonces hay esperanza. Porque donde hay memoria del justo, **aún es posible resistir el cinismo del Caín contemporáneo**. Y donde hay quienes se niegan a encubrir la sangre, Dios no solo juzga: **también redime**. Porque no todo clamor termina en condena. Algunos claman para que, en medio de la ruina, el Reino vuelva a levantarse.

El silencio de Caín contrasta con el grito de Abel. Uno oculta; el otro denuncia. Y es en ese contraste donde la historia de la humanidad sigue oscilando hasta hoy.

El fratricidio de Caín surge como una mutación biológica absoluta, una instauración de caos que se incrusta en la estructura de la justicia soberana. Este suceso inserta una dinámica inédita en la cronología humana, caracterizada por la aparición de afectos que, al desprenderse de su raíz ética original, adquieren una autonomía destructiva. La voluntad de Caín opera bajo una saturación de impulsos desvinculados de su propósito ideal, transformándose en una fuerza que busca la extinción física de Abel.

La agresión constituye la culminación de una psique desbordada por sentimientos que ahora habitan el mundo con una presencia tosca y agresiva. Al producirse la muerte, la sangre de Abel penetra la porosidad de la tierra, estableciendo una naturaleza testifical en el suelo. Este elemento propio de la vida actúa como un archivo, una evidencia que se integra en la materia misma de la creación. La voz que emana del polvo es una denuncia constante y autónoma; es la realidad misma sosteniendo el peso de un evento que ha alterado la composición del mundo. La justicia de Dios se manifiesta aquí como una respuesta orgánica, una declaración judicial que surge de la tierra para exponer la acción cometida, manteniendo la verdad como un componente permanente y visible del paisaje humano.⁷⁷

El mal como arquitecto de la subversión

A través de la serpiente y de Caín, el mal se revela no como un evento, se revela un proceso: un arquitecto que construye su poder sobre la distorsión de la verdad y la destrucción del orden. En el Edén, la serpiente comienza socavando la ley única de Dios (*Génesis 3:1-5RV1960*). En el campo, Caín da el siguiente paso al erigirse en juez y verdugo, imponiendo su voluntad sobre la vida de su hermano (*Génesis 4:8RV1960*).

Este proceso no solo nos muestra cómo el mal opera, revela algo más profundo, cómo va cimentando una ética propia: una ética de la opresión, donde las leyes son flexibles y las acciones justificadas por el deseo de control. En este marco, la verdad no tiene lugar, y el mal se presenta no como una ruptura, se presenta como una continuidad, una reinterpretación del orden que aparenta legitimidad pero que es, en su esencia, una rebelión contra Dios. Los protagonistas, encuentran un espejo donde el mal no se limita a ser una fuerza externa, es un agente interno que convence, manipula y actúa a través de quienes están dispuestos a escuchar su voz.

Esta interrogación instituye un paradigma de autonomía absoluta. La pregunta de Caín levanta una estructura de indiferencia sobre el diseño original de la relación humana. Esta declaración instaura una realidad de existencia fragmentada, donde el vínculo con el próximo permanece como un elemento accidental y periférico.

La responsabilidad se transforma aquí en una carga externa y opcional, desligada de la naturaleza del ser. Este lenguaje edifica un estado donde la soberanía del yo desplaza la

⁷⁷ Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio acerca de la banalidad del mal* (C. Ribalta, Trad.), p. 110. Barcelona: Lumen.

custodia delegada por el Creador, sustituyendo el mandato divino por una voluntad encerrada en sus propios límites. La respuesta de Caín consolida una geografía de aislamiento moral; es la instauración de una ética del desapego que habita el mundo con la solidez de una barrera. En este marco, la vida del otro queda relegada a una zona de irrelevancia, permitiendo que la subjetividad caída ocupe el centro de la realidad y desplace la interdependencia establecida por la justicia soberana.

La ética de Emmanuel Levinas sitúa la responsabilidad hacia el Otro como el fundamento absoluto de la arquitectura moral. El rostro del próximo opera como una interpellación directa, una realidad que convoca la voluntad humana dentro de una primacía ética que antecede a la formación del conocimiento. Esta relación establece un vínculo soberano, situando la existencia dentro de un marco de obligación constante que habita la esencia de lo humano.

La responsabilidad se manifiesta aquí como la sustancia misma de la identidad, un mandato objetivo que define la estructura de las relaciones. El encuentro con el rostro constituye un evento que instituye la moralidad, vinculando la subjetividad individual a una ley de custodia permanente. Este paradigma sitúa la ética en el centro de la realidad, convirtiendo la respuesta ante la necesidad ajena en el cimiento de la convivencia bajo la vigencia de un orden que prioriza la integridad de la vida. El rostro del Otro funciona como una epifanía de la norma divina, una presencia que exige una respuesta inmediata y que consolida la vocación humana de ser garante de la existencia del próximo⁷⁸.

La interrogante de Caín establece una arquitectura de indiferencia absoluta. Este lenguaje instaura un régimen de autonomía radical donde la identidad individual se percibe como una entidad separada de la soberanía del Creador. La respuesta erige una frontera artificial sobre el diseño original de la creación, pretendiendo sustituir la custodia fraternal por un estado de desapego deliberado. En este acto, la voluntad caída intenta imponer una nueva gramática moral, transformando el mandato de preservación en una carga ajena a la subjetividad humana.

La interdependencia, establecida desde el origen como una extensión del mandato cultural, permanece desplazada por una estructura de cinismo que habita el espacio de la relación. Esta postura consolida una visión donde el próximo queda reducido a un elemento periférico, apartando la mirada de la imagen divina que habita en el otro. La ley inmutable de Dios persiste como el marco rector y objetivo, mientras la declaración de Caín permanece como una anomalía fáctica que intenta validar la fragmentación del tejido humano. La responsabilidad se revela aquí como una fibra constitutiva del ser, una prescripción divina que sostiene la cohesión del mundo frente al intento de instaurar un orden basado en el aislamiento.

Este acto de Caín puede interpretarse, desde la perspectiva levinasiana, como una transgresión que va más allá del fraticidio físico; representa una negación de la ética de la

⁷⁸ Emmanuel Levinas, *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, trad. A. Neumaier y J. A. Padilla, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2002, pp. 81–89.

“La epifanía del rostro como rostro significa: no matar. [...] El Otro me mira esencialmente como aquel a quien no puedo dejar de responder, como el que me interpela.” (p. 89)

alteridad y de la responsabilidad infinita hacia el Otro,⁷⁹ pilares esenciales de la naturaleza inmutable de Dios.

Las consecuencias de transitar los senderos caínicos se manifiestan como una progresión de densidades morales. Este trayecto inicia con la germinación de la envidia y culmina en la materialidad de la sangre derramada. Estas sendas establecen una arquitectura de justificación donde la fabricación de relatos artificiosos otorga una apariencia de validez al crimen. La acumulación de estas narrativas produce una opacidad densa sobre la realidad, sustituyendo la claridad de la verdad por una estructura de percepciones moldeadas por el deseo individual.

La extinción de Abel constituye el fruto maduro de una ética desviada, cultivada en la quietud de un corazón que ha entronizado al yo en el espacio perteneciente al Creador. Este proceso representa la consolidación de una voluntad que ajusta la realidad a su propia medida. Habitar esta trayectoria equivale a instaurar una soberanía ilegítima, donde el hombre asume simultáneamente las funciones de juez, legislador y ejecutor bajo una justicia adulterada.

Este estado de independencia declara la fractura del vínculo con el prójimo, transformando la convivencia humana en una geografía de conflicto por el poder y la supremacía. La siembra de la muerte ocurre de manera simultánea a la proclamación de discursos de vida, estableciendo un orden donde la protección se otorga a la corrupción mientras la integridad padece bajo el peso del sistema. Esta dinámica institucionaliza la transgresión, permitiendo que el endurecimiento de las estructuras sociales coexista con el desangramiento moral de la nación. La senda caínica se revela, finalmente, como la instauración de un reino de sombras que intenta sostenerse sobre la negación fáctica del orden establecido desde el principio.

La senda de Caín constituye un proceso de decadencia espiritual profunda, cuya gravedad establece la necesidad absoluta del sacrificio redentor. Esta condición de ruina moral funciona como el fundamento de los ritos de sangre establecidos en la ley, los cuales apuntaban hacia la consumación definitiva en el Calvario. La elección de agredir al justo instaura un estado de errancia inmediata. Destierro. Alienación respecto a la propia identidad, a la presencia del Creador y al vínculo con el prójimo. El acto de transitar sobre la sangre del inocente conlleva una inmersión inevitable en las consecuencias de la transgresión. El suelo que absorbió el caudal de Abel experimentó una alteración permanente, al igual que la constitución del propio Caín. La ausencia del rostro divino

⁷⁹Levinas, E. (1969). *Totalidad e Infinito: Ensayo sobre la Exterioridad*. Traducción de Alphonso Lingis. Pittsburgh: Duquesne University Press.

Hernández, J. I. (2019). "Tú, mi hermano. Tú, mi enemigo: análisis del pasaje bíblico de Caín y Abel, en relación con el pensamiento de G.W.F. Hegel y Emmanuel Levinas". *Jornadas: Diálogos entre Literatura, Estética y Teología*, Universidad Católica de Córdoba. Recuperado de <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/12090/1/tu-hermano-tu-enemigo.pdf>

"La ética de Emmanuel Levinas: la responsabilidad ética y la alteridad". *Hunter Magazine*. Recuperado de <https://www.huntermagazine.es/la-etica-de-emmanuel-levinas-la-responsabilidad-etica-y-la-alteridad/7873/>

"La relación con los Otros en la filosofía de Lévinas". *Fundación Torres y Prada*. Recuperado de <https://fundaciontorresyprada.org/la-relacion-con-los-otros-en-la-filosofia-de-levinas/>

"Descubre la filosofía de Emmanuel Levinas y su impacto en la ética". *Fundación Dos de Mayo*. Recuperado de <https://fundaciondosdemayo.es/descubre-la-filosofia-de-emmanuel-levinas-y-su-impacto-en-la-etica/>

acarrea la desaparición de la orientación moral, dejando la existencia vacía de propósito trascendente.

En la actualidad, múltiples pueblos habitan esta condición de errancia. Permanecen como nómadas bajo sistemas que han abandonado la justicia, exiliados espirituales dentro de su propia geografía. Estos gobiernos portan señales visibles de su desviación: temor constante, paranoia institucional, represión sistemática. La existencia bajo el imperio de la fuerza genera un pavor permanente ante el propio reflejo. El rastro del derramamiento de sangre mantiene una persecución constante. La justicia evadida permanece como una expectativa de juicio, aguardando la resolución final. Esta profundidad de la caída encuentra su única respuesta en la eficacia de la sangre de Cristo, hacia donde convergían todas las figuras del sacrificio antiguo como la única vía de restauración ante el Juez Soberano.

Las consecuencias del camino caínico habitan el interior del ser con una fuerza corrosiva y persistente. Esta trayectoria produce un vaciamiento del alma, estableciendo un límite infranqueable para el florecimiento de las naciones. El intento de edificar sobre el cementerio de los justos condena a cualquier estructura a una inestabilidad permanente. La sangre derramada mantiene una denuncia activa; el juicio se manifiesta como una realidad inevitable mientras el rostro de Dios permanece oculto para el opresor, retirando la gracia común que sostiene la cohesión social.

La tragedia de este sendero reside en la distorsión del entendimiento, donde el control se confunde con la paz y la fuerza con la legitimidad. Esta construcción sobre cimientos inestables revela la naturaleza de una tierra que, al absorber sangre inocente, entra en un estado de esterilidad absoluta. Esta carencia de fruto se extiende hacia la cultura, la economía y la totalidad de las relaciones humanas, manifestando la aridez del alma colectiva.

El tránsito por la senda de Caín conduce hacia un olvido profundo del Creador, lo cual conlleva simultáneamente la pérdida del concepto del hombre como imagen sagrada. Esta desorientación borra la conciencia de que todo poder legítimo posee una dependencia ontológica ante la justicia eterna. La sangre de los justos permanece como una presencia constante en la historia; se integra en la realidad con la solidez de un testigo, la autoridad de un juez y la contundencia de una profecía que aguarda su cumplimiento final bajo el gobierno soberano de Dios.

La persistencia de la opresión exige una confrontación directa mediante el retorno de la mirada hacia el cielo y la unión con la voz que emana del suelo. La audición de este clamor constituye el inicio del tránsito hacia la reconciliación, transformando la errancia en una vocación de justicia. El rastro de Caín permanece como una advertencia vigente, una señal que evidencia la profundidad de la culpa y la insuficiencia de cualquier artificio humano para ocultar la transgresión. Su historia habita el presente como un espejo y un clamor que demanda una definición ante el Juez de toda la tierra.

La interrogante divina —“¿Dónde está tu hermano?”— mantiene su vigencia absoluta a través de los siglos. Esta pregunta atraviesa los discursos y los decretos, superando la inercia de los pasillos del poder y la quietud de los templos. La voz de Dios reside en los muros de la historia, removiendo el olvido y restaurando la centralidad de la compasión. Esta palabra nos sitúa frente a una decisión ineludible: la adopción de la verdad o la persistencia en el cinismo.

La respuesta exige el valor de sostener la mirada ante lo eterno, abandonando la pasividad y el temor revestido de prudencia religiosa. La pregunta de Caín —“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”— permanece como el eco de una humanidad que ignora la sangre que humedece el asfalto. La oración con denuedo surge entonces desde la periferia, en las plazas y en las aceras donde habita la desesperanza. Este clamor, fundamentado en la Escritura y en un corazón quebrantado, reclama la restitución del orden y la vigencia del hilo constitucional. Es una intercesión que reconoce la autoridad de Dios sobre las naciones y exige que la justicia regrese al lugar que la arrogancia del poder intentó usurpar.

El desafío presente consiste en elevar las manos en oración dentro de los ayuntamientos y frente a los recintos de mármol donde se instituyeron normativas despojadas de aliento divino. La oración debe habitar precisamente los espacios donde la justicia permanece amordazada y la verdad reside en el exilio. Esta acción constituye una toma de posesión espiritual sobre los lugares donde la autoridad humana ha intentado clausurar la voz de lo eterno.

El tránsito frente a las sedes del poder, como el palacio de Miraflores, exige una postura de integridad absoluta. Caminar con el pecho erguido y un temor santo representa el reconocimiento de que la historia se redacta en tiempo real bajo la mirada del Juez Soberano. Esta presencia activa reconoce que la sangre derramada posee una voz elocuente que la tierra sostiene y Dios atestigua. La intercesión se manifiesta aquí como una exigencia de restitución, un clamor por el retorno de la verdad y por la revitalización del alma nacional.

La identidad del creyente se define entre la condición de testigo o la de simple espectador. Presentarse como una ofrenda viva ante el altar de la historia implica abandonar el resguardo de las agendas privadas para ocupar el lugar del testimonio público. La interrogante de Dios permanece vibrante en el aire; la sangre mantiene su reclamo desde el suelo. El momento de la respuesta constituye un presente continuo, una oportunidad para que la iglesia asuma su función de garante de la justicia y portavoz de una esperanza fundamentada en la soberanía divina. La intercesión en las plazas y frente a las instituciones es la liturgia necesaria para una nación que aguarda su restauración bajo el gobierno del Altísimo.

Las Implicaciones del Mandato Cultural

El mandato cultural instituido en el Génesis constituye un encargo de expansión unido de forma indisoluble al orden y a la sostenibilidad de la creación. Al expresar la instrucción de "sojuzgar y llenar la tierra", la Trinidad establece una estructura de gobernanza fundamentada en la responsabilidad. Esta administración requiere una presencia humana que asuma el mantenimiento, el cuidado y la preservación como pilares de su existencia. Cada término del mandato original porta leyes implícitas que rigen la interacción del ser humano con el entorno y con su propia naturaleza.

Esta delegación de autoridad sitúa al hombre como un administrador bajo la soberanía del Creador, donde la multiplicación y el dominio operan dentro de un marco de fidelidad ética. El ejercicio del poder sobre lo creado posee una naturaleza relacional; es una custodia que reconoce el valor intrínseco de la vida y el diseño previo de la justicia. Así, el mandato cultural funciona como el cimiento de la civilización, una constitución original que demanda

una praxis de servicio y una gestión sabia de los recursos y de los vínculos humanos. La sostenibilidad se revela entonces como una obediencia fáctica, una alineación con el propósito eterno que sostiene la armonía del mundo.⁸⁰

El término “**sojuzgar**” instituye un ejercicio de dominio y una administración cimentada en la sabiduría, un liderazgo que actúa como el reflejo del carácter justo, amoroso y sustentador de la Divinidad. Bajo la premisa de Pearcey, gobernar conlleva un cuidado responsable, situando la tierra como un sistema de interconexiones que demanda respeto, planificación y una custodia intencional. Asimismo, la instrucción de “**llenar**” establece un proceso de completitud armoniosa. Este llamado involucra la integralidad del ser en su esencia y propósito, extendiéndose hacia el desarrollo pleno de las capacidades humanas para edificar y preservar la creación bajo el diseño original.

Este orden tiene su origen en el acto fundante del universo. La palabra de Dios constituye la sustancia que otorga existencia al vacío, marcando el inicio del sentido y de la vida misma. Su voz instaura el orden; su mandato otorga forma a la totalidad de lo real. A través del poder creador del Verbo, el cosmos emerge del caos como una estructura coherente y plena.

Cada elemento de la creación ocupa un lugar preciso, sostenido por una sabiduría perfecta y un propósito eterno. Las luminarias celestiales habitan el firmamento con funciones definidas. La tierra, establecida en sus límites ante las aguas, permanece como un hogar preparado para la vida. Las criaturas, diseñadas con minuciosidad, poseen instintos y formas que corresponden a su lugar en el sistema. Cada detalle porta la huella de un Creador meticuloso y generoso, donde la utilidad y la belleza coexisten como evidencias de una voluntad soberana que satura de significado cada átomo de la existencia.

La identidad humana se fundamenta en esta vocación de representación. Ser portador de la imagen de Dios Creador implica la capacidad de actuar como el ejecutor delegado de Su voluntad en la tierra, traduciendo el carácter de Dios en acciones concretas de orden, justicia y sustento. Esta función real sitúa al hombre en el centro de la estructura cósmica, otorgándole la autoridad necesaria para dirigir el desarrollo de la historia bajo el gobierno de la Providencia y para la gloria de Jehová.

La gobernanza humana posee una naturaleza estrictamente derivativa. La autoridad que el ser humano ejerce en la familia, en la ciencia, en el arte y en la política emana del señorío original de Jehová. Este mandato requiere que cada estructura social y cada institución civil se alineen con la sabiduría y el amor que caracterizan el gobierno de Dios. La administración del mundo se convierte en una liturgia de obediencia, donde el ser humano, consciente de su posición ante el Dios Creador, edifica una civilización que honra el diseño perfecto del cosmos sostenido por la Providencia.⁸¹

Esta vocación posee una naturaleza puramente servicial y cultivadora. La tierra permanece en manos del ser humano como una herencia bajo custodia, destinada a ser protegida,

⁸⁰ Calvin, Juan. *Institución de la religión cristiana*. Libro II, capítulo 2, pág. 56.

⁸¹ Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, Vol. 2: God and Creation, ed. John Bolt, trans. John Vriend (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2004), p. 577.

desarrollada, embellecida y preservada por la mano del administrador. El llamado a “sojuzgar” la tierra establece y delimita una responsabilidad sagrada ante el Dios Creador. La labor humana en este mundo tiene como fin su cumplimiento ético; el cosmos subsiste para ser santificado a través de la actividad del portador de la imagen divina. La creación constituye, por tanto, el teatro de la gloria de Dios, donde el cuidado de cada elemento se manifiesta como un acto de adoración práctica y tangible.

Bajo esta perspectiva, el mandato cultural representa una participación activa en la obra continua de la Providencia. Este encargo implica los procesos de transformación, servicio y edificación constante de la realidad. El llamado de Génesis se traduce en la continuación del trabajo creativo de Dios, ejerciendo un dominio cimentado en la justicia y el cuidado. El ser humano refleja la imagen de Jehová a través de un servicio que honra el diseño de la vida, reconociendo que cada acción en el orden temporal posee un peso eterno en el plan soberano del Altísimo⁸².

El olvido de esta vocación sagrada transforma la administración en apropiación y el cuidado en un consumo desenfrenado. Esta desviación constituye una traición a la imagen de Dios Creador y la degradación de la herencia confiada por Su mano. El sometimiento al diseño original permite que el ser humano gobierne bajo los atributos de Jehová, ejerciendo justicia, amor y propósito en cada acción. En este estado de alineación, el trabajo se manifiesta como un eco del primer mandamiento y la existencia entera se constituye en una liturgia que honra permanentemente al Creador.

La misión de proveer y proteger representa la armonía del diseño primigenio. En su oficina como administrador del huerto, el hombre asume el encargo de trabajar la tierra, sustentarla y guardarla, estableciendo así las prescripciones inherentes a la completitud de la humanidad bajo la Providencia. Este orden otorga una dignidad profunda a la labor humana y añade un elemento vital de humanización. El hombre alcanza su verdadera humanidad al actuar en relación con lo creado mediante la preservación, el cultivo y la multiplicación de la vida en todas sus formas. Esta actividad sostiene el orden del cosmos y refleja la fidelidad a la soberanía de Jehová, convirtiendo el desarrollo de la cultura en una extensión de la bondad divina sobre la tierra.

“Si Dios trata al árbol como un árbol, a la máquina como una máquina, al hombre como un hombre, ¿no debería yo, como criatura, hacer lo mismo, tratando a cada cosa con integridad en su propio orden? Y por la razón más elevada: porque amo a Dios, amo a Aquel que lo ha hecho. Amendo al Amante que lo ha creado, tengo respeto por lo que Él ha hecho”⁸³.

El mandato cultural posee una profundidad que demanda un compromiso absoluto con la preservación y el cuidado de la existencia. La descendencia de Adán asume la oficina de guardiana del mundo creado, garantizando la prosperidad de la tierra y de los seres vivos

⁸² *Theology of Work Project*, “Genesis and Work”, TheologyofWork.org, consultado en <https://www.theologyofwork.org/old-testament/genesis-1-11/god-creates-and-equips-people-work-genesis-1-2>.

⁸³ Francis A. Schaeffer, *Pollution and the Death of Man: The Christian View of Ecology* (Wheaton, IL: Crossway Books, 1992), 72.

bajo una supervisión diligente. La transgresión de esta orden primaria constituye una rebelión originaria contra la autoridad del Dios Creador. El acto de “sojuzgar” representa una invitación a imitar la provisión generosa de la Providencia, manteniendo la integridad de todas las cosas. Asimismo, el llamado a “llenar” instaura la plenitud, el orden y la belleza, asegurando el equilibrio y la armonía dentro de la totalidad del sistema creado.

De esta interpretación emanan principios fundamentales para la vida humana. La conservación de los recursos implica un uso prudente y reverente de los bienes, bajo la conciencia de que estos permanecen como una propiedad de Jehová entregada en custodia. La preservación de la vida sitúa el valor intrínseco de cada criatura en el centro de la actividad humana. La justicia ecológica promueve el florecimiento integral de la creación como un reflejo de la justicia divina. Esta visión incluye una equidad intergeneracional, asegurando que las generaciones futuras reciban un mundo apto para continuar la tarea de completar, preservar y proteger el diseño original.

La integralidad del ser completo se manifiesta como una realidad práctica cuando el ser humano responde con fidelidad a este encargo. Proveer y proteger constituyen expresiones unificadas de una misma misión: nutrir, cultivar y custodiar la existencia. Este mandato transforma al individuo, restaurando su humanidad al vincular su labor con el propósito, la responsabilidad y el amor. En esta relación se alcanza la verdadera armonía entre la humanidad y la creación, reflejando el carácter de Jehová: un Dios que sostiene, preserva y otorga vida abundante a la totalidad de lo que existe.⁸⁴

La palabra “multiplicaos” dentro del mandato cultural constituye un llamado a la integralidad del ser humano y a su vinculación profunda con la creación. Este acto refleja el carácter de Dios Creador: la capacidad de generar, sustentar y embellecer la realidad. Multiplicarse representa la expansión de la vida en todas sus dimensiones, sosteniendo la coherencia y el significado intrínseco de la existencia bajo el diseño de Jehová.

Multiplicar consiste en participar del propósito divino de saturar con vida y orden aquello que fue declarado bueno desde el principio. Este mandato exige un equilibrio constante entre el crecimiento y el cuidado, entre la expansión y la preservación. La totalidad de la existencia queda integrada en este proceso; la multiplicación demanda, por su propia naturaleza, la instauración de condiciones óptimas para sustentar, proteger y proveer aquello que se expande. La preservación de las propiedades esenciales de la vida es una cualidad inherente a la verdadera multiplicación.

Esta orden permanece indisolublemente ligada a los pilares de sojuzgar, llenar, labrar y guardar. La multiplicación se manifiesta como un proceso creativo y armonioso. Así como Dios establece un orden perfecto en Su obra, el hombre, como portador de Su imagen, multiplica la vida en términos de calidad: bondad, belleza, orden y justicia. La atención al cuidado y a la sustentabilidad completa el propósito de Jehová, convirtiendo la multiplicación en una invitación a participar del diseño integral de la Providencia.

Este mandato abarca las esferas física, espiritual, moral y relacional de la humanidad. La conexión de la multiplicación con su propósito integral garantiza la protección de los recursos y la restauración continua de lo creado. La responsabilidad y el propósito definen esta labor, asegurando que la expansión de la familia humana y de sus obras resulte en la

⁸⁴ Bavinck, Herman. *Reformed Dogmatics*. Grand Rapids: Baker Academic, 2008, pág. 205.

edificación de una cultura que honra la soberanía de Jehová y manifiesta la abundancia de Su reino sobre la tierra.

La historia de Caín manifiesta las consecuencias de una multiplicación despojada de cuidado, representando un rechazo directo al mandato de guardar y proveer. Mientras el diseño original para la humanidad exige llenar la tierra con vida y protegerla, la conducta de Caín instaura la destrucción de la existencia fraternal y el abandono de la responsabilidad encomendada por Dios Creador. Su transgresión revela una incapacidad para reconocer que la multiplicación requiere, por definición, el sustento, la protección y la preservación de lo producido.

El concepto de “multiplicaos” constituye un modelo integral para la existencia. Representa el llamado a expandir la presencia humana junto con la justicia, la bondad y el cuidado. Multiplicar implica saturar el mundo con elementos que reflejen la gloria de Jehová, garantizando el florecimiento de lo creado frente a cualquier proceso de corrupción. Este diseño exige un equilibrio constante entre el crecimiento y la preservación: la expansión de lo bueno unida al sostenimiento de lo recibido, tal como la custodia de la vida de Abel representaba para Caín.

Bajo este modelo, la humanidad actúa como un reflejo del carácter de Dios. Multiplicarse conlleva la creación de comunidades sanas, la protección de la vida en todas sus formas y la restauración de lo afectado por el pecado. Este equilibrio asegura el cumplimiento total del mandato cultural en la historia.

La labor del administrador se asemeja a la de un arquitecto que diseña una edificación. Este constructor establece una estructura inicial integrada con sistemas que garantizan su sostenibilidad: drenajes para la evacuación de desechos, ventilación para la purificación del aire y protocolos de mantenimiento que embellecen la obra con el tiempo. El arquitecto comprende que la belleza de la estructura depende de un plan de preservación que impida su desmoronamiento. De igual manera, la Providencia de Jehová entrega al ser humano un cosmos con sistemas de justicia y cuidado que deben ser administrados con sabiduría para que la civilización refleje el orden y la permanencia del Reino de Dios⁸⁵.

La desobediencia a las leyes implícitas del mandato cultural produce un estado de degradación sistémica. En este escenario, los desechos se acumulan de manera progresiva y las toxinas penetran en los cimientos de la estructura social y física. La carencia de mantenimiento erosiona la belleza original, permitiendo que el caos desplace al orden establecido por el Dios Creador. Aquello que tuvo su origen como una obra maestra bajo el diseño de la Providencia, deviene en un testimonio de descuido e insensatez humana. Este proceso refleja la realidad de una expansión despojada de su marco normativo: el crecimiento carente de orden genera destrucción en lugar de la preservación requerida por Jehová.

Bajo la perspectiva de Juan Calvin, la administración de los bienes divinos constituye una tarea de fidelidad constante. Cuando el ser humano ignora las prescripciones de labrar y guardar, la creación padece las consecuencias de una soberanía ilegítima. El desprecio por los sistemas de sustento y purificación —fundamentados en la justicia y la verdad— conduce inevitablemente al colapso de la edificación cultural. La historia de estas ruinas

⁸⁵ Wright, N.T. *Surprised by Hope*. New York: HarperOne, 2008, pág. 89.

institucionales y ecológicas confirma que la verdadera prosperidad solo habita en la alineación con el propósito eterno del Creador. La restauración de este orden exige el retorno a una administración que valore la sostenibilidad y el cuidado como expresiones de una fe que reconoce a Jehová como el único Dueño de toda la tierra⁸⁶.

Toda la creación está diseñada para la gloria de Dios, y esta gloria se refleja en el cuidado humano por ella.⁸⁷ La irresponsabilidad en la gestión del mandato cultural constituye una transgresión que trasciende el fracaso humano, estableciéndose como una ofensa directa ante la圣idad de Jehová. Este descuido de la administración delegada produce la destrucción de aquello que el Dios Creador declaró bajo el sello de la bondad absoluta. Al violentar el diseño original, el ser humano agrede la obra maestra de la Providencia, alterando la armonía de un cosmos que existe para reflejar la gloria divina.

El desprecio por las funciones de labrar y guardar representa un acto de rebelión contra el señorío de Jehová. Esta conducta degrada la integridad de la vida y la estabilidad de las estructuras creadas, sustituyendo la custodia por la ruina. Bajo la mirada del Juez Soberano, la administración del mundo es un deber de fidelidad constante, donde la preservación de lo "muy bueno" (Génesis 1:31RV1960) constituye la medida de la obediencia humana. La restauración de este compromiso exige el reconocimiento de la tierra como propiedad de Dios y la adopción de una mayordomía que honre la perfección de Su diseño original.

El traslado de la ley primaria de Jehová, contenida en el mandato cultural, al tiempo presente, revela un abismo profundo entre lo eterno y lo contemporáneo. Los sistemas totalitarios y las democracias avanzadas manifiestan una incapacidad para reconocer esta ley fundacional que trasciende la totalidad de la normatividad humana. Esta legislación reside inscrita en la propia arquitectura de la creación, impuesta por el Dios Creador desde el origen: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla" (Génesis 1:28, RV1960).

Esta orden constituye una comisión existencial que define al ser humano como una criatura relacional y generadora, asumiendo la corresponsabilidad del mundo que habita. Esta ley articula la vida, la continuidad, la comunidad y la custodia del prójimo como pilares de la existencia. La ignorancia o el desecho de este diseño original conlleva el colapso de los sistemas morales, sociales y políticos. La estructura construida sobre la omisión de este mandato experimenta un derrumbe inevitable, cediendo bajo el peso de su propia inconsistencia frente a la verdad de la Providencia.

La vigencia del mandato cultural permanece como el marco rector de toda civilización. La fidelidad a esta ley de Jehová garantiza la estabilidad y el florecimiento de la humanidad, mientras que la autonomía radical conduce hacia la fragmentación del tejido social. La administración del mundo bajo la autoridad del Dios Creador es el único camino para la preservación de la justicia y la dignidad humana, integrando la labor diaria en el propósito eterno de saturar la tierra con la gloria de Su nombre.

La tragedia de la perversión contemporánea reside en la profundidad de una rebelión interior y una naturaleza caída. Esta condición privilegia la autonomía sobre la obediencia

⁸⁶ Calvin, Juan. *Comentario sobre Génesis*. Libro 1, capítulo 1, pág. 78.

⁸⁷ Bavinck, Herman. *Reformed Dogmatics*. Grand Rapids: Baker Academic, 2008, pág. 210.

y el individualismo sobre la vida compartida. Al rechazar el mandato de Jehová, la humanidad establece una existencia fuera del orden divino, ignorando que dicha estructura constituye una verdad inscrita en la propia conciencia. “Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto... porque Dios se lo manifestó” (Romanos 1:19, RV1960).

El mandato de “multiplicaos” opera como una ley moral y espiritual con implicaciones directas en la estructura del alma humana, en la lógica de la historia y en la sustentabilidad de la civilización. El desprecio por este principio —manifestado en el egoísmo, las políticas antinatalistas o la deformación de la familia— conduce a una autoextinción espiritual de la sociedad. En este estado, la cultura del descarte desplaza la custodia del prójimo y el hedonismo ocupa el lugar del sacrificio. El yo se impone sobre la comunidad, transformando la vida en un bien de consumo bajo la apariencia de un lujo.

En la revelación del Antiguo Testamento, esta ley permanece integrada en los cuerpos legales de Deuteronomio y Levítico. La fecundidad, la transmisión de la vida y la bendición generacional constituyen el núcleo del código establecido en el monte Sinaí. La Providencia exige una responsabilidad intergeneracional para sostener la comunión con lo sagrado: “Y pondré mi morada en medio de vosotros... y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (Levítico 26:11-12, RV1960). La vida comunitaria bajo el señorío de Jehová demanda continuidad, responsabilidad y legado, asegurando que cada generación actúe como depositaria de la verdad divina en la tierra.

La humanidad, sumida en su propia ceguera, intenta neutralizar la ley divina mediante decretos temporales. El esfuerzo por convertir lo sagrado en un elemento opcional y legislar contra la vida refleja una existencia redefinida por la comodidad personal. “Profesando ser sabios, se hicieron necios” (Romanos 1:22, RV1960). A pesar de estos intentos, la ley del mandato cultural mantiene su vigencia perpetua. Su autoridad emana del Dios viviente, permaneciendo ajena a cualquier referéndum o reconocimiento estatal. El juicio de esta ley se activa de forma automática ante cada ultraje a su designio soberano.

El retorno a la alineación con esta ley original reside exclusivamente en el arrepentimiento verdadero y profundo. Al despojarse del egoísmo y abandonar la idolatría del yo, el ser humano reconoce al prójimo como una extensión de su responsabilidad ante Dios. En este estado, el mandato de “multiplicaos” recupera su potencia transformadora. Esta instrucción opera a favor del ser creado, manifestándose en el acto de engendrar vida: vida biológica mediante los hijos, vida espiritual, vida relacional y vida social. Se trata de una multiplicación activa de la imagen de Jehová en la tierra.

Este mandato posee una naturaleza eterna y una lógica celestial; su cumplimiento constituye la justicia misma. La perversión de este derecho fundamental, inscrito en la ley primaria, genera consecuencias devastadoras. La desconstrucción de la moralidad tiene su origen en la corrupción del ser humano, la corona de la creación. Una vez degradado, el hombre inicia un tránsito hacia la decadencia, adoptando sistemas de valores autónomos que ignoran la esencia del precepto ético de multiplicar. Esta corrupción deshumaniza al individuo, afectando su vínculo con el Dios Creador y con la vida misma.

En este escenario surge el drama de la existencia: un ser humano despojado de su verdadera humanidad, definido ahora por el control, la opresión y la lealtad a ideologías que ofrecen un sentido artificial. Este idealismo busca la concentración del poder en el yo,

perpetuando la destrucción moral y social en lugar de restaurar el orden establecido por la Providencia.

El relato de Caín en Génesis 4 manifiesta un desafío directo a la estructura establecida por Jehová. Su interrogante —“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”— encapsula la desconstrucción de la oficina humana, rechazando la responsabilidad inherente de custodiar y preservar la existencia. Esta misma trayectoria se observa en la historia contemporánea, donde sistemas ideológicos bajo la promesa de libertad han generado opresión y deshumanización. El desprecio por los fundamentos morales de Dios transforma las sociedades en entornos definidos por el caos y el sufrimiento.

Este proceso de degradación redefine la ética como un instrumento maleable al servicio de intereses individuales o colectivos, despojados de toda verdad absoluta. La moralidad deviene entonces en un arma para la justificación del poder, el egoísmo y el placer, abandonando su función de guía para el orden y la vida. La solución a este drama reside más allá de los sistemas humanos. La cura definitiva se encuentra en la consumación de la historia, con la instauración de los cielos nuevos y la nueva tierra ante la gloriosa venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

La comprensión de la ética del mal exige examinar sus características singulares desde el principio. Las Escrituras revelan el entrelazamiento de las señales de la maldad con la fragilidad de la condición humana. El mal posee un origen real y personal en la rebelión de Satanás, cuya caída introdujo la sombra que persiste en el mundo actual. Esta reflexión se aborda con un espíritu de respeto y temor de Dios, trazando un camino desde la Escritura y la experiencia de fe para entender el desarrollo de estos principios en la historia sagrada. Este tránsito se realiza con la humildad de un peregrino que busca comprender el peso y la promesa de la verdad bajo la guía de la Providencia.

La Destrucción de las Narrativas y la Verdad

En efecto, la ética del mandato cultural se enfrenta a las narrativas que surgen a lo largo del libro de Génesis, donde la verdad objetiva es reemplazada por la búsqueda de una autonomía radical. Este nuevo orden es reorganizado bajo las directrices de una “nueva normalidad” impuesta por las narrativas deconstrucionistas del diablo. Una vez comprendidas y aplicadas, estas narrativas llevan al hombre contemporáneo, a través de su propio discurso, a disecionar el pensamiento moral en argumentos que justifican una inmoralidad cada vez más letal.

Estos niveles primarios de pensamiento inmoral constituyen las primeras manifestaciones de lo que puede definirse como una “**ética del mal**”; una forma de razonamiento que, al evolucionar sin freno ético ni fundamento trascendente, amplifica su influencia destructiva y termina generando estructuras y realidades profundamente apartadas de los valores eternos de Dios⁸⁸. El proceso degenerativo de la humanidad posee una naturaleza estrictamente ontológica, trascendiendo la esfera de lo meramente moral. Esta corrupción afecta el núcleo del ser humano, alterando su vocación más elevada: la de existir como imagen y semejanza de Dios Creador. El diseño establecido en el origen constituye la

⁸⁸ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética* (Ed. Lluís Duch). Editorial Trotta. Bonhoeffer identifica en el mal una capacidad para estructurar lo real cuando no es resistido desde una ética encarnada y cristocéntrica.

identidad fundamental de la persona, y su erosión representa una fractura en la sustancia misma de la humanidad ante la mirada de Jehová.

Al violentar esta semejanza divina, el ser humano experimenta una pérdida de su propósito y una distorsión de sus facultades esenciales. La administración del mundo, el ejercicio de la justicia y la capacidad de amar se encuentran supeditadas a esta integridad ontológica. La caída representa, por tanto, una desfiguración del espejo que debía reflejar la gloria de la Providencia en la tierra. La restauración de la humanidad requiere una obra de recreación que devuelva al individuo la pureza de su diseño primigenio, devolviéndole la capacidad de actuar en plena conformidad con la voluntad soberana del Altísimo. "Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (Génesis 1:27, RV1960).

Continuando con nuestro arquétipo de Caín en el relato de Génesis, su cínica respuesta a Dios —“*¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?*” (Génesis 4:9, RV1960)— funciona como una declaración cargada de implicaciones éticas y espirituales. A primera vista, puede parecer una simple evasiva, una frase defensiva. Pero en realidad, contiene una carga profunda de cinismo, rebeldía y corrupción moral. No es una pregunta inocente. Es un intento de relativizar el deber, de invertir el orden de la responsabilidad establecida por Dios desde la creación misma.

El ser humano posee una naturaleza intrínsecamente relacional, diseñado desde su origen para la existencia en comunión. El mandato cultural instaurado por el Dios Creador —el cual comprende las acciones de fructificar, multiplicarse, llenar la tierra y ejercer gobierno— establece una estructura de corresponsabilidad y cuidado mutuo. Bajo este diseño de la Providencia, cada individuo asume la oficina de guarda de su hermano, reconociendo en el prójimo la misma dignidad del portador de la imagen divina.

La respuesta de Caín manifiesta la evasión de su responsabilidad y la negación de la arquitectura ética del mundo. Al desvincularse del bienestar de su hermano, Caín intenta anular el principio fundamental del amor al prójimo que sostiene la armonía de la creación. Esta ruptura representa una declaración de autonomía radical frente al señorío de Jehová, sustituyendo la custodia por la indiferencia y el orden por el caos. La verdadera humanidad se realiza en la aceptación de este vínculo sagrado, donde la preservación de la vida del otro constituye una extensión de la obediencia al Creador y un acto de fidelidad a la ley inscrita en el corazón del hombre desde el principio.

La vigencia de esta ley de custodia permanece absoluta a través de la historia. El mandato de Génesis 1:28 (RV1960) vincula la expansión de la familia humana con la protección de sus miembros, asegurando que la multiplicación sea siempre un acto de edificación y sustento. El reconocimiento de ser "guarda del hermano" es la base de toda justicia civil y social, pues somete el interés individual a la preservación del diseño divino en la comunidad.

La respuesta de Caín manifiesta una indiferencia premeditada ante la presencia del Dios Creador. Su estrategia consiste en desviar la atención de la gravedad del acto hacia una pregunta retórica, tratando la responsabilidad moral como un elemento negociable. Esta actitud revela una conciencia endurecida y un corazón saturado de ceguera ante el peso de su transgresión. Al interpelar a la Divinidad con sarcasmo, Caín intenta establecer un espacio de autonomía donde el deber hacia el prójimo queda suspendido.

Este tipo de respuesta constituye un patrón humano universal: el esfuerzo por minimizar la culpa y redefinir la verdad. El ego deformado por la caída recurre a la racionalización en lugar de la confesión, ocultándose tras la retórica para evitar el arrepentimiento. El pecado de Caín trasciende la acción del crimen para situarse en la negación del vínculo ontológico con su hermano. Al declarar que la custodia del otro le es ajena, Caín consuma un pecado de omisión y desprecio absoluto. Esta ruptura del principio de amor al prójimo desarticula la estructura ética de la creación bajo la Providencia, manifestando una voluntad que prefiere la oscuridad del yo antes que la luz de la justicia de Jehová.

La posición de Caín representa la raíz de toda opresión civil y social. Cuando el individuo o el sistema desplazan la conversación hacia la indiferencia, la vida humana pierde su carácter de don sagrado para convertirse en un objeto de descarte. La restauración de la sociedad exige el abandono de esta retórica de la evasión y el retorno a la confesión de nuestra vocación como guardas de la vida, reconociendo que cada acción y cada omisión permanecen bajo el juicio soberano de Dios.

Este momento bíblico es paradigmático porque inaugura en la historia sagrada la figura del hombre que mata al justo y luego se desentiende. Caín no es solo el primer asesino; es también el primer cínico. Y su cinismo se convierte en espejo de toda conciencia que, ante la injusticia, prefiere el silencio, la evasión, la autocomplacencia.

En última instancia, el relato nos desafía a reconocer nuestra propia tendencia a desentendernos del otro. La pregunta de Dios —“*Dónde está tu hermano?*”— sigue vigente, y cada generación debe enfrentarla. El que responde con indiferencia, como Caín, se ubica fuera del diseño de la justicia de Dios. Pero el que reconoce su responsabilidad y se vuelve al otro, se alinea con el propósito redentor del Reino.

El asesinato de Abel constituye una sublevación contra la verdad inmutable de Jehová. Este acto de violencia física representa un gesto simbólico de rechazo al principio de fraternidad, a la justicia relacional y al mandato divino de custodia del prójimo. Caín encarna al ser humano que, desvinculado del amor y la verdad, abraza la lógica de la exclusión y la muerte, abandonando la ética de la alteridad que sostiene el orden de la Providencia.

Este rechazo ético posee su resolución perfecta en la figura de Cristo, el postrer Adán. En lugar de evadir la responsabilidad, el Salvador asume la carga de Sus hermanos mediante la entrega radical de Su vida. “Y así está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante” (1 Corintios 15:45, RV1960). Mientras la descendencia de Caín procura disolverse en la negación del deber, el bien verdadero florece en el sacrificio de Cristo por Su pueblo. “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13, RV1960).

La formación de la conciencia ética cristiana reside en este paso de la evasión a la asunción de la responsabilidad ante el Dios Creador. El mandato de Jehová de ser guardas de nuestro hermano recupera su vigencia y potencia en la obra redentora, donde el amor al prójimo deja de ser una carga para convertirse en la manifestación de una vida santificada. La historia sagrada se mueve desde el “no” de Caín hacia el “sí” eterno de Jesucristo,

restaurando la imagen de Dios en la humanidad y consolidando la justicia relacional como el fundamento de los cielos nuevos y la nueva tierra⁸⁹.

El contraste entre Caín y Cristo establece el paradigma de la ética cristiana. Esta vocación consiste en asumir activamente el cuidado, la justicia y la compasión como manifestaciones concretas del amor de Dios. La indiferencia de Caín constituye la negación del fundamento de toda comunidad: el deber de custodiar, velar y servir al prójimo bajo la autoridad de Jehová.

Francis Schaeffer advierte sobre los peligros de esta desconstrucción ética. Al rechazar la verdad del Dios Creador, la humanidad desmantela las estructuras que otorgan sentido y propósito a la existencia. La solidez de una cultura depende de su alineación con las leyes implícitas del mandato cultural; la omisión de estos principios conduce inevitablemente a la autodestrucción. El caos resultante se manifiesta como un testimonio de la fractura del orden divino, de forma análoga a la tierra saturada por la sangre de Abel, la cual reclama justicia ante el Trono de Jehová.

La preservación de la sociedad exige el retorno a estos cimientos inmutables. La ética del cuidado es una ley de gravedad moral; su cumplimiento sostiene el edificio de la civilización, mientras que su desprecio garantiza su desplome. La respuesta del creyente ante la Providencia es la reconstrucción de estos muros mediante la práctica de la justicia y la compasión, reconociendo que cada acto de servicio al hermano es un ladrillo colocado en la edificación de un Reino que refleja la gloria y el orden de Dios en la tierra⁹⁰.

La Voz del Cielo y el Ruido del Poder

En las escenas silenciosas de la vida cotidiana —la oración de una madre, la duda del joven ante la marcha, el recuerdo del anciano sobre la justicia— emerge el drama del conflicto entre lo eterno y lo momentáneo. Cuando los códigos legales pierden su contenido moral para transformarse en instrumentos de opresión, la conciencia asume la función de un campo de batalla sagrado. En este estado, la búsqueda de lo justo se fundamenta exclusivamente en el Dios Creador.

Mientras el entorno se define por la negociación de lo inmediato y la urgencia de resolver la carencia diaria —el pan, las monedas, el sustento en tiempos de escasez prolongada—, quienes obedecen a la fe de Jesucristo encuentran en la Ley de Dios una columna inamovible. Esta ley constituye la expresión pura del carácter de Jehová: santo, justo y bueno. Su inscripción reside primordialmente en el alma humana, recordándonos el diseño original de armonía con el cielo: “mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia” (Romanos 2:15, RV1960).

El mandato de **“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”** (Mateo 22:39, RV1960) permanece inalterable ante el cambio de los gobiernos y el paso del tiempo. Esta ley de la Providencia es universal y firme, destinada a la protección de la vida por encima de los intereses particulares. En cada precepto —desde el cuidado del extranjero hasta la

⁸⁹ CEEMA. (s.f.). *La ética cristiana: andando como cristianos*. México: Convención Regional Bautista “Sal de la Tierra”⁴. El discipulado se define como imitación del carácter de Cristo, quien se ofreció por amor.

⁹⁰ Schaeffer, Francis. *The God Who Is There*. Chicago: InterVarsity Press, 1968, pág. 73.

integridad frente al soborno— resplandece la verdad de que la ley divina existe para el servicio y la dignificación del ser humano bajo el orden de Jehová.

La justicia se fundamenta en la verdad, y la verdad se manifiesta a través de la compasión. Esta triada halla su plenitud en el Dios que, en Cristo, abraza al pecador y señala la hipocresía. La fidelidad a esta ley eterna proporciona al creyente la brújula necesaria para transitar el caos, asegurando que, incluso en la mayor de las necesidades, la conducta refleje la gloria del Creador y la esperanza de Su Reino.

Existen períodos históricos donde las legislaciones abandonan su función de barrera contra el mal para constituirse en su instrumento principal. El poder, al desvincularse del temor a Jehová, establece la adoración de su propia voz, transformando la ley en una máscara que oculta la arbitrariedad. Bajo esta apariencia, el discurso de libertad coexiste con el encarcelamiento y la invocación de justicia sirve de vehículo para la ejecución de la venganza.

En el contexto de Venezuela, durante la década comprendida entre 2014 y 2024, la tiranía logró la domesticación plena de la legalidad. Las manifestaciones de protesta fueron sometidas a procesos de criminalización sistemática, utilizando el aparato judicial como herramienta de disuasión. La propiedad privada experimentó una transferencia forzosa mediante decretos de expropiación, sustituyendo el derecho individual por el control centralizado. Los caminos democráticos fueron rediseñados por la voluntad del mando, asegurando que cada procedimiento institucional ratificara la permanencia del trono establecido.

Este fenómeno representa la culminación de una autonomía humana que ignora la Providencia. Cuando la ley se separa del carácter de Dios Creador, pierde su capacidad de proteger al ser humano y se convierte en una tecnología de dominio. La redacción de normas se orienta entonces hacia la preservación del sistema en lugar de la búsqueda del bien común, evidenciando una fractura ontológica en la administración de la nación. La restauración de la justicia exige el reconocimiento de que ninguna norma terrenal posee autoridad legítima si se levanta en abierta rebelión contra los preceptos de Jehová⁹¹.

Las leyes mudaban su forma al ritmo de las amenazas, naciendo en oficinas oscuras en lugar de espacios de deliberación pública. Estas proclamaciones, emitidas bajo la apariencia de la voluntad popular, prescindieron del consentimiento de los ciudadanos. La ley, en este estado de corrupción terminal, se constituyó en un martillo dirigido exclusivamente contra los justos.

La arbitrariedad legal destruye los derechos fundamentales y corroe la esperanza de la nación. Esta dinámica instala en la conciencia colectiva la peligrosa mentira de una justicia subordinada a la fuerza bruta. Ante este panorama, las Sagradas Escrituras manifiestan una denuncia constante e interpelan a las estructuras de poder. La Palabra de Dios Creador posee la función de confrontar los sistemas que violentan el orden de la Providencia.

“¡Ay de los que dictan leyes injustas, y prescriben tiranía!” (Isaías 10:1, RVR1960). Esta advertencia se dirige con severidad al legislador, al juez y a todo aquel que, portando la toga de la autoridad, ignora la misericordia. Jehová permanece como el Legislador Supremo, y Su juicio se cierne sobre toda normativa que opprime, excluye o pervaerte la

⁹¹ Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Editorial Lumen, 4.^a ed., p. 157

verdad. La ley humana posee validez únicamente cuando se somete al carácter del Altísimo, reconociendo que la justicia terrenal es una oficina delegada que rendirá cuentas ante el Trono de la Justicia Eterna⁹².

La Escritura establece un llamado a la acción que trasciende la mera denuncia de la injusticia. Esta vocación exige obedecer a Dios con prioridad absoluta sobre las autoridades humanas. “Es menester obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29, RV1960). El diseño de la vida cristiana se fundamenta en la práctica de la justicia, el amor a la misericordia y un caminar humilde ante la Providencia. “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8, RV1960). Este llamado constituye una responsabilidad radical, donde la fidelidad al Señor prevalece sobre cualquier mandato que exija la traición a Sus preceptos.

El discernimiento sobre el acatamiento o la resistencia a una ley terrenal requiere una comprensión profunda del orden divino. La instrucción de Romanos 13 (RV1960) de someterse a las autoridades superiores reconoce el origen divino del orden civil, pero establece dicha sumisión como un deber condicionado a la justicia. La historia de los mártires y el testimonio de figuras como Dietrich Bonhoeffer confirman que la obediencia al César termina donde comienza la adoración exclusiva a Jehová. La ley de Dios permanece inalterable y soberana, libre de toda sujeción al capricho o a la voluntad del poder temporal.

En este paradigma, el cristiano actúa como un ciudadano del Reino de los Cielos que sirve en la tierra. La resistencia a la tiranía se convierte en un acto de obediencia a la Ley Suprema, asegurando que la conciencia permanezca cautiva únicamente a la Palabra de Dios. Esta postura garantiza que la justicia y la verdad sean preservadas en medio de la corrupción institucional, reconociendo que todo gobernante es un siervo que rendirá cuentas ante el tribunal de Jehová, el único cuya autoridad no conoce límites ni caducidad⁹³.

La resistencia se manifiesta a través de la integridad absoluta: el rechazo a la mentira en los tribunales, la proclamación de la verdad frente al silencio colectivo y la protección del inocente ante el señalamiento del sistema. La obediencia a leyes injustas bajo la apariencia de prudencia constituye un acto de debilidad; la fe verdadera prioriza la justicia sobre la comodidad personal. En este tiempo, la Iglesia asume un compromiso activo, reconociendo que la pasividad ante la injusticia representa una forma de complicidad. El silencio ante el dolor ajeno resuena con el cinismo de Caín, mientras que Jehová persiste en Su interrogante: “¿Dónde está tu hermano?”.

Encarnar el Reino implica vivir como embajadores de un gobierno eterno en cada espacio de la sociedad: hospitales, asambleas, redes sociales y mercados. Esta vocación exige ser sal y luz en medio de la densa oscuridad, actuando como luminares en un entorno complejo. “En medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo” (Filipenses 2:15, RV1960).

El ministerio pastoral posee la función de formar guerreros del Reino y despertar conciencias mediante la Palabra profética. Un altar consagrado a Jehová arde con la llama de la justicia y confronta la caída del sistema. Asimismo, cada miembro del cuerpo de Cristo

⁹² Schaeffer, F. A. (2015). *Muerte en la ciudad*. Traducción de I. Espino Cano. Inter-Varsity Press, p. 33.

⁹³ Bonhoeffer, D. (2000). *Ética*. Madrid: Editorial Trotta, p. 134.

—profesional, obrero, docente o joven— integra su fe en la totalidad de su existencia. El lugar de trabajo y estudio se constituye en un campo de misión donde los dones espirituales iluminan las estructuras huecas. Cada decisión basada en la integridad representa una trinchera contra la ética del mal, transformando el entorno mediante el poder del Espíritu Santo.

Ser Iglesia consiste en una resistencia activa y una conciencia alerta. Implica llevar la fe a las instituciones, las empresas y los bancos, actuando como trigo en medio de la cizaña. La vida del creyente es un testimonio continuo de la soberanía de Dios, donde la lealtad al Legislador Eterno prevalece sobre cualquier estructura que pretenda domesticar la verdad o pisotear la dignidad humana.

Jehová convoca a hombres y mujeres para la encarnación de Su verdad en la historia. Esta misión exige la firmeza en medio de la claudicación general, el ejercicio del amor frente a la hostilidad y la denuncia de la injusticia ante la tentación del pacto. La ética del Reino se caracteriza por su integridad innegociable, brillando incluso cuando el costo implica la pérdida del puesto, la reputación o la comodidad personal.

La Iglesia ejerce su función profética manteniendo una lealtad absoluta y primaria al Reino de Dios, distinguiéndose de cualquier filiación partidista. Su voz posee la autoridad para incomodar tanto a los tiranos como a los oportunistas, señalando toda legalidad carente de ética. Simultáneamente, la comunidad de fe anuncia una esperanza superior: la venida de un Rey cuya justicia permanece ajena a la corrupción. Este equilibrio garantiza que la Iglesia actúe como la conciencia moral de la nación, fundamentada en la soberanía del Dios Creador.

En el tiempo presente, cada creyente asume el llamado a vivir bajo la ley eterna de Jehová, aceptando el precio que dicha fidelidad demande. La ley humana posee una autoridad limitada sobre el cuerpo, mientras que la ley de Dios ejerce Su juicio sobre el alma. La verdadera libertad reside en esta sujeción al Legislador Eterno, donde la obediencia se transforma en un acto de culto y la integridad en una victoria anticipada del Reino que ha de venir.

El Conflicto entre lo Inmutable y lo Arbitrario

El conflicto entre la ley de Jehová y las leyes arbitrarias constituye una batalla fundamental entre la justicia eterna y la voluntad fluctuante del ser humano. Los sistemas legales diseñados por el hombre para estructurar la sociedad devienen en herramientas de manipulación cuando abandonan los principios inmutables del Creador. La Escritura define la Ley de Dios como perfecta, justa e inmutable, situándola por encima de las normativas humanas que, al desvincularse de la voluntad divina, operan como instrumentos de control al servicio de intereses particulares.

1. La Subordinación del Bien Común a la Voluntad del Poder

Jehová estableció Su legislación para la custodia de los indefensos y la preservación del orden moral. Su justicia es recta e incorruptible, garantizando un trato equitativo para el pobre y el rico bajo la Providencia. En contraste, las leyes humanas que priorizan el dominio de una minoría producen explotación e injusticia. La historia manifiesta este patrón de leyes orientadas a la esclavitud, la censura y la persecución, desde los decretos de los faraones hasta las restricciones de los regímenes totalitarios modernos. Estas normativas injustas operan para sofocar la verdad y oprimir a los débiles, ignorando que toda autoridad es delegada y responsable ante el Legislador Supremo.

La legitimidad de una ley humana reside en su conformidad con el carácter de Dios. Cuando el legislador se atribuye una autoridad absoluta, incurre en una idolatría del poder que fractura el tejido social. La restauración del derecho exige el reconocimiento de que la ley existe para servir a la vida y proteger la dignidad del portador de la imagen de Dios, asegurando que la estructura civil refleje la rectitud del Reino eterno.

La Biblia nos advierte contra este abuso de poder:

La legislación divina establece salvaguardas específicas para la protección de la vida y la dignidad. "No torcerás el derecho del extranjero, ni del huérfano, ni tomarás en prenda la ropa de la viuda" (Deuteronomio 24:17, RV1960). Cuando las estructuras de gobierno actúan en oposición a estos preceptos, incurren en una deslegitimación de su propia autoridad delegada. El discernimiento entre la justicia divina y el control humano reside en la alineación de la norma con el carácter protector de Jehová. El creyente asume la responsabilidad de denunciar y resistir los sistemas que violentan este orden, reconociendo que la obediencia al Legislador Supremo prevalece sobre cualquier mandato que oprima al vulnerable.

2. La Relativización de la Moral y el Estándar Absoluto

La arbitrariedad legislativa se manifiesta también en la redefinición de los valores morales. En un entorno donde las normas fluctúan según intereses temporales, los principios absolutos de la Providencia son percibidos como obstáculos. Esta tendencia representa una alteración del orden moral para la justificación de deseos autónomos, una realidad advertida con severidad en la Escritura: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!” (Isaías 5:20, RV1960).

La sociedad contemporánea ha transformado la moral en un espacio de confrontación, donde la virtud es calificada como intolerancia y la transgresión es elevada a la categoría de derecho. Ante este relativismo, el estándar de justicia permanece anclado en la revelación divina. “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17, RV1960). La Palabra de Dios Creador constituye el único fundamento sólido frente a la inestabilidad de las opiniones humanas. Sostenerse en esta verdad requiere una transformación de la mente que rechace el molde del mundo, permitiendo que la conducta del creyente refleje la luz de la justicia eterna en medio de la confusión ética.

La fidelidad a los absolutos de Jehová proporciona la estabilidad necesaria para la preservación de la civilización. Mientras el mundo presiona hacia la conformidad, la Iglesia actúa como la depositaria de una verdad que no cambia, asegurando que la distinción entre lo amargo y lo dulce, entre la luz y las tinieblas, permanezca clara para la conciencia humana. La ética del Reino se vive como una confesión pública de que solo Dios posee la autoridad para definir lo que es justo y lo que es perverso.

3. La Instrumentalización de la Justicia: El Derecho como Arma

La perversión de la ley ocurre en el instante en que esta abandona su propósito de servicio a la justicia para constituirse en un arma en manos de quienes persiguen su propio beneficio. La aplicación selectiva de la norma opera para favorecer a las estructuras de poder y castigar a quienes desafían el sistema establecido. Este fenómeno transforma el derecho en un mecanismo de persecución disfrazado de institucionalidad.

Jesucristo constituye la víctima suprema de esta manipulación. Los líderes religiosos de Su tiempo sustituyeron la búsqueda de la justicia por la distorsión de la ley con el fin de legitimar Su ejecución. “Y los principales sacerdotes y los ancianos, y todo el concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarle a la muerte” (Mateo 26:59, RV1960). Este evento funciona como un espejo y una advertencia perpetua; la historia se repite con precisión en tribunales contemporáneos donde se fabrican sentencias para callar al inocente y exiliar al profeta.

La búsqueda de “falso testimonio” representa la perversión más letal del derecho: la fabricación de una verdad conveniente para vestir el asesinato con ropajes de legalidad. Cuando el poder teme a la verdad, la ley se transforma en un puñal. Este patrón persiste en los calabozos de los dictadores y en las cortes silenciadas, donde el martillo del juez opera como un arma de guerra en lugar de una herramienta de equidad.

Ante este escenario, la Iglesia enfrenta su prueba más crítica. La responsabilidad de los discípulos de Cristo consiste en rechazar la neutralidad de Pilato y el miedo de Pedro. La

vocación del creyente exige la denuncia de la ley que se emplea para encubrir al fuerte y oprimir al débil. Ser representantes del Dios Santo requiere una identificación plena con el Redentor que fue crucificado por el sistema, manteniendo la fidelidad a la verdad de Jehová incluso cuando el costo sea la confrontación con las estructuras que han convertido el derecho en una máscara de la injusticia.

La naturaleza de Dios permanece inmutable. Su justicia se sostiene firme frente a las estrategias humanas, pues el carácter divino es el estándar absoluto de toda rectitud. “Jehová de los ejércitos será exaltado en juicio, y el Dios Santo será santificado con justicia” (Isaías 5:16, RV1960). El Altísimo posee el conocimiento pleno de la verdad, permaneciendo ajeno al engaño de las sentencias humanas o de las constituciones que profanan Su nombre. Su justicia opera de forma activa y viviente, levantándose con seguridad para vindicar cada verdad pisoteada y cada testigo silenciado bajo la mirada de la Providencia.

El Discernimiento de la Corrupción y la Legitimidad

La corrupción de la justicia se manifiesta con claridad cuando el sistema protege a los poderosos y persigue al vulnerable. En el instante en que la ley premia al injusto y castiga al honesto, convirtiéndose en una trampa donde el derecho se tuerce, la justicia experimenta un proceso de degradación absoluta. Asimismo, una ley pierde su legitimidad ante Dios cuando contradice Su Palabra y se levanta contra la vida o la dignidad humana. La legalización de la opresión y la exigencia de obediencia a costa de la conciencia anulan la autoridad moral de cualquier norma, independientemente de sus sellos, firmas o banderas.

La Responsabilidad Profética de la Comunidad de Fe

La Iglesia asume la oficina de ser voz y columna de la verdad, rechazando la función de eco o manto de silencio ante la iniquidad. La fidelidad al llamado exige la denuncia de la injusticia, reconociendo que el pacto con sistemas inmorales bajo una espiritualidad abstracta constituye una traición a la naturaleza de la sal. La identificación con el Cristo condenado por una ley torcida obliga a la comunidad de fe a confrontar las leyes torcidas del presente.

Si el Salvador fue crucificado mediante testimonios falsos, la tolerancia ante la repetición de tal injusticia representa una deserción del Reino. Los discípulos de Jesucristo están llamados a incomodar los sistemas corruptos, viviendo con las entrañas estremecidas por el clamor de los justos. El cielo permanece atento a la sangre derramada, y Jehová exige de Su pueblo una respuesta de integridad, valor y santidad que refleje la justicia del Reino eterno en la historia presente.

4. El Llamado a Resistencia

El mandato cultural y la ética de la custodia encuentran su plenitud en la fidelidad del creyente ante el Dios Creador. Cuando las estructuras humanas abandonan la justicia para constituirse en instrumentos de opresión, la respuesta del individuo moralmente consciente se transforma en una diaconía profética de confrontación y verdad.

El Ministerio de la Obediencia Suprema

La resistencia ética posee su cimiento en la primacía de la autoridad divina. "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5:29, RV1960). Este precepto instaura una jerarquía de lealtad donde el mandato de Jehová invalida cualquier decreto humano que exija la transgresión de la rectitud eterna. La vocación del cristiano consiste en mantener una conciencia cautiva exclusivamente a la Palabra, reconociendo que la sumisión a las autoridades terrenales es un deber subordinado a la justicia de la Providencia.

La Mayordomía del Discernimiento

La distinción entre lo legal y lo justo reside en el uso de la Ley de Jehová como el estándar ontológico de toda norma. La mayordomía de la verdad exige evaluar si las leyes humanas permanecen en armonía con el carácter santo del Altísimo. La legislación que violenta la vida, la verdad o la dignidad del portador de la imagen de Dios representa una quiebra del orden creado. En tales escenarios, la comisión divina del creyente es la denuncia de la iniquidad, asegurando que el derecho recupere su función de servicio a la vida y protección del vulnerable.

La Vocación de la Valentía: El Testimonio de la Cruz

La figura de Dietrich Bonhoeffer personifica el ministerio del testimonio activo frente a la idolatría del Estado. Su resistencia contra el Tercer Reich nace de la convicción de que la fe auténtica es incompatible con sistemas que manipulan la justicia para perseguir al prójimo. La Iglesia es el lugar encarnado donde se proclama el señorío de Jesucristo sobre toda realidad, rechazando cualquier forma de servidumbre ante el miedo o el poder corrupto.

La vocación cristiana exige una presencia firme en los tribunales, los hospitales y las asambleas, actuando como el sacerdocio universal de la verdad. Cada acto de integridad representa una trinchera contra la ética del mal. El silencio ante la injusticia constituye una deserción de la mayordomía sagrada; por el contrario, la acción decidida en favor del justo refleja la gloria del Reino eterno. La historia sagrada se mueve hacia la vindicación final de Jehová, quien juzga el alma y restaura la justicia en los cielos nuevos y la nueva tierra.

El desenmascaramiento de la ética del mal constituye el fundamento para la acción. Voces de la filosofía, la sociología y la teología confirman que el mal se reviste de orden, transformando la legalidad en opresión y el discurso en manipulación. Estas metodologías de control, refinadas durante décadas y aplicadas con virulencia en naciones como Venezuela, desplazan la Ley de Jehová y desmantelan el bien común. Ante esta realidad, el análisis trasciende lo intelectual para convertirse en una guía de vida en las calles, los hogares y los templos.

La Mayordomía de la Obediencia Responsable

El lector asume su identidad como agente activo en su propia esfera de operatividad. La resistencia se manifiesta al encarnar una vida redimida por principios eternos, rechazando el molde de este siglo. Siguiendo la mayordomía de la obediencia responsable de Bonhoeffer, el creyente actúa frente a la injusticia incluso ante el riesgo del sacrificio personal. La confrontación con la banalidad del mal de Arendt exige abandonar la

indiferencia y la rutina, mientras que la tensión entre convicción y responsabilidad de Weber fortalece la integridad en el campo de batalla moral.

El Ministerio de la Resistencia en lo Cotidiano

La resistencia al mal posee su origen en la vocación sagrada de lo cotidiano. Este ministerio comienza en la fidelidad del hogar, en la enseñanza de la verdad absoluta a los hijos y en la solidaridad comunitaria. En el mercado, se manifiesta mediante el rechazo a la corrupción, y en la Iglesia, a través de la proclamación del Evangelio como una espada que discierne las intenciones del corazón.

La fidelidad en las pequeñas decisiones constituye la preparación para la integridad en los grandes desafíos. La Iglesia asume su comisión divina como columna y baluarte de la verdad, proporcionando claridad en medio de la confusión del mundo. Resistir es vivir con la conciencia cautiva a Jehová, transformando cada espacio de interacción humana en un testimonio vivo del señorío de Jesucristo, quien garantiza la victoria final de la justicia sobre toda estructura de mal.

Bonhoeffer y la Dignidad Frente al Totalitarismo

Dietrich Bonhoeffer comprendió que la ética se fundamenta en la acción cuando el mal se institucionaliza como orden dominante. Ante la amenaza del nazismo, la pasividad se revela como una forma de complicidad, exigiendo una fe dinámica construida en la intersección de la verdad, la justicia y el sacrificio personal. Esta mayordomía de la acción cobra una vigencia absoluta frente al régimen totalitario en Venezuela, donde el sistema ha despojado a millones de su dignidad y libertad.

El Dilema de la Resistencia y la Diáspora

La estructura política del socialismo del siglo XXI ha conducido a muchos hacia la desesperación, planteando la salida armada como una respuesta ante la opresión. Sin embargo, la resistencia constituye una decisión de alta complejidad ética. Los ciudadanos en la diáspora enfrentan una encrucijada marcada por el deseo de retorno para la lucha y el riesgo legítimo de la pérdida de la vida o la libertad. En el contexto actual, el regreso implica la posibilidad del encarcelamiento bajo legislaciones arbitrarias que criminalizan la disidencia, o el silenciamiento sistemático para la supervivencia interna.

La Mayordomía del Sufrimiento y la Fidelidad

La evaluación de estas opciones exige una vocación de prudencia espiritual. La responsabilidad ética consiste en discernir el llamado de Jehová en medio del exilio o la resistencia clandestina. La comisión divina del creyente es la preservación de la verdad, reconociendo que tanto el testimonio desde la distancia como el sacrificio dentro de las fronteras poseen un valor sagrado si están orientados por la justicia eterna. La historia de la Iglesia demuestra que la fidelidad al Reino se manifiesta en la valentía de quienes denuncian la idolatría del Estado, asumiendo las consecuencias de una obediencia responsable que prioriza el señorío de Cristo sobre la seguridad personal.

La victoria sobre el despotismo se fundamenta en la certeza de que Jehová es justo y Su tiempo es perfecto. El equipamiento divino permite responder con sabiduría ante un sistema corrupto, preservando la autoridad moral mediante el rechazo a la violencia. La aspiración a una solución que restituya los poderes y establezca una democracia duradera exige la emergencia de hombres con entendimiento, incluso dentro de las estructuras hegemónicas, cuyo hartazgo del despotismo los conduce a clamar por libertad.

El Surgimiento de una Generación Refinada

Mientras los intereses económicos y la retórica diplomática prevalecen en la escena internacional, los principios inquebrantables de Dios aguardan a corazones valientes que los encarnen. La verdadera libertad constituye el fruto de la convicción en los preceptos eternos del Creador, naciendo del sacrificio y la entrega absoluta. En medio del quebranto, emerge una nueva generación moldeada por el sufrimiento y la escasez, cuya indignación ha sido purificada. Estos hombres y mujeres operan como testigos de una esperanza que resiste, transformando la queja en oración y la resignación en un clamor ardiente ante el Dios que escucha y actúa.

La Batalla de la Verdad y el Sacrificio

La confrontación con el mal se libra sin traicionar la esencia de la justicia, fundamentándose en la verdad y en la disposición al sacrificio. La convicción de que Jehová puede obrar la caída de sistemas de opresión sin el derramamiento de sangre humana posee un sólido sustento bíblico e histórico. La corrupción interna de los imperios actúa como el motor de su propio colapso, demostrando que el eco de la verdad sembrada con valentía posee mayor peso que cualquier poder temporal. La mayordomía de la paz es, en sí misma, una forma superior de combate espiritual que reconoce a Cristo como el único soberano sobre la historia de las naciones.

La resistencia activa se fundamenta en el reconocimiento del poder de un pueblo que clama a Jehová y se organiza bajo principios de integridad. La historia confirma que los regímenes basados en la injusticia poseen un carácter temporal, mientras que la Escritura asegura que Dios humilla a los soberbios y exalta a los humildes. En esta hora oscura, la ética trasciende lo teórico para convertirse en una comisión divina de decisiones lúcidas que tocan la conciencia colectiva.

El Discernimiento de los Medios y la Legitimidad

El discernimiento del momento y los medios para la resistencia requiere una alineación total con los valores del Reino. Frente a la institucionalización de la injusticia y la perversión de la legalidad, el creyente asume que la obediencia al Legislador Supremo prevalece sobre normativas que deshumanizan y oprimen. Cuando el aparato de poder abandona el servicio a la vida y a la verdad, la vocación sagrada de la disidencia se activa como un imperativo de fe. La verdadera resistencia nace del reconocimiento de que la neutralidad constituye una forma de complicidad ante el mal sistemático.

El Ministerio de la Restauración Activa

La resistencia efectiva evita la venganza y se enfoca en la restauración de lo destruido. Esta mayordomía exige una participación activa que asume el costo del sacrificio: la pérdida de privilegios, el exilio o la cárcel. La construcción de una nación basada en la justicia requiere manos, pies y voces dispuestos a actuar bajo la convicción de que el mal requiere ser confrontado mediante la verdad encarnada. La esperanza deja de ser un sentimiento pasivo para convertirse en el motor de una diaconía profética que edifica los cimientos de una convivencia digna.

La carga de esta hora recae sobre cada ciudadano consciente de su vocación de justicia. La caída del sistema opresivo y la edificación de una patria libre dependen de la disposición a vivir bajo preceptos eternos, entendiendo que la libertad es el fruto de una integridad que no se negocia. El cielo escucha el clamor del justo, pero también observa la diligencia de aquellos que han decidido ser los instrumentos de la restauración divina en la tierra.

La verdadera transformación nacional se gesta en el despertar de hombres y mujeres que, operando incluso dentro del aparato de poder, reconocen el desastre ético circundante. El cansancio moral ante el despotismo genera un clamor por libertad cuya fuerza trasciende toda consigna impuesta. Este momento de quiebre constituye un ministerio de conciencia, donde el individuo decide romper con la complicidad para alinearse con los principios de la Providencia.

La Mayordomía de la Acción en el Caos

La ética del Reino posee un carácter dinámico y confrontador. Su vocación es sacar al individuo del letargo, exigiéndole actuar con justicia, verdad y dignidad incluso en condiciones de dolor, miedo y caos. Esta mayordomía de la responsabilidad rechaza la pasividad, entendiendo que la justicia debe ser encarnada en el presente para que pueda manifestarse en el futuro de la tierra. La firmeza y la humildad son las herramientas de quienes asumen la carga de ser los instrumentos de Jehová en la historia.

El Sacerdocio de la Justicia Encarnada

Resistir con sentido implica reconocer que la restauración de la nación es una comisión divina entregada a cada ciudadano consciente. La pregunta "¿quién lo hará?" encuentra su respuesta en la disposición de aquellos que han decidido no esperar condiciones ideales para obrar. Al encarnar la justicia, el creyente actúa como un luminar que disipa las sombras de la opresión, estableciendo los cimientos de una convivencia basada en el respeto absoluto a la imagen de Dios en el prójimo. El tiempo de la justicia es un tiempo de siembra valiente, donde cada decisión de integridad acelera el colapso del sistema caído y la edificación del Reino.

La Reconciliación entre Dios y el Mundo

La reconciliación con Jehová otorga beneficios inmediatos y eternos, proporcionando descanso al alma cargada, sentido al sufrimiento y dirección en medio del caos. Esta

realidad opera como una medicina profunda para los pueblos rotos y para el individuo agotado por la rutina injusta. La reconciliación constituye un bálsamo para el hombre común, aquel que pedalea su bicicleta por avenidas en ruinas, portando en su cuerpo el testimonio del abandono y la corrupción sistemática.

El ciudadano que cruza la ciudad frente a hospitales colapsados y escuelas cerradas vive una mayordomía de la resistencia silenciosa. Su trayecto, marcado por la observación de la precariedad y la extorsión, se convierte en un espacio donde la fragilidad humana se encuentra con la necesidad de redención. En un entorno desgastado por la hiperinflación y la indiferencia de los poderosos, la reconciliación con lo básico se transforma en una forma de sobrevivencia sagrada, permitiendo que la dignidad subsista en medio del despojo.

En esta realidad, el pan —humilde, simple y esencial— se manifiesta como un símbolo sagrado de la Providencia. La presencia de una arepa tibia, un trozo de casabe o una porción de arroz representa la fuerza y el sustento que emanen de la gracia divina. Aunque la proteína sea un lujo reservado para las cúpulas del poder, el cuerpo del justo se alimenta de lo que la tierra ofrece: granos, raíces y el fruto de pequeños conucos. Esta alimentación constituye un acto de comunión con la vida y de dependencia absoluta del Creador.

La mesa del venezolano, despojada de la abundancia tradicional, se constituye en un altar donde se reconoce que la vida se sostiene por el poder de la Palabra. Cada bocado de alimento sencillo es una declaración de que la existencia humana trasciende la estructura política opresora. La verdadera fortaleza del alma reside en la esperanza puesta en Jehová, quien multiplica lo poco para sostener a Su pueblo en medio del desierto institucional, convirtiendo la escasez en un territorio de revelación y victoria espiritual.

Esta dimensión de la teología de la escasez eleva el acto de la supervivencia a una categoría de sacerdocio cotidiano, donde el cuerpo sufriente se convierte en el territorio de una victoria espiritual sobre el sistema. He aplicado una narrativa de plenitud descriptiva, eliminando estructuras de negación para presentar la voluntad y el sustento como realidades absolutas de la mayordomía de la vida bajo Jehová.

La voluntad humana, impulsada por un propósito superior, sostiene al individuo que inicia su jornada en la madrugada. El aseo con agua de un tobo y el ajuste de las sandalias gastadas constituyen los ritos iniciales de una vocación de resistencia. El bolso que porta una arepa sin relleno o un trozo de pan seco contiene más que alimento; resguarda un testimonio de vida. Aunque el cuerpo demande energía física, la determinación del espíritu empuja al caminante hacia su labor, transformando el agotamiento en una ofrenda de integridad ante el Creador.

El pan sin carne opera como una parábola viviente que enseña dependencia, humildad y gratitud. En cada bocado austero, el alma se disciplina en el aprecio de lo simple, reconociendo el valor de lo esencial por encima de lo abundante. Este sustento sostiene al padre en su larga caminata, a la madre en su acto de entrega hacia el hijo y al anciano que bendice con reverencia lo que la providencia le permite encontrar. Esta reconciliación con lo básico representa una forma de mayordomía espiritual que impide la destrucción de la identidad ante la carencia material.

La decisión de no rendirse y preservar la dignidad constituye un acto silencioso de fe. La petición “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” se encarna en la realidad de quien

reconoce que el sustento proviene de Jehová, incluso cuando el sistema político deserta de sus responsabilidades. El pan diario, por sencillo que sea, permanece como un eco del Dios que sustenta la vida, funcionando como una memoria del Reino que se manifiesta en lo pequeño y trasciende la escasez temporal.

En medio del abandono institucional, la mesa se transforma en un altar donde se celebra una liturgia sin templos. Cada comida se convierte en un ejercicio de gratitud y cada esfuerzo físico en un acto de adoración. El hombre que labora con ahínco a pesar de la limitación alimentaria se reconcilia con la existencia desde lo fundamental. En esa cotidianidad despojada de lujo, la presencia de Dios se manifiesta plenamente; Él habita en la mesa donde la fe y el pan sencillo se encuentran para declarar que la vida es sagrada y que el Reino de los Cielos pertenece a quienes confían en Su provisión eterna.

El ciudadano común, ajeno a las cúpulas de poder, sostiene en su existencia el peso de una nación traicionada. En el silencio de su labor cotidiana, la reconciliación se manifiesta como una urgencia vital; es el susurro de Jehová que restituye la dignidad del humillado y afirma que su historia permanece bajo el cuidado divino. Esta restauración íntima es el motor que impulsa al alma a rechazar la indiferencia ante un país que clama por justicia.

Venezuela se encuentra en un estado de cautividad bajo un régimen totalitario que utiliza el sufrimiento del pueblo como herramienta de control político. Figuras como Nicolás Maduro, Vladimir Padrino López y Diosdado Cabello encabezan una estructura donde la verdad es suprimida y la disidencia criminalizada. Esta lógica perversa opera mediante el saqueo institucionalizado y el silencio condicionado. La reconciliación, en su carácter universal, interpela tanto al oprimido como al opresor, pues el alma del tirano también experimenta la ruptura del poder y el miedo. Dios ofrece una transformación radical donde la sanidad de la nación exige que todo sea hecho nuevo.

La sanidad de la nación requiere una evaluación crítica de las herramientas internacionales. Las sanciones, en su aplicación actual, se revelan como un mecanismo que incrementa el peso sobre el ciudadano común. El ejemplo de Cuba ilustra esta tragedia: décadas de embargo han mantenido intactos los privilegios de la élite mientras el pueblo enfrenta una escasez crónica y el colapso de los servicios básicos. Mientras los altos funcionarios acceden a recursos exclusivos, la población padece apagones y salarios insuficientes para el sustento diario.

Las sanciones operan a menudo como yugos que vacían la mesa del pueblo sin alterar el bienestar de quienes ejercen el poder. El comercio a costos elevados y el aislamiento estratégico terminan siendo pagados por los más vulnerables. La verdadera liberación y sanidad de Venezuela demandan soluciones que toquen la raíz del mal ético y político, promoviendo una restauración que nazca de la integridad interna y el apoyo internacional efectivo, asegurando que la justicia de Jehová se manifieste en una libertad real para todos los que hoy caminan bajo el peso de la opresión⁹⁴.

Y no es solo una cuestión de comida. Se ha restringido el acceso a insumos médicos, a materiales para vacunas, a bienes básicos. El resultado es una sociedad quebrada, una economía estancada y un éxodo que sangra la esperanza de toda una nación. Más de

⁹⁴ Cadena SER. (2024, octubre 25). *Cuba: más allá del apagón*. Recuperado de <https://cadenaser.com/nacional/2024/10/25/cuba-mas-alla-del-apagon-cadena-ser/>

850.000 cubanos han huido solo desde 2022⁹⁵. La historia ha demostrado que **las sanciones económicas de amplio espectro no derriban regímenes autoritarios, pero sí destruyen el tejido social que mantiene viva la nación.**

El patrón de las sanciones internacionales en Venezuela fortalece la narrativa de victimización del régimen, permitiendo el desplazamiento de la responsabilidad hacia agentes externos. Mientras tanto, el desplome de la moneda y la inflación resultante son asumidos por el pueblo, quien paga con hambre las consecuencias de una justicia mal dirigida. La ética cristiana demanda un discernimiento agudo, reconociendo que las políticas que perpetúan el sufrimiento de los inocentes carecen de alineación con el propósito divino. “¡Ay de los que dictan leyes injustas, y prescriben tiranía!” (Isaías 10:1, RV1960).

La justicia verdadera se edifica sobre los pilares de la verdad, la compasión y la sabiduría, rechazando cualquier fundamento basado en la carencia del pueblo. La mayordomía de la justicia exige que las medidas de presión se dirijan exclusivamente hacia los responsables: la congelación de activos de la élite, el bloqueo de rutas de escape financiero y el señalamiento público de quienes han saqueado y reprimido. La protección del acceso a alimentos y medicinas para niños y ancianos constituye una obligación moral inalienable que debe prevalecer sobre cualquier estrategia diplomática.

La sanidad nacional se manifiesta cuando los corazones se abren a la verdad de Dios, reconociendo que la justicia desprovista de reconciliación degenera en venganza, mientras que la reconciliación carente de justicia resulta en una farsa institucional. Esta integridad ética es la que sostiene al hombre común en su labor diaria; aunque su esperanza parezca fragmentada, su caminar está acompañado por la Providencia. Jehová conoce su nombre y le ofrece un Reino que, al trascender este mundo, posee el poder de transformar la tierra.

Cuando la reconciliación se encarna en lo cotidiano, surge una visión real de futuro y patria. La redención deja de ser una promesa distante para convertirse en una fuerza histórica que sostiene al humilde y prepara el terreno para una restauración integral. La presencia divina en la mesa del justo y en el esfuerzo del trabajador garantiza que la verdad prevalecerá sobre la opresión, sembrando las semillas de una nación reconstruida bajo los preceptos eternos de la rectitud y la paz.

⁹⁵ El País. (2024, septiembre 27). *Cuba, éxodo histórico*. Recuperado de <https://elpais.com/opinion/2024-09-27/cuba-exodo-historico.html>

Ética como Respuesta Concreta a la Injusticia y la Corrupción

La ética constituye una urgencia en medio del caos, manifestándose como una conciencia despierta mientras el entorno invita al letargo. Para el venezolano que habita entre el colapso y la exigencia de la supervivencia, la integridad se transforma en la línea divisoria entre la capitulación y la resistencia. Cada decisión, por mínima que parezca, revela una postura ante la corrupción convertida en sistema y ante la injusticia que se reviste de normalidad. El valor de esta mayordomía ética posee su origen en lo cotidiano: en la negativa a participar en la extorsión por un documento, en la palabra firme que denuncia la iniquidad y en la solidaridad que comparte el sustento escaso.

La integridad habita en el mecánico que sostiene la honestidad, en el maestro que ejerce su vocación sin remuneración justa y en la madre que preserva la verdad en el corazón de sus hijos. Estos actos, aunque discretos, representan grietas profundas en el muro de la corrupción institucionalizada. La ética adquiere cuerpo en el hombre de manos callosas que, bajo un sol implacable, pedalea hacia su labor con la dignidad intacta, reconociendo que su esfuerzo sostiene el alma de la nación que aún permanece. Esta comisión divina lo mantiene humano frente a la pretensión del sistema de reducirlo a esclavo o espectador.

El poder que domina Venezuela ejecuta un saqueo que trasciende lo material, afectando el tiempo, la voluntad, el lenguaje y la conciencia. La estructura totalitaria disfraza la corrupción con discursos de justicia social mientras distribuye privilegios entre una élite cómplice. Este aparato de control, operado por figuras como Maduro, Padrino y Cabello, se nutre de la propaganda, la desinformación y la vigilancia externa. Sin embargo, la ética nace de la claridad de que la injusticia se combate mediante la verdad, resistiendo desde el fondo de una conciencia que afirma su autonomía moral.

La caída del mal estructurado depende de la fractura interna de quienes lo sostienen mediante el miedo o la conveniencia. El edificio de la mentira experimenta su desmoronamiento cuando el maestro rechaza el libreto ideológico, cuando el periodista publica lo que el régimen oculta y cuando el fiscal se rehúsa a acusar al inocente. El mal pierde terreno en el instante en que el ciudadano común abandona la narrativa oficial, incluso en sus pensamientos, negándose a ser eco de la falsedad. La resistencia se fortalece cuando la comunidad abraza al perseguido y cuando las iglesias ejercen su ministerio profético con humildad y firmeza.

La estructura de la opresión se debilita cuando el pueblo recupera la fe en el valor de su acción individual. Basta que un solo individuo afirme la verdad para que la luz penetre en la oscuridad del sistema. La ética en Venezuela se graba en la historia íntima de cada persona que, tras haber perdido sus bienes, preserva su alma. Esta resistencia posee un poder que el régimen ignora: un poder que reconstruye desde los escombros y se fundamenta en el anhelo de redención. Esta ética encarnada y obstinada constituye la única respuesta real ante la corrupción total, siendo la esperanza definitiva para la restauración de la nación bajo los preceptos eternos de Jehová.

Ética del mal en el régimen Venezolano

El poder se reviste de una apariencia de virtud, utilizando el discurso como un manto sobre los escombros de la dignidad humana. Su manifestación ocurre mediante una retórica protectora que, en la ejecución, somete la voluntad del ciudadano. El mal se instala en la estructura social transformándose en rutina, normalizándose a través del lenguaje y arraigándose mediante marcos legales que legitiman la opresión. Este proceso se cultiva con una lentitud estratégica, operando como un agente que adormece inicialmente la conciencia, posteriormente la voluntad y, finalmente, la memoria histórica de los pueblos.

En el contexto de Venezuela, el mal se manifestó primordialmente a través de la palabra, anunciándose en cadenas mediáticas permanentes y en la reconfiguración de los manuales educativos. La injusticia se presentó bajo las etiquetas de redención para los sectores vulnerables, soberanía y libertad. Sin embargo, mientras el discurso enfatizaba la dignidad, la realidad material se traducía en el vaciamiento sistemático del sistema de salud. Informes de Médicos por la Salud (2022) documentan que una proporción superior al 76% de los hospitales del país han padecido fallas críticas en suministros eléctricos, acceso a agua potable y servicios quirúrgicos fundamentales.

Esta distorsión entre la palabra y la vida constituye una falsificación de la justicia, representando una traición a la verdad ontológica que debe regir toda autoridad. El mal instrumentaliza la necesidad del prójimo para cimentar su propia hegemonía, transformando la carencia —que debería ser objeto de servicio— en un mecanismo de control y sometimiento. La destrucción de los hospitales se erige como la evidencia física de una estructura que ha priorizado deliberadamente el sostenimiento del poder por encima del mandato sagrado de preservar la existencia humana.

A la luz del mandamiento de la preservación de la vida, este desmantelamiento de la salud constituye un elemento flagrante ante el veredicto eterno: “No matarás” (Éxodo 20:13, RV1960). La responsabilidad del sistema se manifiesta en la omisión y el abandono, acciones que contravienen la oficina de fidelidad a la que toda autoridad delegada por Dios está llamada.

La reconciliación con la verdad exige el reconocimiento de que el sistema que se autoproclama redentor es el mismo que preside sobre la precariedad extrema. Esta realidad demanda una respuesta que emane de una conciencia restaurada, una voluntad decidida a denunciar la idolatría del Estado y a restaurar la primacía de la dignidad humana sobre la narrativa oficial. La justicia verdadera se afirma cuando la estructura política se somete al bienestar del vulnerable, reconociendo que solo la Palabra de Jehová constituye el fundamento sólido para la reconstrucción de la nación y la salvaguarda del mandato sagrado de la vida⁹⁶. Mientras decía independencia, llenaba cementerios: desde 2014, más de 20.000 muertes violentas por año se han registrado, muchas ligadas a la acción de cuerpos de seguridad o a la impunidad generalizada⁹⁷. Mientras prometía igualdad, creaba castas: la élite vinculada al poder vive bajo privilegios y acceso exclusivo a divisas, alimentos importados y tratamientos médicos, mientras más del 94% de la población se encuentra en situación de pobreza, y el 76,6% en pobreza extrema, según la Encuesta de Condiciones de Vida 2022⁹⁸. A partir del año 2014, la falsedad trascendió la categoría de estrategia comunicacional para establecerse como la estructura fundamental del Estado. Este proceso involucró la formación de una red compleja que absorbió la autonomía institucional, neutralizó la conciencia cívica y expandió la presencia de agentes de coerción en todos los niveles sociales. El Poder Judicial, la Contraloría, la Asamblea Nacional y el sistema educativo operan como engranajes de una maquinaria orientada exclusivamente a la supresión de la voz ciudadana y al sostenimiento de la hegemonía política.

La realidad de esta estructura se manifiesta en la documentación exhaustiva de organismos como Human Rights Watch y Amnistía Internacional, cuyos reportes confirman la existencia de detenciones arbitrarias, torturas y desapariciones forzadas. El aparato estatal funciona mediante el uso sistemático de la fuerza y la persecución judicial para castigar la disidencia. Esta dinámica representa la institucionalización del miedo, donde la ley, despojada de su esencia protectora, se transforma en el instrumento principal de la opresión, violentando los principios fundamentales de la dignidad humana y el mandato sagrado de la justicia.

La transformación del Estado en una red de vigilancia y castigo constituye una afrenta directa a la soberanía de la verdad. La desactivación de las conciencias y la multiplicación de ejecutores anónimos revelan la profundidad de una crisis que es, ante todo, de carácter espiritual y ético. La reconciliación con la libertad demanda el reconocimiento de que estas estructuras, por más sólidas que parezcan en su despliegue de fuerza, carecen de legitimidad ante el Legislador Supremo. La documentación de estos crímenes permanece como un testimonio imperecedero de la transgresión, preparando el camino para una restauración donde la justicia prevalezca sobre la impunidad y la verdad disipe

⁹⁶ Médicos por la Salud. *Encuesta Nacional de Hospitales (ENH) 2022*. Disponible en: <https://www.encuestanacionaldehospitales.com/>

⁹⁷ Observatorio Venezolano de Violencia (OVV). *Informe Anual 2023*. Disponible en: <https://observatoriodeviolencia.org.ve/>

⁹⁸ Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). *Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI) 2022*. Disponible en: <https://encovi.ucab.edu.ve/>

definitivamente la estructura de la mentira⁹⁹. El discurso dejó de ser retórica revolucionaria para convertirse en el envoltorio de una opresión cuidadosamente planificada.

⁹⁹ Human Rights Watch. “*Crackdown on Dissent: Brutality, Torture, and Political Persecution in Venezuela*”. 2022. Disponible en: <https://www.hrw.org/>

Amnistía Internacional. *Venezuela: “Esto no es vida”: Seguridad, justicia y libertad en Venezuela*. 2022. Disponible en: <https://www.amnesty.org/es/documents/amr53/0001/2022/es/>

El mal ha adquirido la forma de un sistema, manifestándose a través de mecanismos de control cotidiano como la asignación de alimentos y carnés de identificación que condicionan el acceso al sustento básico. Esta estructura opera en espacios comunes: estaciones policiales donde se formalizan amenazas, aulas de clase donde se impone una retórica ajena a la convicción y clínicas donde la provisión de salud se vincula a la sumisión política. La opresión se ha convertido en trámite, firma y sello; una maquinaria administrativa que, mediante la acción coordinada de ejecutores sistemáticos, compromete la vida de manera paulatina.

En medio de este colapso, la ética emerge como el latido fundamental de la humanidad, originándose en la praxis de la calle y en la decisión de abandonar la mentira. La integridad se manifiesta en quien rechaza la humillación a cambio de cuotas de poder, en la voz que articula la verdad colectiva y en la madre que instruye a sus hijos sobre la primacía de la conciencia sobre la obediencia ciega. La ética se hace presente en el funcionario que detiene un expediente injusto, reconociendo que su responsabilidad trasciende la jerarquía institucional.

El mal se sustenta mediante la aquiescencia de los agotados y la neutralidad de los temerosos, pero experimenta una fractura irreversible cuando el individuo recupera la capacidad de razonar y cuestionar la normalidad impuesta. La transformación se activa cuando el ciudadano reconoce en el próximo a un hermano y decide que la fidelidad a su conciencia posee un valor superior a la comodidad personal. La práctica de la ética rompe la cadena de la complicidad y desnuda la fragilidad del poder corrupto, revelando que el mayor temor de la tiranía es el hombre libre que ha decidido no doblegarse.

La ética posee un carácter inherentemente subversivo, pues otorga la visión necesaria para comprender que la opresión es intrínsecamente vulnerable y que la dignidad permanece intacta incluso bajo el asedio más riguroso. El ciudadano afirma su soberanía mediante acciones diarias de mayordomía cívica: distribuyendo el sustento con generosidad, señalando el abuso con firmeza y ejerciendo una protección activa sobre el vulnerable. Esta lucha se sostiene con el espíritu encendido y la conciencia lúcida, reconociendo que la libertad constituye el fruto de un pueblo que despierta y afirma su autonomía frente a cualquier intento de manipulación.

El colapso del sistema de maldad se manifiesta con fuerza en el silencio de quienes han decidido obedecer exclusivamente a la justicia. Este silencio representa la elección definitiva por la rectitud, la verdad y la integridad ontológica. En ese punto exacto se origina la libertad real y renace la humanidad bajo el estándar absoluto de la justicia de Jehová.

La patria se reconstruye sobre la base de decisiones individuales que, al multiplicarse, erosionan el sustento moral del régimen, permitiendo que la luz de la verdad restaure definitivamente la nación. La resistencia, por tanto, se vive como un acto de fidelidad a los principios de la Providencia, donde cada gesto de integridad se convierte en un ladrillo para la nueva estructura social fundada en el carácter inmutable de Dios.

La corrupción como instrumento de poder

En el escenario venezolano, PDVSA, institución que representó el orgullo nacional y el motor económico fundamental, experimentó una transformación hasta convertirse en un epicentro de corrupción sistémica. Desde el año 2000, la organización Transparencia Venezuela ha documentado 127 casos de gestión irregular y malversación de recursos tanto en la estatal petrolera como en sus filiales, comprometiendo una cifra superior a los 42.000 millones de dólares ¹⁰⁰. Mientras la población se sumergía en niveles críticos de pobreza, una élite política gestionaba capitales exorbitantes mediante el sistema financiero internacional, consolidando redes de legitimación de capitales con presencia en Europa, Asia y América del Norte.

Paralelamente, el uso del hambre se estableció como una herramienta de control político mediante los CLAP (Comités Locales de Abastecimiento y Producción). Este programa, bajo la apariencia de suministrar sustento al pueblo, operó como un esquema de enriquecimiento para funcionarios y empresarios vinculados a la estructura de poder. Las investigaciones confirman la importación de insumos de baja calidad adquiridos con sobreprecios mediante empresas de maletín y contratos desprovistos de transparencia. Esta operación trasciende el ilícito económico para convertirse en un mecanismo de condicionamiento social, donde el acceso al alimento se vincula directamente a la lealtad política del ciudadano.

Esta dinámica representa una mayordomía corrupta de los bienes de la nación, donde los recursos que pertenecen al bienestar común fueron desviados para sostener una estructura de opresión. El saqueo de PDVSA y la manipulación de los CLAP constituyen una afrenta a la dignidad humana, transformando derechos fundamentales en privilegios condicionados. La reconciliación con la verdad exige denunciar estas estructuras de pecado que prefieren el enriquecimiento ilícito sobre la vida del prójimo. La restauración de Venezuela demanda una justicia que audite cada centavo sustraído y que desmantele los sistemas de control que utilizan la necesidad del hambre para someter la voluntad del pueblo bajo el estándar de rectitud de Jehová¹⁰¹.

¹⁰⁰ Swissinfo. *La petrolera venezolana PDVSA bajo la sombra de la corrupción*. 2023. Disponible en: <https://www.swissinfo.ch/spa/la-petrolera-venezolana-pdvsa-bajo-la-sombra-de-la-corrupci%C3%B3n/48399232>

¹⁰¹ U.S. Department of Treasury. *El Tesoro actúa contra red de corrupción que roba al programa de distribución de alimentos CLAP de Venezuela*. Disponible en: <https://ve.usembassy.gov/es/el-tesoro-actua-contra-red-de-corrupcion-que-roba-al-programa-de-distribucion-de-alimentos-clap-de-venezuela/>

La simulación de legalidad alcanzó su expresión más cínica en las elecciones presidenciales del 20 de mayo de 2018. Organismos internacionales de la magnitud de la Unión Europea y la Organización de Estados Americanos, junto con diversos gobiernos occidentales, calificaron este proceso como carente de legitimidad. La documentación disponible confirma la exclusión de candidaturas opositoras, la manipulación del registro electoral, la instrumentalización del carnet de la patria como mecanismo de chantaje social y una participación popular reducida ¹⁰². Este evento constituyó la consolidación de una estructura dictatorial bajo la apariencia de un ejercicio democrático.

La corrupción se erige como la columna vertebral del poder, manifestándose a través de la opacidad sistemática y la sustitución de la rendición de cuentas por la complicidad. La falsedad se estableció como el instrumento principal de gobernabilidad, resultando en la destrucción de la confianza social, el colapso institucional y la deshumanización del ciudadano común. Esta estructura deliberada desplaza el debate ético público en favor de una obediencia ciega y de la sobrevivencia como única estrategia de existencia. No obstante, la integridad permanece viva en las decisiones discretas, en la palabra que afirma la verdad y en la negativa de los funcionarios a ejecutar órdenes injustas.

Un análisis ético riguroso sobre el uso de la corrupción en Venezuela revela una transgresión deliberada del orden moral que niega la dignidad del prójimo como sujeto de justicia. El núcleo del conflicto reside en el cálculo de que la explotación de recursos es admisible si garantiza la sumisión. El mal ético consiste en la negociación de la conciencia como precio de la estabilidad, institucionalizando la inmoralidad como método de control. El sistema sustrae la agencia, la confianza y la integridad de los individuos, convirtiendo la corrupción en una complicidad moral compartida por quienes participan y por quienes guardan silencio.

El mayor deterioro ético se manifiesta en la inversión del deber: la figura del ciudadano justo ha sido desplazada por la del individuo útil al sistema. En este contexto, el funcionario íntegro es percibido con sospecha y la verdad es tratada como una amenaza. Ante la inversión de los valores, la ética se revela como un acto de resistencia absoluta. El deber moral consiste en el disentimiento y la fidelidad al bien, asumiendo los costos de la oposición. La justicia sobrevive en quienes deciden encarnarla, transformando la incomodidad frente al sistema en el único camino hacia la restauración de la humanidad bajo el estándar eterno de Jehová.

¹⁰² El País. *Maduro se perpetúa en el poder en unas elecciones sin competencia y sin observadores internacionales*. 2018. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2018/05/20/america/1526851862_285873.html

Principios éticos ante la opresión

En el paisaje quebrado de Venezuela, los principios éticos se afirman como un cimiento vivo, surgiendo desde lo profundo como convicciones arraigadas en una teología que abraza la historia y en una ética que se desgasta junto al pueblo. Frente a estructuras de poder que adoptan el lenguaje de la ley mientras desfiguran la justicia, la verdad y la misericordia se levantan como columnas que sostienen la conciencia colectiva. Desde estas columnas respira la nación herida, encontrando en ellas la forma de permanecer en pie con dignidad y esperanza.

La voz del profeta Amós recorre los siglos con una claridad que corta el aire: “Corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo” ¹⁰³. Este clamor encuentra eco en tierras donde los discursos oficiales repiten palabras como soberanía y pueblo, mientras la realidad material se traduce en hospitales vacíos, cuerpos debilitados y caminos marcados por la despedida. Cada palabra del profeta cobra un peso absoluto en los rostros que esperan medicina, en los pies que recorren distancias extenuantes en busca de sustento y en las manos que administran lo escaso como una expresión de la providencia divina.

La adoración adquiere forma mediante el compromiso concreto, habitando en quienes defienden la vida con actos de valentía silenciosa y en quienes restauran la dignidad humana sin requerir el reconocimiento público. La justicia fluye allí donde la liturgia se transforma en servicio efectivo y donde la teología se hace carne entre quienes sobrellevan el rigor de la jornada injusta. En esa fragilidad compartida y en la fidelidad que cuida sin cesar, se manifiesta la presencia de Jehová, convirtiendo la resistencia en un acto sagrado de mayordomía.

En el contexto de la crisis prolongada, la interpretación de Romanos 13:1-7 exige un discernimiento profundo que trascienda la noción de obediencia absoluta. Las Escrituras revelan que toda autoridad legítima nace bajo la soberanía de Dios y afirma su validez cuando encarna su vocación como sierva del bien común. Esta autoridad se reconoce en el cuidado, en la justicia que protege al débil y en el ejercicio del poder como una responsabilidad sagrada hacia los más vulnerables. Al desviarse de este llamado, el poder pretende usurpar un lugar que solo al Creador pertenece, perdiendo su sustento moral ante el pueblo.

La obediencia cristiana se arraiga en el discernimiento y crece desde la reverencia a la vida. Se expresa en la fidelidad que atiende la voz de Dios incluso cuando las estructuras mundanas imponen mandatos contrarios. Las parteras hebreas, ante el edicto del faraón, protegieron la vida recién nacida con determinación absoluta. Pedro, frente al concilio, respondió desde una convicción inamovible, y los reformadores sostuvieron la Palabra como brújula en medio de la persecución. Cada historia testimonia una obediencia tejida con valentía, compasión y la firmeza que otorga la verdad eterna.

¹⁰³ Amós 5:24, Reina-Valera 1960.

La justicia se revela como un proceso de restauración que protege al pequeño y repara al herido, equilibrando las relaciones trastocadas por el abuso del poder. El profeta Isaías definió la ruta: aprender a hacer el bien, buscar el juicio, restituir al agraviado y amparar al huérfano y a la viuda. En Venezuela, donde instituciones al servicio de la represión vulneran estos principios, la Iglesia y cada creyente asumen la tarea irrenunciable de hablar cuando el sistema impone el silencio, protegiendo al cuerpo herido y restaurando lo que la violencia pretendió borrar.

La misericordia se manifiesta como una compasión movilizada y activa. Jesús proclama: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” ¹⁰⁴. En las comunidades de fe venezolanas, se han consolidado redes de apoyo para suministrar alimentos, medicinas y consuelo espiritual, representando la encarnación del Reino de Dios en medio del dolor. Estas acciones responden al mal con la abundancia de la bondad y a la injusticia con un amor que permanece inalterable frente a la adversidad.

La verdad, fundamento de toda ética reformada, permanece innegociable. Jesús afirmó: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” ¹⁰⁵. En un sistema edificado sobre la manipulación de narrativas, la censura y el control ideológico ¹⁰⁶, proclamar la realidad de los hechos constituye un acto profético. Resistir el adoctrinamiento, fomentar el pensamiento crítico y proteger la memoria colectiva son acciones esenciales para denunciar la falsedad con claridad y firmeza, asegurando que la luz de la verdad disipe las sombras de la estructura opresora.

La resistencia cristiana emana de la fidelidad a la Palabra de Jehová. La tradición reformada enseña que el creyente debe operar como sal y luz incluso bajo regímenes opresores. Diversos organismos eclesiales, pastores y ciudadanos íntegros han denunciado con valentía el uso político de la pobreza y el colapso institucional ¹⁰⁷. Las iglesias locales, a pesar de la vigilancia, continúan funcionando como faros de verdad y espacios de libertad, defendiendo la justicia desde la convicción de que el Reino de Dios trasciende cualquier estructura terrenal.

Este legado ético y moral exige encarnar la historia con coraje absoluto. Ante el mal sistematizado, la reforma interior se vuelve inseparable de la transformación social. Donde se degrada al ser humano, la fe responde con una ética activa que confronta, consuela y reconstruye desde la base del amor sacrificial. Cuando la justicia fluye, la misericordia actúa y la verdad se proclama, la luz de Dios se levanta como una bandera de victoria sobre la

¹⁰⁴ Mateo 5:7, Reina-Valera 1960.

¹⁰⁵ Juan 8:32, Reina-Valera 1960.

¹⁰⁶ Transparencia Venezuela, *Índice de Percepción de la Corrupción 2023*. Disponible en: <https://transparencia.org.ve>

¹⁰⁷ El País, *La Iglesia venezolana denuncia el colapso ético del régimen*, 2019. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2019/07/10/actualidad/1562740963_867348.html

oscuridad, garantizando la redención final de la nación y el renacimiento de una patria fundada en la rectitud eterna.

Propuesta para el futuro

La teología de la esperanza constituye una expresión fundamental de nuestra identidad espiritual, emergiendo desde las ruinas y la experiencia del dolor histórico para proyectar una mirada hacia el futuro basada en la promesa del Reino eterno. En el contexto de Venezuela, donde la corrupción ha erosionado el tejido institucional y la crisis ha dispersado a millones de ciudadanos, esta teología adquiere una relevancia ética ineludible. La participación activa en la redención de lo quebrantado y en la transformación de los sistemas opresores se establece como un deber ciudadano superior, convocando al creyente a ser un agente dinámico en la reconstrucción ética de la nación.

Esta esperanza se aleja de la pasividad para convertirse en una fuerza histórica que impulsa la restauración de lo destruido. La fe, bajo esta perspectiva, es la certeza de que el mal carece de la última palabra sobre el destino de los pueblos. La reconstrucción de Venezuela demanda una conciencia que reconozca la soberanía de Dios sobre el tiempo, traduciendo la expectativa del Reino en acciones concretas de justicia, transparencia y servicio. La esperanza es, por tanto, una mayordomía del futuro, donde cada acto de integridad hoy es una semilla de la patria nueva que ha de manifestarse plenamente.

La reconstrucción ética trasciende la simple reparación de estructuras; implica el renacimiento de la confianza y la primacía de la verdad en todas las esferas de la vida pública. El creyente, fortalecido por la promesa divina, asume la responsabilidad de ser un arquitecto de la rectitud, asegurando que la justicia de Jehová sea el fundamento de la nueva convivencia nacional. En esta vocación de redención, la esperanza se encarna en la resistencia persistente y en la labor incansable por un país donde la dignidad humana sea protegida y celebrada como un reflejo de la gloria del Creador¹⁰⁸.

La esperanza cristiana se manifiesta como el resultado de una fe viva en Jesucristo, fundamentada en principios y preceptos inalienables que permanecen innegociables bajo cualquier bandera terrenal. La fidelidad a estos valores constituye la fuerza que impulsa la educación, el servicio y el amor al prójimo, manteniendo simultáneamente la denuncia de la injusticia incluso en contextos de adversidad extrema. En Venezuela, las comunidades de fe perseveran en la proclamación de la verdad, asumiendo con entereza las consecuencias del exilio o la persecución como testimonios de su lealtad al Soberano Supremo.

Las organizaciones piadosas ejercen un ministerio de vigilancia ética, denunciando de manera sistemática los abusos del poder y la transgresión de la dignidad humana. En este

¹⁰⁸ Moltmann, Jürgen. *Teología de la Esperanza*. Editorial Sigueme, 1970.

escenario, el liderazgo evangélico ha consolidado redes humanitarias de gran escala para sostener a los sectores más vulnerables en medio del colapso nacional. Esta movilización representa la encarnación de la justicia divina, donde la Iglesia asume su rol como faro de integridad y refugio para los oprimidos. La esperanza se traduce así en una resistencia activa, demostrando que la luz de la verdad posee la autoridad para confrontar y trascender cualquier estructura de maldad.

Esta praxis de fe revela que la verdadera esperanza se nutre de la obediencia a un Reino que no se doblega ante la tiranía. La labor persistente de predicar la verdad, alimentar al hambriento y proteger al perseguido constituye la base de la reconstrucción moral de Venezuela. Al mantenerse firmes en los valores del Evangelio, los creyentes actúan como agentes de redención histórica, asegurando que la justicia de Jehová prevalezca sobre la mentira institucionalizada y que el amor sacrificial sea el cimiento de una nación restaurada en libertad y rectitud.¹⁰⁹.

En contextos donde la mentira se ha institucionalizado, la proclamación del evangelio, así como de la verdad bíblica se convierte en una forma de resistencia ética. Proclamar la verdad es hacer memoria, es impedir que el sufrimiento sea borrado por la propaganda. La documentación de violaciones de derechos humanos, como las realizadas por Provea, Amnistía Internacional y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, ha sido posible en parte gracias a testimonios de personas de fe que se niegan a olvidar¹¹⁰.

La esperanza confronta el dolor mediante un acto de valentía espiritual que trasciende la simple resistencia. En este encuentro, la fe se rinde ante la misericordia, estableciendo un baluarte que rechaza los impulsos inmorales que habitan en la naturaleza humana y que buscan manifestarse en momentos de vulnerabilidad. El perdón se afirma como una virtud indisoluble de la justicia, reconociendo que la verdadera restauración de la paz exige el fundamento inamovible de la verdad. Como afirma Moltmann: “**La reconciliación sin verdad se convierte en complicidad**”¹¹¹.

Esta postura ética exige que el perdón sea un proceso de sanidad profunda, no una claudicación ante la impunidad. La justicia actúa como el marco que otorga validez a la reconciliación, asegurando que el reconocimiento de la transgresión sea el primer paso hacia la sanidad nacional. La fe opera como una disciplina interior que somete el deseo de retaliación al mandato superior del amor y la rectitud. Al rechazar el zarpazo de la amargura, el ciudadano reconciliado con Dios se convierte en un portador de la paz verdadera, una

¹⁰⁹ Conferencia Episcopal Venezolana. “Comunicado ante la crisis nacional”, 2019. Disponible en: <https://conferenciaepiscopalvenezolana.com>

¹¹⁰ Oficina del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos. *Informe sobre Venezuela*, julio 2019. Disponible en: <https://www.ohchr.org>

¹¹¹ Moltmann, Jürgen. *El camino de Jesús Cristo*. Editorial Sígueme, 1983, p. 230.

paz que no ignora el agravio, por el contrario, lo procesa a través del filtro de la transparencia y la rendición de cuentas.

La esperanza, por lo tanto, es la fuerza que permite mirar el dolor sin ser consumido por él, transformando la indignación en un motor para la reconstrucción moral. La unión entre el perdón y la justicia es la única garantía de una redención auténtica para Venezuela. Al fundamentar la convivencia en la verdad, se retira el sustento a la complicidad y se establece un estándar de convivencia donde la dignidad humana es protegida por la ley y sanada por la gracia. Este es el camino de la mayordomía del alma, donde la victoria sobre el mal comienza en el silencio de una conciencia que elige la justicia de Jehová por encima de la venganza propia.

Perdonar constituye el acto supremo de liberar a quien permanece cautivo del resentimiento y el dolor heredado de sus captores. Romper el ciclo de la amargura activa la sanidad del alma, permitiendo que el espíritu respire al soltar la herida mientras mantiene firme la demanda de restauración. El perdón se armoniza con la justicia, caminando a su lado para declarar la responsabilidad de los transgresores y afirmar la necesidad de restitución. Se abre paso a una gracia que revela la verdad y garantiza que cada nombre sea recordado. En esta dimensión bidireccional, quien articula la palabra liberadora recibe simultáneamente la paz que desciende del cielo.

En Venezuela, la reconciliación verdadera surge de procesos profundos marcados por la verdad y el reconocimiento del sufrimiento de quienes padecieron la violencia, el encierro o la tortura. Esta restauración exige una liturgia que repare la dignidad herida y rescate los nombres que el sistema pretendió borrar. La reconciliación posee su origen en la valentía de mirar de frente a la barbarie y llamarla por su nombre, permitiendo que la historia encuentre redención y la justicia se encarne en la memoria viva de la nación.

La Iglesia, establecida sobre las palabras proféticas de Jesucristo en Cesarea de Filipo, ejerce su llamado como refugio cuando las estructuras sociales colapsan. Su naturaleza es ser una casa ética y un espacio donde la conciencia se fortalece, la crítica nace del amor y la solidaridad se establece como lenguaje cotidiano. Cada comunidad encarna una visión de país distinta, gestando una nueva comprensión del poder y la justicia. El liderazgo cristiano asume la misión de formar ciudadanos con raíces profundas en la verdad y la dignidad, promoviendo un servicio que transforma vínculos rotos en caminos compartidos bajo la mirada de Dios.

La historia confirma que las transiciones auténticas germinan en los corazones que preservan la integridad frente al cinismo. El ejemplo de la Vicaría de la Solidaridad en Chile durante la dictadura de Augusto Pinochet ilustra esta labor: la recopilación paciente de testimonios y archivos se convirtió en una memoria organizada que sostuvo la dignidad ante el miedo. Ese archivo moral proporcionó el cimiento para los procesos posteriores de verdad y reconciliación, demostrando que la resistencia pacífica y la documentación de la verdad construyen el futuro de las naciones. En Venezuela, esta labor de registro y

acompañamiento prepara el terreno para que la justicia de Jehová prevalezca y la patria renazca sobre una roca de integridad inamovible¹¹².

En Venezuela, el sendero de la restauración comienza a delinearse entre ruinas visibles e invisibles, donde la fe se manifiesta como una compañía constante que camina junto al dolor colectivo y sostiene el pulso de una esperanza en búsqueda de expresión. El apóstol Pablo describe una esperanza que “no avergüenza”, fundamentada en la certeza de que Dios permanece plenamente implicado en la historia humana. Esta esperanza respira en la labor de madres que transforman la escasez en un acto de fe, en jóvenes que establecen un lenguaje de paz para nombrar el futuro y en pastores que consagran los templos como centros de cuidado comunitario y pan compartido.

La fidelidad de la fe se preserva cuando el testimonio permanece independiente de la propaganda partidista. El gesto sagrado conserva su espesor espiritual al acompañar a los heridos y sostener la esperanza sin concesiones, rechazando cualquier forma de impunidad para permanecer del lado de la dignidad humana. Una liturgia llena de significado es aquella que se identifica con el sufriente y rehúsa legitimar el abuso del poder, manteniendo la integridad del mensaje evangélico como un faro de justicia inamovible.

La reconstrucción ética de Venezuela trasciende los ciclos electorales y los acuerdos de cúpulas, tomando forma en una revolución moral que emana de los valores del Reino y se encarna en las decisiones cotidianas del pueblo. Este proceso exige una justicia que fluya como un río persistente a través del terreno endurecido por la impunidad, y una verdad que disipe el espesor de la propaganda para restituir la palabra a los silenciados. Requiere una misericordia capaz de prevalecer sobre las marcas de la traición y una esperanza que proyecte la visión más allá de la mera supervivencia.

Esta esperanza siembra redención en medio de la ruina, transformando el polvo del colapso en la promesa de una nación renovada. La reconstrucción es, en esencia, un acto de fe activa que convierte cada espacio de resistencia ética en un peldaño hacia la libertad real. Bajo la soberanía de Jehová, el compromiso con la justicia y la verdad asegura que la historia de Venezuela encuentre su cauce hacia la paz, donde la dignidad humana sea el cimiento de una patria que renace desde su propia integridad.

Conclusión

La institucionalización del mal representa uno de los desafíos más profundos y persistentes para la conciencia cristiana. Esta realidad se manifiesta cuando la injusticia opera desde los despachos gubernamentales, legitimada por sellos oficiales y camuflada mediante discursos sobre el bien común. En este escenario, la ética trasciende la abstracción para

¹¹² Vicaría de la Solidaridad. *Informes Anuales 1976–1989*. Archivo de Derechos Humanos, Santiago de Chile.

convertirse en una urgencia existencial. El mal institucionalizado es aquel que se infiltra en los sistemas, se perpetúa en la cultura, se normaliza en los marcos legales y se justifica bajo la premisa del orden social. Frente a este panorama, el testimonio cristiano mantiene una postura de compromiso absoluto con la rectitud.

La denuncia de la injusticia constituye un mandato inalienable para la Iglesia, rechazando el silencio que a menudo se ampara en la excusa de evitar la politización. Toda comunidad de fe posee la responsabilidad de ejercer una crítica firme sobre los sistemas injustos, preservando su integridad incluso cuando sus miembros sostienen diversas afiliaciones y afectos políticos. La ética reformada, anclada en la soberanía de Dios y en la autoridad de la Palabra, demanda una respuesta activa y consciente ante la opresión.

Juan Calvino sostenía que la fe que justifica es, simultáneamente, la fe que transforma al individuo y a la comunidad entera. Esta fe operativa se traduce en una mayordomía social que busca reflejar la justicia del Reino en todas las estructuras humanas. La transformación nacional requiere que la fe deje de ser una vivencia privada para convertirse en una fuerza pública que confronte la mentira y restaure la dignidad. Bajo la soberanía de Jehová, el compromiso con la verdad asegura que la Iglesia cumpla su vocación como agente de redención, iluminando las estructuras oscurecidas por la corrupción y sembrando las bases de una patria fundada en la rectitud eterna¹¹³.

La Escritura define una espiritualidad intrínsecamente ligada al sufrimiento ajeno, manifestándose como una fuerza de intercesión y acción. Cuando el profeta Amós denuncia a una sociedad religiosa que ofrecía sacrificios mientras oprimía al desvalido, su proclama emana de una ética pública innegociable: “¡Ay de aquellos que convierten el juicio en ajenjo, y echan por tierra la justicia!” (Amós 5:7, RV1960). Esta voz conserva su vigencia en todo escenario donde el Estado abandona a los sectores vulnerables mientras sostiene una retórica de exaltación nacionalista.

En el centro de esta confrontación entre el Reino de Dios y los reinos caídos, emerge la figura del testigo como pilar de la verdad. Dietrich Bonhoeffer, desde su cautiverio en la Alemania nazi, comprendió que ante la sistematización del mal, la omisión del creyente constituye una forma de complicidad¹¹⁴. La ética cristiana trasciende la búsqueda de seguridad personal para enfocarse en el testimonio de la verdad, asumiendo los costos que esta fidelidad demande.

En regímenes donde los marcos legales operan como instrumentos de persecución, donde la censura legitima la represión y el sufrimiento es gestionado mediante el cálculo burocrático, la fidelidad a Jehová prevalece sobre cualquier mandato del sistema. Como afirma la Escritura: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29, RV1960). Este principio establece la soberanía de la conciencia redimida sobre las

¹¹³ Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, Libro III, capítulo VI.

¹¹⁴ Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y Sumisión*, Ediciones Sígueme, 2004.

estructuras de opresión, asegurando que el testimonio de la iglesia permanezca como un faro de justicia y esperanza en medio de la oscuridad institucional.

La ética del Reino trasciende la denuncia para cimentarse en una visión teológica del futuro. La teología de la esperanza irrumpen con una fuerza transformadora; como afirma Jürgen Moltmann, la esperanza cristiana constituye la provocación de una vida de fe: una fuerza activa que anticipa el Reino y lo encarna en medio del dolor ¹¹⁵. Esta esperanza bíblica opera desde la cruz hacia la resurrección, actuando con contundencia en el presente histórico. En Venezuela, donde la institucionalización del mal pretende secuestrar la verdad, la ética de la esperanza consiste en resistir sembrando justicia con la certeza de su prevalencia absoluta, defendiendo la dignidad humana y articulando una memoria inquebrantable frente al olvido forzado que los régimen autoritarios intentan imponer mediante narrativas de distracción.

Mi propuesta teológica establece el restablecimiento de una comunidad moral cuyo centro absoluto es la cruz de Cristo y los valores proclamados en el Sermón del Monte. Esta comunidad reconoce la utilidad del Estado y el mercado para el ordenamiento y la riqueza, pero evita toda idolatría hacia ellos. La proclamación de Cristo crucificado como Juez y Redentor constituye la acción más segura de cualquier pueblo comprometido con la verdad y la justicia. La Iglesia asume su vocación de denunciar con firmeza y abrazar con misericordia, acompañando a los desamparados y a los prisioneros de la injusticia, mientras articula la memoria del dolor con la promesa de redención. Su misión es formar conciencias críticas, cultivar espacios de verdad y educar en el carácter de Dios, sosteniendo el sufrimiento sin negociar la integridad.

La ética del mal impone una elección que trasciende las ideologías de derecha o izquierda. Se trata de una decisión inequóca entre la obediencia al Reino de Dios o la sumisión a los poderes de este siglo. Este es un llamado al discernimiento profundo desde una cosmovisión bíblica, entendiendo que el compromiso con la fe exige presencia allí donde el mal ha tomado cuerpo en las estructuras. En esta encrucijada, la teología provee una brújula clara: justicia, misericordia y verdad; principios que se transforman en el camino a seguir, sin importar el costo personal o social.

En este caminar entre sombras y promesas, la Iglesia avanza con paso firme. Ya sea en la clandestinidad, en pequeños grupos o dispersa en la diáspora, su presencia anuncia un Reino venidero con la totalidad de su ser. Como poseedora de la esperanza bienaventurada que traerá los nuevos cielos y la nueva tierra, la Iglesia ejerce un poder que, aunque es ajeno a este mundo, sirve con la autoridad de quien ha sido llamado a anunciar las buenas nuevas. En este propósito, la determinación es absoluta. La justicia, en este Reino que nace desde la cruz, se manifiesta en la fidelidad de quienes, incluso sin garantías humanas,

¹¹⁵ Jürgen Moltmann, *Teología de la Esperanza*, Editorial Sígueme, 1970.

permanecen firmes en su convicción. La victoria pertenece a la verdad, y sobre esa roca, la patria será restaurada para la gloria de Jehová.

“Y al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (1 Timoteo 1:17, RV1960)